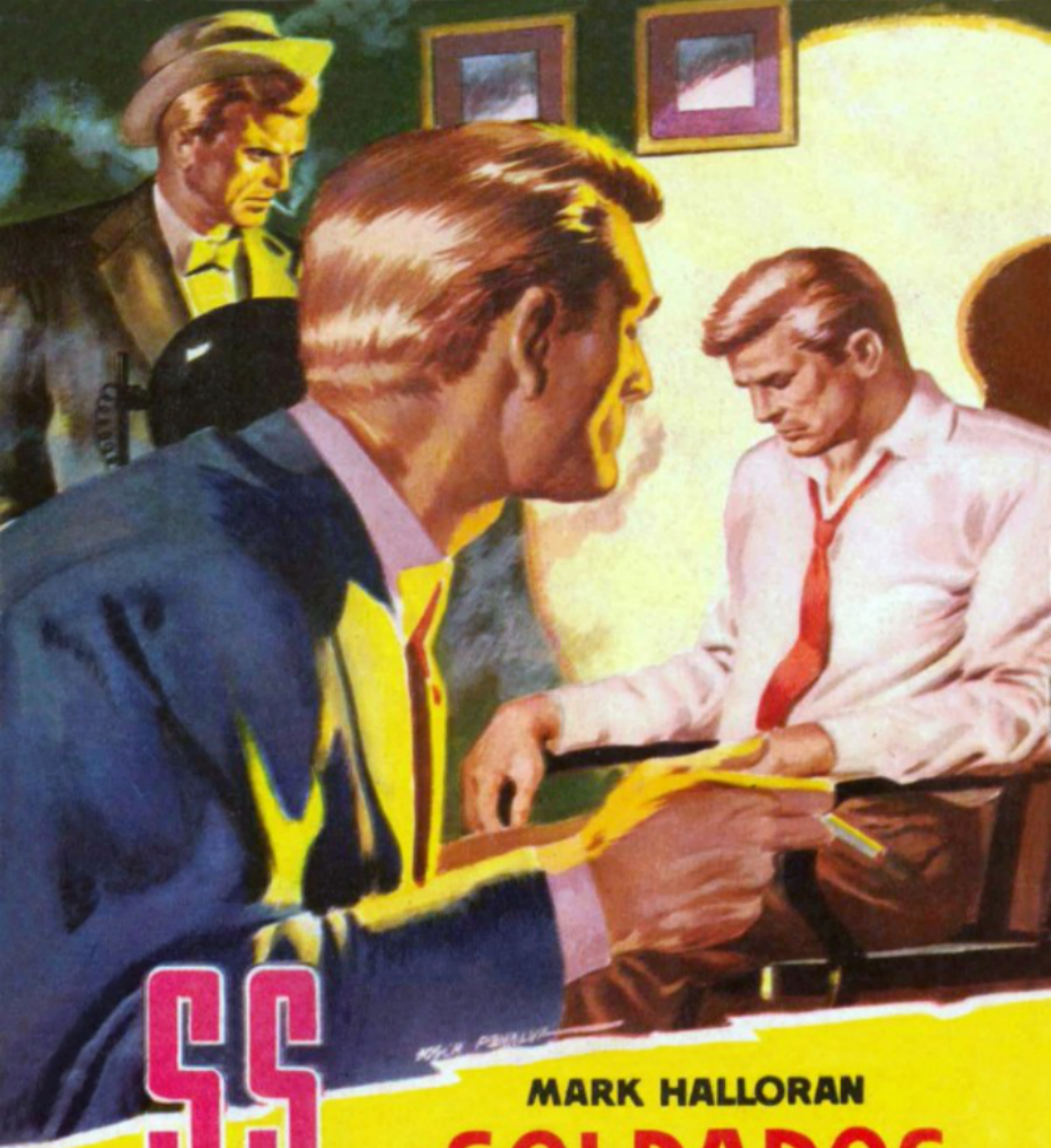




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

SOLDADOS SECRETOS

SOLDADOS SECRETOS

MARK HALLORAN

SOLDADOS SECRETOS

1.^a EDICIÓN
AGOSTO - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

313. — ¡Volad insectos de plomo!

En Colección BUFALO:

21. — Rojo, color de sangre. 27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

186. — Llega la muerte. 189. — Los «gangsters» mueren jóvenes. 191. — Una rubia en París. 206. — Cota 30. 253. — La hora de los traidores. 232. — Opio fresco. 241. — ¡Bienvenida, muerte 250. — Tabaco inglés. 255. — No se admiten coronas.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de

Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

«Tiren sobre todo barco, propio o extraño, que se acerca a menos de una milla de nosotros».

La orden era tajante. A bordo de los destructores que rodeaban al «Nautilus» todos estaban en sus puestos de combate, prestos a cumplirla. Dos escuadrillas de caza evolucionaban a media altura y algunos helicópteros del Servicio de Guardacostas, rozando casi las antenas de los barcos, vigilaban atentamente como aves de presa.

Eran las once y un minuto de la mañana. El día era claro y el sol brillaba resplandeciente. Hacía frío, pero ni una sola ráfaga de viento rizaba el agua. Era un día ideal para probar un submarino en alta mar. Sin embargo, el «Nautilus» no era un submarino corriente y todas las precauciones adoptadas eran pocas para guardar su secreto.

Era el primero que no quemaba petróleo en sus motores, el primero que no dejaba tras sí rastro de humo, el primero que podía dar la vuelta al mundo sumergido, sin salir a la superficie ni una sola vez. Se esperaba de él que corriera más que ninguno. Debía alcanzar los veintiséis nudos y llegar hasta la profundidad de 250 metros, no lograda ni con mucho por ningún otro sumergible, excepto cuando era despanzurrado en combate por una carga de trilita.

En una palabra; se trataba del más peligroso sumergible de

todos los tiempos: ¡el submarino atómico!

Sería capaz de permanecer en el mar y bajo la superficie durante meses sin necesidad de aprovisionarse. Podría ir de continente a continente, bajo los hielos del Polo o las cálidas aguas ecuatoriales, sin que nadie lo viera ni sospechase siquiera su presencia.

Desde su escondrijo en las profundidades del océano, donde ningún radar ni detector podría localizarlo, sería capaz de disparar torpedos acústicos que rápida e infaliblemente encontrarían su blanco, guiados por el ruido de los motores de su presa, sin necesidad de huir después, ya que a tales profundidades no sería alcanzado por ningún proyectil enemigo. Podría, en fin, emergiendo sigilosamente durante la noche, lanzar desde gran distancia proyectiles cohete, dirigidos por radio, sobre la costa enemiga, los cuales, a velocidades supersónicas, alcanzarían sus objetivos tierra adentro, llevando en su morro terribles cargas atómicas. Luego se deslizaría de nuevo silenciosamente bajo las aguas o el hielo para aparecer a muchas millas de distancia y desde allí lanzar un nuevo ataque devastador.

No habría barco que se librara de su persecución, ni lugar en el globo, por escondido que estuviese, seguro de no ser alcanzado por él.

Esta terrible arma era el «Nautilus», el SSN-571, como se le nombraba en los documentos ultra-secretos del Estado Mayor norteamericano. Aquella mañana clara y fría acababa de soltar amarras de su muelle especial en los astilleros de Groton, en el Estado de Connecticut, y describiendo un amplio semicírculo se metía en el estuario del Tamise, aguas abajo en dirección al mar.

La nueva arma secreta deslizaba suavemente sus líneas majestuosas por las tranquilas aguas del río, rodeado de su numerosa escolta de superficie y protegido de miradas indiscretas desde el cielo por los aguiluchos de las Fuerzas Aéreas. Llevaba una andadura de 12 nudos sin esfuerzo aparente.

A bordo de turo de los destructores de la escolta, el capitán Cutter, veterano de la pasada guerra, lo miraba sonriente mientras decía con un deje de ironía:

—Si un agente del tráfico fluvial estuviera por aquí, multaría al «Nautilus» por llevar una velocidad superior a los diez nudos reglamentarios en la desembocadura del Tamise.

Pero el capitán Eugenio Parkes Wilkinson, que mandaba el revolucionario submarino, y a quién la tripulación llamaba ya «Capitán Nemo», en recuerdo del otro «Nautilus» de la novela de Julio Verne, no parecía preocuparse por la posible multa y aumentó

la velocidad aún más.

Veintiséis minutos después de haber levado anclas, el nuevo «Capitán Nemo» lanzó el mensaje que será histórico en los anales de la Marina de los Estados Unidos:

—«TODO MARCHA MUY BIEN. NAVEGAMOS A UNA VELOCIDAD DE 16 NUDOS, PROPULSADOS POR ENERGIA ATOMICA»

En la torreta del submarino, sobre el fondo verde oscuro del mar en calma, se destacaban las siluetas de algunos miembros de la tripulación protegidos por el amarillo chaleco salvavidas característico de la «Navy».

Algunos pocos fotógrafos de prensa, cuidadosamente seleccionados, disparaban sus objetivos sobre el sensacional invento.

Y el «Nautilus», con su dotación de 85 hombres, 11 oficiales y 50 civiles, todos ellos expertos en cuestiones atómicas, comenzó su período de pruebas bajo la atenta vigilancia del almirante Watkins, comandante de las Fuerzas Submarinas del Atlántico.

¿Cuál era el secreto de la formidable arma, tan celosamente guardado y que le daba tan enormes posibilidades ofensivas?

Sencillamente, que su poderosa energía motriz, equivalente a la que desarrollarían 2.500.000 toneladas de carbón, la llevaba encerrada en una pila atómica relativamente pequeña, cuya enorme cantidad de calor desarrollado servía para calentar sus calderas de vapor y mover las turbinas y las hélices.

Esto, que en esencia se explica con tanta facilidad, no es ningún secreto. El secreto estriba en los detalles técnicos que permiten llegar a este resultado. Este secreto ha costado muchos años de trabajos a una legión de sabios, y a los Estados Unidos una cantidad fabulosa, de millones de dólares. Este submarino, no mucho mayor que los corrientes, ha costado cien veces más que el mayor portaviones.

Y muchas potencias del mundo hubieran dado gustosas diez veces más de lo que costó para tener el secreto de su mecanismo. Por eso se explica la gran cantidad de precauciones adoptadas durante su construcción y en el período de pruebas.

* * *

Por eso, también, aquella mañana, cuando a las doce comenzaron a sonar, todas a un tiempo, las sirenas de alarma en el

astillero de la «Electric Boat Division», en Groton, donde el «Nautilus» había sido construido, la consternación fue general.

Los policías, vigilantes especiales y agentes del F. B. I. parecían brotar de las piedras. Agentes regulares armados de rifles y metralletas, policías de la marina con casco blanco y una SP en el brazo, y muchos otros de paisano, también armados hasta los dientes, rodearon los edificios donde trabajaban los técnicos del astillero.

Las sirenas seguían armando una infernal algarabía con su desesperado y trágico ulular. En el nerviosismo de los primeros momentos se tomaban todas las precauciones para que nadie pudiera salir de los edificios afectados por la alarma, y poco a poco las fuerzas de seguridad los fueron invadiendo.

Inmovilizados todos los empleados en los puestos que ocupaban cuando se dio la alarma, se les fue identificando y registrando uno a uno. Pero no se encontró ni uno solo que no tuviera la documentación y las contraseñas de entrada en regla. Cada uno ocupaba el lugar que estaba autorizado a ocupar. A primera vista, nadie era sospechoso entre aquellas gentes que se quedaron en tierra sin acompañar al «Nautilus» en sus primeras pruebas.

Se localizó el lugar exacto donde se produjo la alarma: fue en el departamento de cajas fuertes, donde se guardaban los planos y detalles de la construcción. Pero los policías apostados a sus puertas no habían visto salir a nadie desde hacía un par de horas, momento en que los técnicos que podían entrar allí salieron para embarcar en uno de los destructores, y otros en el mismo submarino para controlar el nuevo buque.

No obstante, una de las puertas de acceso a las cámaras acorazadas se hallaba anormalmente abierta. Esta era la única señal evidente de que alguien había estado allí y hecho sonar la alarma. Pero lo más extraño era que no habiendo podido salir el intruso por las enrejadas ventanas, ninguno de los policías de guardia hubiera visto a nadie.

Más tarde, cuando Charles Duncan, jefe superior de la oficina de Nueva York del Servicio Secreto, llegó a Groton, se pudo comprobar que existía un gran desorden en los planos guardados en la Cámara acorazada. Pero llamado uno de los técnicos que a ella tenían acceso, aseguró que nada faltaba allí.

Duncan no descartó la posibilidad de que algunos secretos hubieran sido fotografiados, y prosiguió sus investigaciones. Alto, un tanto grueso, de mirada escrutadora y glacial, era imposible adivinar sus pensamientos. Como jefe del Servicio Secreto en el

Estado, daba órdenes rápidas que eran aún más rápidamente obedecidas por el asustado personal del astillero.

—Quiero una lista del personal técnico y de los empleados de las oficinas. Marquen quiénes estaban a bordo del submarino o de los destructores cuando sonó la alarma, así como aquellos que hoy tuvieran día libre. Especifíqueme el lugar donde cada uno estaba en el momento de sonar la alarma y en compañía de quién.

—Enseguida, señor.

—Trasladen a la Central de Nueva York —ordenó a sus hombres— los ficheros del personal del astillero.

Todas las precauciones fueron tomadas. El personal, advertido para que no abandonase su domicilio o trabajo sin su conocimiento. Y acto seguido comenzó una gigantesca y minuciosa criba por la que debían pasar todos cuantos, por una u otra razón, tenían entrada en los astilleros de la «Electric Boat Division» donde había sido construido el primer submarino atómico.

* * *

Había transcurrido un mes desde aquella soleada y fría mañana en que las sirenas de alarma de los astilleros de la Marina pusieron en conmoción a toda la ciudad de Groton. Las listas y fichas de personal pasaron una y otra vez bajo los ojos expertos de los especialistas y la maraña de mecanismos selectores de las máquinas electrónicas de clasificación. Miles de interrogatorios se sucedieron. Se estudiaron los antecedentes de millares de personas. Pero todo parecía abocado al fracaso. No se había podido descubrir la más leve traza de una buena pista.

Los departamentos acorazados de la factoría fueron cuidadosamente registrados, estudiados y fotografiados. No obstante haberse hecho un importante hallazgo, solo se pudo averiguar que quienquiera que fuese el violador de la cámara, debía encontrarse ya muy lejos del lugar cuando sonaron las sirenas. Lo demostraba un diminuto e ingenioso aparato de relojería que, conectado por hilos finísimos a los timbres de alarma, estaba disimulado tras unas cortinas.

Abierta la cámara a deshora, la alarma sonaba infaliblemente, nada ni nadie podía impedirlo. Pero el pequeño aparato había logrado que los timbres se retrasaran y sonasen dos horas después de haber sido abierta la pesada puerta acorazada. Así el ladrón pudo muy bien cubrir su retirada, prepararse una coartada y tener tiempo de huir antes que se descubriese el ingenioso truco. El F. B.

I., además, perdería un tiempo precioso tratando de buscar al ladrón entre la gente que permanecía en las oficinas a la hora señalada.

Al saber este hallazgo, Duncan pensó con rabia que mientras sus subordinados se desorientaban con inútiles interrogatorios, el espía bien pudiera haber estado viajando en uno de los buques de la escolta o quizá en el mismo submarino (existía la posibilidad de que se tratase de un técnico especialista), recogiendo más información y riéndose para sus adentros de la jugarreta que les había gastado.

* * *

Pasaba el tiempo y el Alto Mando comenzaba a impacientarse. El «Nautilus» había hecho ya multitud de pruebas con redoblada vigilancia. Recorrió, en una semana, más de 1.600 millas, se sumergió cincuenta veces, puso en funcionamiento sus armas y, tras dos semanas en tierra para proceder a su reajuste, volvió a la mar para seguir probando sus delicadísimos instrumentos y rectificar posibles errores.

En el ánimo de todos había una angustiada pregunta. ¿Estarían ya en manos enemigas los secretos de aquella maravilla técnica? ¿Habrían resultado vanos todos los esfuerzos y los millones gastados?

Solo el audaz e inteligente desvelador de este secreto, en cuyas manos quizá estaban las copias de los planos, podía saber la respuesta. Pese a las pesquisas de las autoridades dedicadas al caso, nada se sabía de él. Ni la forma en que llevó a cabo su hazaña, ni su identidad. El más impenetrable secreto le rodeaba.

* * *

Una mañana, Duncan logró, por fin, atar algunos cabos sueltos. Eran los primeros indicios que llegaban a sus manos. Con ellos no había avanzado demasiado en su investigación, pero ya era algo a que agarrarse.

En la factoría de la «General Electric Westinghouse», de Idaho, donde se proyectó el motor atómico del Submarino y donde en aquellos momentos se procedía a la construcción de otro mucho más moderno para el segundo sumergible atómico que se llamaría «Sea Wolf» (Lobo de Mar), se había registrado un extraño caso de suicidio. El doctor Otto Schwartz, uno de los técnicos traído de Alemania después de la última guerra, que había trabajado en los laboratorios atómicos del III Reich, apareció muerto en su casa,

ahorcado con mi cordón de seda. Le encontraron unos agentes del F. B. I. que iban a someterle a interrogatorio por ciertas irregularidades observadas en el departamento técnico que dirigía en la fábrica.

Unas semanas antes se le había visto preocupado, según declararon sus compañeros de trabajo, pero nadie le hubiera augurado tan trágico fin. En su casa se encontraron, junto a una pequeña cámara fotográfica del tamaño de un encendedor, algunos planos y fórmulas que no había razón para que salieran de la fábrica. Más tarde se comprobó que en diferentes Bancos tenía cuentas corrientes no justificables con su sueldo.

Un dato interesante era su nacionalidad; seguramente no había perdonado todavía la derrota y humillación de Alemania. También se sospechó, por ciertos indicios y la clase de secretos que pretendía sacar de la factoría, que bien pudiera proporcionarlos luego al mismo destinatario que recibía los del «Nautilus».

Pero nada más se supo. El misterio quedaba en la misma oscuridad que al principio de las investigaciones.

* * *

Cuando una mañana le comunicaron a Duncan que debía disponer una célula de agentes en Estocolmo, para custodiar una importante cantidad de dinero, destinada a comprar los planos de valiosos secretos militares rusos y proteger al mismo tiempo a los técnicos allí enviados para comprobar la autenticidad de los documentos ofrecidos, tuvo una corazonada.

Para ser más exactos, la tuvo cuando leyó en el comunicado que la oferta (planos y detalles técnicos del más moderno tanque ruso: el «CCCP-1») había partido de un grupo desconocido de agentes irregulares que, sin trabajar para una potencia determinada, operaban por su cuenta y vendían al mejor postor.

Para corroborar su corazonada había otro detalle. Ningún agente en el mundo, a pesar de haber pasado suficiente tiempo para averiguarlo, había comunicado que determinada potencia poseyera ya los planos del «Nautilus».

Todo esto pudiera acaso significar que fueron los mismos que ofrecían los planos del tanque quienes estaban en posesión del otro secreto, y que solamente esperaban hasta ver qué potencia ofrecía más dinero por los del submarino atómico.

Duncan debía obrar sobre seguro. Debía buscar el más eficaz agente. Nada debía fallar. Solo la astucia y una inteligencia

superdotada podían afrontar aquella magna responsabilidad. Quizás se pudiera salvar todo y recuperar los planos y secretos del «Nautilus» antes de que los comprara una potencia enemiga. Pero todo ello debía hacerse con la mayor cautela. La más ligera sospecha de que eran vigilados haría que los agentes independientes entregaran los planos al primero que los quisiera comprar.

Duncan meditó un buen rato. Repasó algunos ficheros que solo él conocía, pero aún parecía dudar. Siguió pensando, y por fin una sonrisa iluminó su ancha cara.

Descolgó el teléfono, cuya línea no podía ser interferida ni por las mismas telefonistas de la centralita, y marcó un número que sabía de memoria.

Aun cuando le hubiesen oído, el comentario del indiscreto no hubiera pasado de un ligeramente malintencionado: «También al viejo le gusta echar una canita al aire de vez en cuando».

—¡Hola, preciosa! —se le oyó decir—. Cenaremos esta noche juntos. Espérame a las siete. Luego nos iremos al refugio de la montaña. Quiero descansar.

CAPÍTULO II

Si algún curioso hubiese pretendido averiguar las actividades de Bertram Lane preguntando a sus conocidos del Club Xaima, se hubiera llevado un soberano chasco. Nadie en el elegantísimo club sabía a ciencia cierta cuáles eran sus ocupaciones.

Tenía dinero y lo gastaba con largueza, pero se ignoraba si procedía de una saneada renta o de otra clase de negocios particulares. No obstante, la verdad era que los negocios no eran santo de su devoción ni dejaba descansar su capital en los Bancos el tiempo suficiente para que produjera intereses.

Alto, moreno, bien musculado, con ese físico sano tan agradable, cuando en los ojos brilla la chispa de la inteligencia, tenía en la cara una curiosa expresión de ausencia total. Parecía perpetuamente alejado del sitio donde estaba.

Llevaba más de media hora anclado en el bar del club, acodado en la barra y consumiendo una serie ininterrumpida de *whiskies* secos, acompañada de una mucho más numerosa serie de cigarrillos.

Sam, el *barman*, acababa de cambiarle por tercera vez el cenicero, significativamente, como deseando entrar en conversación con su asiduo parroquiano.

—¿Sabes, Sam, lo que dijo Oscar Wilde de Nueva York, cuando tuvo la suerte de largarse definitivamente?

—Lo ignoro, señor.

—«Aunque se pueda cenar en Nueva York no se puede vivir en él».

—Me parece que exageraba un poco, señor Lane.

—¿Acaso conoces una ciudad más aburrida que esta?

—Sí, señor. Aunque usted no lo crea, hay una ciudad más aburrida que Nueva York...

—¿Y es?

—Nueva York, pero sin un centavo en el bolsillo.

—Lo dudo. ¿Qué ibas a hacer si tuvieses cinco billetes de los grandes en el bolsillo y la noche libre?

—Si además estuviese en su pellejo —dijo Sam, mirando y señalando hacia la puerta—, haría más caso de la chica que acaba

de entrar. Quiero decir la señora Hunters.

Una rubia cimbreada, de traje superajustado, maneras desenvueltas y atrevidas formas, que una maliciosa *toilette* hacía resaltar, avanzaba por el salón en dirección a una apartada mesa.

Bertram Lane apenas se volvió, la saludó con cansada sonrisa y tornó a su primitiva posición dando claras muestras de desagrado.

—No te rijas por la carrocería para conocer un coche, Sam. Por muy pintados que estén, los de segunda mano suelen tener el motor hecho polvo.

—No obstante, señor, a veces es interesante pasear una linda línea aerodinámica. Aunque solo sea para dar envidia a los amigos y crearse fama...

—Te aseguro que no compensa —respondió Bertram Lane con gesto cansado.

Y sin explicar el por qué siguió con la vista perdida en un punto indeterminado y remoto.

La música llegaba hasta él lenta, suave, monótona en su afán de crear ambiente acogedor. La muchacha de la «linda carrocería» bailaba con un jovencuelo de cara imberbe y estúpida expresión. Sam seguía con sus combinados y Bertram seguía aburriéndose.

Era estúpida la vida. Cuando no se tiene, se desea el descanso hasta la pesadilla. Cuando se logra, el ocio se le cae a uno encima como una carga de plomo. Bertram Lane satisfacía su más mínimo deseo; un río de dólares se lo permitía. Quizá fuera eso mismo lo que quitaba la sal a sus días. Pensó si no sería mejor vivir como Sam, en perpetua esperanza, lleno de anhelos insatisfechos.

—Cuéntame algo, Sam. Me aburren mis propios pensamientos.

El *barman* no contestó inmediatamente. Estaba mirando hacia la puerta, fascinado, con la fascinación de quien desea mucho y no obtiene nada. Como ausente, dijo en respuesta:

—¿Qué quiere qué le cuente, señor Lane?

Ante su actitud, Bert se volvió hacia la puerta también. Vio lo que esperaba ver: una hermosa muchacha. Pero no del tipo que con frecuencia encandilaban a Sam. Esta era diferente.

No tendría arriba de veinticinco años. Estaba en lo mejor que su juventud, y si no era estéticamente perfecta, tenía un «algo» vital que arrastraba la mirada. Cabello castaño, tez dorada por el sol, eran sus ojos la nota saliente del rostro; parecían despedir reflejos en la semipenumbra del salón.

La recién llegada paseó la vista por las mesas, y no descubriendo a quién sin duda buscaba, se dirigió al bar.

Si Bertram Lane no hubiese tenido los nervios a prueba de

bomba, hubiera pegado un bote en su asiento. La muchacha le había sonreído y se encaminaba decidida hacia él. Ni su rostro ni nada en ella le recordaba a nadie. Le era totalmente desconocida. Absolutamente desconocida.

Estaba ya a su lado y Bert aún esperaba que tales muestras de reconocimiento y salutación las dirigiera a alguien situado a su espalda. Pero ya no podía haber ninguna duda; iban destinadas a él. Bertram no era tímido, pero le turbaba la especie de vacío, de duda de la memoria que se siente cuando alguien nos saluda y no recordamos haberlo visto en nuestra vida.

La muchacha distendía en amplia sonrisa de salutación una boca carnosa, pintada de rojo brillante, a la que servía de telón de fondo una dentadura exageradamente blanca y perfecta.

De pronto, dijo:

—¡Hola, cariño! ¿Has esperado mucho? —sin dejar de sonreír, se sentó en el taburete vecino y pidió a Sam—: Prepárame un «Tom Collins».

Bert dejaba correr su mirada por las facciones de la muchacha, tratando, en un último esfuerzo, de recordar; pero inútilmente. Y enseguida se dio cuenta de que nada tenía que recordar. La chica le había preguntado bien claro si había esperado mucho, como si aquel fuera un encuentro acordado por ambos. Y de esto estaba bien seguro; no tenía ninguna cita para aquella tarde y hacía días que no se había emborrachado, lo cual descartaba un «blanco en la memoria».

Era, pues, un plan premeditado para abordarle. Decidió esperar. Empezaba a dominarle una verdadera curiosidad por ver en qué acabaría todo aquello. Y observar de qué modo iba ella a empezar su «ataque». Una idea le hizo reír. Estaba en la misma situación que una colegiala a la que se le acerca por primera vez un galanteador callejero. Metido en su papel, sonrió por primera vez, calló y aguardó.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿No me dices nada? ¿ni siquiera se te ocurre elogiar mi vestido?

Ella seguía tomando graciosamente su combinado, muy dueña de sí misma y sin dejar de mirarle con una sonrisa burlona aflorándole a los labios. Parecía divertida con la situación.

Bert, por el contrario, no sabía qué decir. Por fin se decidió a hablar.

—Bien, ¿puede saberse qué desea usted?

—Sencillamente, hablarle. No hace falta darle demasiadas vueltas al magín para comprenderlo.

—Entonces... si es así, puede usted comenzar. Estoy dispuesto a escucharla. Hable.

La muchacha dio un último sorbo a su copa y con súbita seriedad propuso casi en tono conminatorio:

—Vamos a mi casa. No quiero testigos —y se levantó.

—Si le da lo mismo —repuso Bert, desconfiado, aprestándose a seguirla—, iremos a la mía.

—Me da exactamente lo mismo. Pero, como tengo prisa, lo decía porque mi departamento está más cerca que el suyo.

—Sabe usted demasiadas cosas sobre mí, señorita... —Bert dejó en suspenso la última palabra, esperando que ella dijese su nombre.

—Llámeme como quiera. Para una noche basta con cualquier nombre.

—Bien—, señaló la copa con el pulgar—. ¿Se puede saber cómo conoce usted mi dirección?

—Sería muy largo de explicar, señor Bertram Lane, y no tenemos tiempo. Pero si me hubiera interesado, podría saber el número de sus zapatos. Vámonos.

El tono de energía de la chica puso fin a la incipiente conversación. Recogieron las pieles de ella en el guardarropa y salieron a la calle.

Bert la hizo subir a su coche. Acto seguido, el poderoso «Cadillac» rugió calle adelante conducido por su dueño. Junto a este se arrebujaba la joven en su chaquetón, sin decir palabra. Desde que salieron del club había observado completo mutismo. En vista de ello, Bert dio al conmutador de la radio y una orquesta dejó oír los cálidos y estridentes ritmos de un número de moda.

El coche había rebasado ya los barrios miserables del «cinturón negro», de Nueva York, cuando la muchacha rompió el silencio.

—¿Qué pretende? ¿Llevarme hasta Washington? ¿O acaso vive usted allí desde ayer? Porque yo no me he enterado.

—Efectivamente. Le hace falta enterarse de muchas cosas aún. Pero, de momento, solo pretendo tomar el fresco y, de paso, desbaratarle a usted los planes, si es que tenía alguno respecto a mí. No me gusta nunca hacer de marioneta, aunque quien mueva los hilos sea una bella muchacha.

—Pero... yo he de hablarle.

—Tenemos tiempo hasta mañana. La noche es larga.

Ella calló y se recostó en el respaldo, dejándole hacer; pero de nuevo afloró a sus labios la sonrisa burlona. En la ancha carretera, el coche marchaba con el acelerador calado a fondo. El aire silbaba por las ventanillas entreabiertas, alborotando la fina cabellera de la

muchacha.

Anduvieron unos cuantos kilómetros más y el «Cadillac» aflojó la marcha. En un amplio aparcadero lateral, el motor quedó en silencio a la sombra de los árboles. Los faros de los coches en la autopista parecían luciérnagas locas volando, de dos en dos, y ellos, una de las muchas parejas que gustan de la sombra y la soledad.

—¿Y bien, Tommy?

—¿Ya puedo hablar? ¿Ha tomado sus precauciones?

—¿Me juzga un colegial, acaso? No, Tommy, todavía no he conocido la mujer que con una sonrisa me sorba el seso.

—Mi misión es bien sencilla. He sido encargada de prepararle una entrevista, donde usted señale, con Charles Duncan, jefe del Departamento del S. S. en Nueva York. Su proposición, que yo le transmitiré, debe ser aceptada, en principio, para que la entrevista se lleve a efecto.

—Adelante con la propuesta.

—Han sido robados importantes secretos militares. El F. B. I. no ha conseguido averiguar nada, y se ha de emprender una «operación» en el extranjero. En ella no debe figurar ninguno de nuestros agentes regulares. Todo ha de llevarse en el máximo secreto. Esta misma entrevista ha sido disfrazada de vulgar... amorío, para que nadie pueda, ni remotamente, relacionarle a usted con el Servicio Secreto americano.

Con rapidez imprevista, Bert se apoderó del bolso de la muchacha. Lo abrió y de su interior sacó una pistola de pequeño calibre y una caja metálica algo mayor que una pitillera.

Ella le dejó hacer, y cuando él acabó de registrar, le dijo, no sin cierta ironía:

—Si busca la emisora con la que he de comunicar a mi jefe si usted acepta, es la cajita dorada que tiene entre las manos.

—¿Puede demostrarme que es cierta su relación con el Servicio Secreto?

—¿No querrá que lleve en el bolso, a disposición de cualquier desconfiado como usted, un carnet profesional?

—Pues de aquí no sale hasta que lo demuestre.

—Si le parece suficiente —dijo la chica sin inmutarse— le invitaré a *melón helado para el desayuno* —y a estas últimas palabras le dio una entonación especial.

—¿Quién le facilitó esa contraseña?

—Duncan me dijo que era la que tenían en la «Operación Flor Roja».

Esto acabó con la desconfianza de Bert. En un oficio como el

suyo, había que ser cauto. No podía fiarse de nadie, porque a nadie tenía tras sus espaldas para protegerle. Dedicarse al espionaje por cuenta propia tenía sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Ni siquiera aquellos para los que eventualmente trabajaba podían ni quererán brindarle protección. Le pagaban una vez realizado el servicio, pero no se comprometían a nada más. Por otra parte, tenía un sinfín de ventajas, ya que obraba con total independencia y él detestaba toda disciplina.

Cuando guardaba la pistola de la chica en el bolsillo vio, por el espejo retrovisor, un coche aparcado junto a la carretera, a unos quinientos metros más abajo. Era extraño que en una autopista de tanto tráfico, no se hubiera parado en el aparcadero.

—Baje, Tommy; tengo ganas de contemplar las estrellas.

A pesar de la sorpresa que le produjo la proposición, ella obedeció. Cogidos del brazo dieron unos pasos, como una pareja de novios que buscaran mayor intimidad en la sombra protectora de los árboles. Antes de que ella pudiera darse cuenta, Bert la rodeó con sus brazos y la apretó contra sí, sin llegar a besarla, ya que no era esa su intención.

Imposibilitada de moverse por la fuerte presión, solo sus ojos centelleantes expresaron la indignación de la muchacha.

—¿Qué se ha creído usted? ¡Estúpido!

—Eso mismo digo yo —replicó Bert, tranquilo—. ¿Qué se ha creído usted, niña presuntuosa? ¿Supone, acaso, que la traje hasta aquí para robarle un beso? No sea boba, Tommy. Creo que nos vigilan. Siga adelante sin chistar.

Pasaron la barrera de los árboles, y en el prado que se extendía tras la maleza, Bert la soltó.

—No tendrá miedo, ¿eh? Espéreme aquí.

A grandes zancadas emprendió una silenciosa carrera paralela a la línea de la autopista.

En pocos momentos estuvo a la altura del coche sospechoso. Avanzando un poco más salió a la carretera, tras de la zarzas. El coche estaba a unos veinte pasos más adelante, y sin abandonar las sombras se le acercó por detrás, con cautela.

Un hombre fumaba tranquilamente, sacando un brazo por la ventanilla, bien ajeno a lo que se le venía encima. Cuando quiso darse cuenta, el tranquilo fumador se sintió atenazado por la garganta. Una mano surgida de improviso le apretaba la nuca contra la ventanilla, haciéndole mirar al cielo. El hombre quiso soltarse tratando de atenazar a su enemigo con una llave de jiu-jitsu, pero no pudo porque su agresor puso inmediatamente en

práctica la contrallave indicada. Y el hombre solo consiguió soltar un leve gemido.

Bert dio al conmutador de las luces del cuadro, y al ver la cara de su víctima lanzó una carcajada en tanto que le soltaba. El otro, por su parte, cuando se sintió libre, se volvió para mirarle y, sin dejar de mesarse el cuello dolorido, rio también de buena gana.

—¡Duncan! Te vas volviendo viejo. Ya no estás para estos trotes.

—Y tú, Bert Lane, sigues tan desconfiado como siempre. Debía habérmelo imaginado.

—Gracias a esto conservo íntegro el pellejo... Vámonos. He dejado al pimpollo de tu secretaria sola y a lo mejor siente miedo.

—Cuida de no sentirlo tú antes que ella. No te fíes de las apariencias.

—¿Desde cuándo has vuelto a los viejos métodos y usas mujeres en el servicio? ¿No encuentras que es demasiado guapa para pasar inadvertida?

—Me sirve de enlace particular. Como hoy. Y para este servicio hace falta precisamente que sea guapa, para que nadie sospeche si la ve con diferentes hombres. Por el mismo motivo, la máxima relación que alguien puede establecer entre ella y yo es la que sea mi amiga.

—¿Y lo es? —preguntó Bert.

—Desgraciadamente, no. Tiene un alto sentido del deber y no bebe en acto de servicio.

La encontraron sentada en la hierba, fumando pacíficamente un cigarrillo. Bert se le acercó.

—Tome su pistola. Otra vez guárdela en cualquier otra parte que no sea el bolso. Es un mal sitio. Espérenos. Enseguida volvemos.

Se alejaron los dos hombres hasta un grupo de árboles solitarios que crecían a unos cien metros de la carretera y allí se sentaron.

—Bien —comenzó Duncan—, ¿aceptas el encarguito?

—Si me explicas primero de qué se trata podré contestarte. Apenas tuve tiempo de charlas con la muchacha.

Con minuciosidad de archivo policial, Duncan le explicó la violación del secreto del «Nautilus» en los astilleros de Groton, el suicidio del alemán que trabajaba en el reactor del «Sea Wolf», y lo poco que se había podido averiguar en ambos casos.

—El trabajo es duro —terminó el jefe del S. S.—; ya lo sé. Pero precisamente por eso acudo a ti. Hemos llegado a un punto muerto y solo nos puede sacar de él un hombre con completa libertad de movimientos y que sepa obrar por propia iniciativa, y a la vez, que posea unas cualidades de las cuales tú has dado cumplida muestra

en más de una ocasión.

—Aparte de esto, ¿qué más sabes? ¿Se ha producido algún hecho que te permita sospechar qué grupo o nación preparó y llevó a cabo el golpe?

—Hace un par de semanas se ha recibido en el Pentágono una proposición para vendernos los datos técnicos secretos del nuevo tanque ruso «CCCP-1». El lugar de las negociaciones se ha señalado en Estocolmo, y parece ser que tal proposición la ha hecho un grupo de espías profesionales independientes, no adscritos a ninguna nación determinada, que operan por su cuenta. Esto me hace pensar, por las circunstancias de los robos en nuestras factorías y lo inútiles que han sido nuestros archivos y pesquisas sobre los agentes rusos, que se trata del mismo grupo de Estocolmo. Nuestro fracaso se debe en su mayor parte a nuestro error de achacar desde un principio la cosa a los agentes soviéticos. Hemos perdido un tiempo precioso que quiero recuperar encargándote a ti del trabajo. Si te interesa el asunto, llevo encima información complementaria sobre la compra del «CCCP-1» y sus derivaciones.

—Acepto. Me interesa. Supongo que las condiciones serán las de siempre: sin restricciones y a todo plan.

—Exacto. Solo me interesan los resultados. Puedes usar los métodos que creas más convenientes. Además, te brindo un buen principio. Dos técnicos de armamento irán a Estocolmo para estudiar la autenticidad de los datos que se van a comprar. Les acompañará un grupo de agentes que custodiarán el dinero a pagar por ellos. Esta, creo yo, será una red que probablemente tiene también en su poder los secretos del «Nautilus». Si no la tiene, hemos fracasado.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—En este sobre encontrarás un informe detallado de todo. Datos sobre nuestros agentes enviados a Suecia, sus contraseñas, etc. Ordenaré que se pongan a tu disposición, si los necesitas, para que toda nuestra red pueda estar a tus órdenes en un momento dado.

—¿Cuándo podré recoger la documentación?

—Mañana mismo te la enviaré a tu departamento dentro de un encargo de comestibles. Dame los datos necesarios.

—Esta vez seré un estudiante español. Ser español es muy importante en Suecia, sobre todo en lo que respecta a las suecas. Nombre: Manuel de Tresiano, el que usé en el «Affaire Casablanca».

Bert se levantó. Estrechó la mano de su jefe y amigo y marchó hacia la carretera. Tras un breve saludo a la muchacha, se metió en su «Cadillac» y lo enfiló hacia Nueva York.

CAPÍTULO III

Bertram Lane no había perdido el tiempo en Estocolmo. A las veinticuatro horas de su llegada a la capital sueca tenía ya un permiso de la policía para trabajar en el país, y con él, empleo en la lavandería del «Grand Hotel», donde, según le había manifestado Duncan, en Nueva York, se debía realizar el trato con los agentes que iban a vender a los americanos los planos y datos secretos del último modelo de tanque ruso: el «CCCP-1».

Bert trabajaba en el hotel hasta las cinco de la tarde, y durante su turno podía disponer, sin demasiadas complicaciones, de un juego de llaves que le permitía entrar en todas las habitaciones. Además como el reparto de la ropa limpia figuraba en sus obligaciones, ningún cliente se podría extrañar si «por casualidad» lo encontraba en su dormitorio.

Y no era eso todo. Dispuesto a asegurarse un control efectivo del hotel y tener más libertad de movimientos, había iniciado un asedio en toda regla a su jefe inmediata, la encargada del servicio de lavandería, una rubia alta y bien proporcionada, de cara graciosa, cuyo número de teléfono y dirección ya constaban en la agenda de Bert, así como también una cita para salir con ella a bailar cualquier noche.

Aunque bien es verdad que esto último fue lo que menos trabajo le costó. Su fingida nacionalidad española, la historia de que en su tierra había toreado y matado «un par de docenas de toros» y su pelo y ojos oscuros, acuciaron la curiosidad de la espigada sueca, ya de por sí predispuesta favorablemente hacia todo lo que viniese del «país del sol».

La tarde de su tercer día de estancia en la capital de Suecia, a finales del mes de mayo, Bert se fue a sentar a la terraza de un bar del Kungsträdgaarden en cuanto acabó su trabajo. Pidió en el mostrador del *self-serviering*¹ un jugo de naranja y, con él en la mano, ocupó una de las mesas bajo los árboles. El jugo de naranja era uno de los pocos líquidos que se podían tomar sin echar mano de la cartilla de alcohol, cuya ración diaria se había tomado ya por la mañana.

Al segundo sorbo ya maldecía in mente a los amantísimos

padres de la patria que con sus exquisitos cuidados y con la rigurosísima cartilla del alcohol habían logrado que ningún ciudadano pudiera coger libremente una borrachera.

Distrajeron su mal humor los variadísimos tipos que frecuentaban aquel bar. Era el punto de reunión de los extranjeros en Estocolmo, y los tipos que en él se reunían ya permitían hacerse una idea, de la variedad de idiomas, trajes y caras que animarían aquello en pleno verano. El inglés, el alemán, el italiano, el francés y un poquito de sueco se oía en las diferentes mesas.

—Buen sitio para buscar un tipo raro —dijo para sí—. Es como tratar de dar con un negro sospechoso en Harlem.

Su mirada se detuvo en un *boy* de camisa caqui que en un rincón abrazaba, sin preocuparse de los demás, a una muchacha que por su tranquilidad y frescura debía ser del país. No cabía duda sobre la nacionalidad de él: camisa y pantalón de los que usaba el ejército americano, corte de pelo regimental y, por añadidura, se comportaba con la muchacha como, desde hacía años, lo venían haciendo todos los *boys* de las *Navy*, *Army* y *Air Forces* que representaban a la Unión en los cinco continentes.

Dos mesas más allá le llamó la atención un tipo tan característicamente teutón cómo el otro era norteamericano. Este fumaba incansablemente, mientras jugueteaba con un voluminoso encendedor eléctrico.

Distraído por la aparición de un nuevo personaje, que acaparó toda su atención, Bert no se fijó lo suficiente en algo muy raro que el alemán hacía: encender su cigarrillo, que ya estaba encendido. Pero esto solo ocupó su pensamiento una fracción de segundo. Quien acababa de llegar y pasaba entre las mesas ¡era Tommy en persona!

—Está loco. Encender un cigarrillo que ya está encendido... ¡Tommy! Pero... ¿quién diablos le habrá metido en la cabeza venir aquí?

La «enlace» de Duncan, metida en unos pantalones negros y una blusa roja, con un chaquetón de grandes cuadros pendiente de un hombro, pasó por su lado sin verle, ocupada en mirar al americano que se arrullaba en el rincón, y a quién dedicó un leve gesto de saludo.

El chico contestó tan levemente como ella; pero una seña suya de «puesta en guardia», que Tommy no captó, hizo que Bert mirase al alemán, ocupado en aquellos momentos de encender una vez más su cigarrillo y apuntando con el encendedor en dirección a la recién llegada.

El *boy* se levantó diciendo algo a su compañera. El alemán también, y con visible prisa se dirigió a la calzada lateral donde llamó y subió a un taxi. El americano salió de estampía. Al ver la ventaja que le había tomado el otro, saltó a un segundo taxi y partió tras él.

Bert había comprendido la escena, pero no quiso intervenir. La estúpida indiscreción de dos de sus agentes no podía echar por tierra todos sus planes. Era darse a conocer gratuitamente.

El *boy* había visto también que el alemán, con su diminuta cámara acoplada al encendedor, sacaba fotografías de Tommy, y salió tras él para impedir que el probable agente enemigo comunicara a sus superiores la relación de la muchacha con el espionaje norteamericano.

—El muchacho debe ser uno de nuestros agentes aquí —pensó Bert—, aunque mucho temo que lo hayan fichado ya. Esta noche voy a convocar una reunión general de agentes. Si todos son como este, no les falta más que un brazalete con la inscripción: «Espía Americano». Hasta el más bobo puede olerlos a una legua.

Se levantó malhumorado de su asiento y fue al mostrador. Pidió un nuevo jugo de naranja, pagó y se dirigió a la mesa en que Tommy fumaba un cigarrillo ante su taza de café. Estaba sola, y la mesa, algo apartada de las demás, entre unas macetas, bien situada para evitar indiscreciones. No obstante, Bert, con una mirada glacial, apagó el brillo de los ojos de ella al reconocerle.

—*Pardon, mademoiselle* —dijo, y siguió hablando en francés—. ¿Me permite ocupar esta silla, si no está reservada?

—*Oui, monsieur* —contestó ella, distraídamente.

Siguió un corto silencio, durante el cual se estudiaron mutuamente con fingido disimulo.

—¿Es usted francesa?

—No. Soy americana. ¿Y usted?

—Yo soy español. Hablo francés porque no sé bastante sueco, ni inglés para sostener una conversación.

Ella apuntó mentalmente el dato. El Bertram Lane que conociera en el «Club Xaima» de Nueva York tenía ahora una nueva personalidad y ella debía olvidarse de la antigua. Había entrado en Suecia como español y como tal debería tratarle. Dominaban ambos el idioma galo y no tuvieron dificultad en seguir la conversación, que a los ojos de cualquier testigo inoportuno no tenía más importancia que la que pueda tener un vulgar galanteo.

—Si no tiene nada que hacer —proponía él—, podemos ir a bailar esta noche al Skansen. ¿Lo conoce?

—No. Llegué anteayer a Suecia y apenas conozco nada.

—Entonces permítame ser su guía. El Skansen es el más bonito jardín de atracciones del mundo, donde se puede bailar a la luz de la luna y, con la excusa de verlo mejor, perderse en sus oscuras arboledas para olvidarse de ella.

En aquel momento, en la mesa más próxima se había sentado una mujer que parecía leer muy atentamente un periódico de la tarde. Tommy, muy puesta en su papel, prosiguió la comedia.

A poco se levantaron riendo y, cogidos del brazo, corrieron hasta el primer tranvía. A lo largo del Strano, los llevó hasta la isla dónde está el gran parque del Djurgården.

En uno de los restaurantes, junto a la orilla del mar, cenaron. Cuando acababan los postres, comenzaba el larguísimo crepúsculo, que dura hasta las once de la noche. Las luces multicolores del Tivoli, el Gröna Lunds y los faroles de la ciudad se reflejaban en las tranquilas aguas, mientras en el aire flotaba la música de los jardines de atracciones y los numerosos restaurantes. Sobre sus cabezas, en lo alto de la colina, abría sus iluminadas puertas el Skansen, tan prometedor para los enamorados.

Pagada la cuenta, se metieron en el inmenso parque. Bailaron cuatro o cinco bailes en una de las pistas, previo pago de los correspondientes *tickets*. Luego, cumplido el ritual de la danza, se alejaron por una de las sombrías avenidas.

Bert se cercioró de que nadie les había seguido hasta allí. No obstante, continuó hablando en francés y enlazando a la chica. Esperaba, su reacción, que no tardó en llegar. Cuando se creyó segura de no ser espiada ya por ojos indiscretos, ella intentó desasirse diciendo en inglés:

—Bien. Nadie puede vernos. Echemos el telón sobre esta comedia. Ha durado bastante, ¿no cree?

A Bert le molestaban aquellas reacciones. Repuso:

—Señorita, aquí las órdenes las doy yo. Somos un español y una norteamericana enamorados por un rápido flechazo, y así deberemos continuar en tanto yo no ordene lo contrario, o usted pida la baja en el S. S. si no le gusta el servicio. A propósito, me llamo Manuel de Tresiano.

Ella murmuró algo ininteligible, pero dejó que él la asiera nuevamente del brazo. En vista de que no respondía, Bert prosiguió:

—Me gustaría saber quién les reclutó para el S. S.

No me diga que fue Duncan, porque tendré que pensar que es un zoquete. ¿A quién se le ocurre ir vestido como iba el pollo a quién

usted saludó en el bar del Kungsträdgaarden? Hasta los chiquillos sabrían su nacionalidad sin oírle hablar. ¿Y usted? ¿No podía haber pasado ante él simulando no verlo? Le encuentra arrullándose con una chica y no se le ocurre más que saludarle. ¿Cree, acaso, que las gentes que no tienen la suerte de pertenecer a su maravilloso Servicio Secreto son pobres idiotas que no saben sacar deducciones? El tipo tras el que hubo de salir su amigo le hizo a usted fotografías en todas las *poses* imaginables, y usted sin darse ni cuenta.

Bert calló. Se sentaron sobre unas rocas en una colina desprovista de arbolado. Nadie alcanzaba a escucharles allí. La luna iluminaba un gran prado alrededor de ellos, donde nadie podía pasar sin que ellos le vieran. El horizonte estaba claro aún por efectos del crepúsculo. No obstante, en el gigantesco reloj giratorio de los almacenes NK, que asomaba su faz iluminada sobre los tejados de Estocolmo, eran las diez de la noche.

—Además —prosiguió él, mientras la chica escuchaba sin decir palabra ni mover un músculo—, ya puede usted ir preparando las maletas. Si las fotos que el alemán le hizo no se recuperan, tomará el primer avión de regreso a Nueva York. Aquí sería un estorbo y un serio peligro para los demás. A no ser que quisiera servir de cebo para distraer al enemigo de nuestros movimientos, con el inconveniente, claro está, de que la noche menos pensada le claven un estilete entres los omoplatos.

Para probar su temple, con la mano con que rodeaba la espalda de la muchacha le apretó en el lugar indicado; pero ni un solo escalofrío recorrió su columna vertebral. Luego, con voz tranquila, dijo ella:

—Si usted lo estimase necesario, no me importaría hacerlo. No temo correr ese riesgo.

—No teme a la muerte, y no obstante, le aterra que yo la abrace —se burló Bert.

—No lo crea. No me importa un comino, si entra dentro de mis deberes como miembro activo del S. S.; pero me hace el efecto de que está burlándose de mí, jugando al gato y al ratón.

—A propósito, ¿cómo se llama usted realmente?

—Lys Mac Coy.

—Bien, Lys. Esta noche he de revistar los efectivos humanos con que cuento aquí. ¿Dónde se reúne el grupo destacado para custodiar el dinero y los técnicos que han de estudiar los pianos del tanque ruso?

—Viven en los hoteles de la ciudad, pero se retinen en un chalet

de Ladugaards, el A-5-3. Ya sabe, en la avenida A, la 5ª manzana el 3.º.

—¿Podrían convocar esta misma noche una reunión?

—Está convocada para esta noche a las dos.

—Estupendo. Va a empezar el baile.

—Para mí ya ha empezado —rio ella.

—Esto no es nada. Cuando yo toco, ¡la gente baila de cabeza!

* * *

Después de acompañar a la muchacha hasta su departamento, Bert se dirigió hacia el centro de la ciudad. Como ya los bares estaban a punto de cerrar, se acercó a un puesto callejero de «perros calientes». Se comió tres y decidió ir a su habitación para cambiarse.

Al salir, como ya era tarde y circulaban contados taxis, optó por un método más rápido y barato. Cerca de la casa donde tenía alquilada su habitación, había un aparcadero de bicicletas. El noventa por ciento no tenían candado ni nada que se le pareciese. En Suecia se da el caso de que una persona muere dejando su bicicleta en la calle, y hasta que la policía hace su recogida anual de bicicletas abandonadas, a nadie se le ha ocurrido ni cambiarla de sitio.

Así, pues, cogió la que le pareció en mejores condiciones y con ella llegó a Ladugaards al cabo de media hora.

No le fue difícil encontrar el chalet A-5-3. Era el tercero de la quinta manzana en la avenida A, o sea la primera por orden alfabético. Con un rodeo, evitó la entrada principal y buscó la trasera por el jardín. Pulsó el timbre tres veces, luego una y dos al final. En la ciudad-jardín donde se hallaba, todo estaba tranquilo. Ni siquiera parecía habitada la casa.

Cuando se disponía a llamar de nuevo, la puerta se abrió. Un joven le condujo por una escalerilla descendente hacia los sótanos. Por una trampilla entraron al fin en una habitación. Ocho personas le esperaban. Las paredes, forradas de lana de vidrio para amortiguar voces y ruidos, daban una sensación oprimiente. Hasta los tragaluces estaban velados por espesas cortinas. En una de las esquinas funcionaba en aquel momento una emisora portátil.

Para guardar el incógnito, que como miembro irregular del S. S. tanto le interesaba, Bert ocultaba su rostro tras un fino antifaz de seda negra, que en forma de capuchón cubría toda su cabeza.

—«Sandro» —ordenó, volviéndose de espaldas a los presentes—,

reconózcame.

La aludida, que a pesar de su seudónimo masculino era Lys Mac Coy, dio la vuelta, levantó un tanto la fina tela y, al reconocer a Bert, se volvió al que parecía ser jefe del grupo:

—«Ronald», este es «K-X-W-5», alias Jim, el agente enviado por Duncan para hacerse cargo del trabajo aquí mientras lo estime necesario, ya que probable mente sus pesquisas pueden, en un momento dado, llevarle fuera del país.

La actitud expectante y un tanto recelosa con que los reunidos acogieron al enmascarado, se disipó. El llamado «Ronald» se adelantó para darle la mano y recoger sus credenciales de contraseña. Dijo:

—A sus órdenes, «Jim». Duncan me comunicó por radio su llegada y sus instrucciones. Desde este momento tiene usted el mando.

—Por ahora, a pesar de lo que diga Duncan, todo seguirá igual; únicamente que si yo tengo necesidad de ustedes, se lo comunicaré.

Bertram Lane, o el agente «K-X-W-5», o «Jim», o también para otros Manuel de Tresiano, estudiante español, sacó de su bolsillo unas fichas. Luego unas fotografías de su cartera, aparentemente de tipo familiar, y empezó a pasar una extraña lista.

Llamaba a cada uno de los presentes, le buscaba cutre las fotos, comprobaba esta con la cara y los dates, tomaba una pequeña nota en una cuartilla, y luego quemaba foto y ficha.

Cuando hubo comprobado minuciosamente estos datos, preguntó:

—¿Dónde están «S-A-6» y «S-A-4»?

—«S-A-4» no ha podido venir. Está de servicio, vigilando el Grand Hotel. De «S-A-6» no sé nada —contestó «Ronald»—. No le he podido localizar.

Lys, que actuaba con el nombre masculino de «Sandro», se acercó a Bert y le dijo en voz baja:

—Es el chico que salió tras el alemán.

Bert reprimió una exclamación de disgusto y prosiguió:

—Esta misma tarde, «S-A-6» ha estado actuando ante mis narices como un colegial. ¿Acaso no se les ha prevenido de que esto no es un viaje de vacaciones, como parece a primera vista? Han de saber, señores, que si mis suposiciones son ciertas, en el momento menos pensado se va a armar un buen lío. Al agente en cuestión no le faltaba más que decir en voz alta su cifra y alias para que todo el mundo se enterase de que trabajaba para el Servicio americano. A estas horas ha debido pagar caro su descuido. No me extrañaría que

mañana encontrasen su cuerpo flotando en los canales con un puñal en la espalda. «Sandro» les habrá informado del incidente.

—Efectivamente —respondió el jefe del grupo—. El hombre que usaba la cámara-encendedor es alemán y se le viene vigilando como sospechoso de pertenecer a la banda que se nos enfrenta. Vive en el Grand Hotel, en la habitación 306.

Bert calló unos minutos, pensativo. Nadie le interrumpió. Solo se oía en la estancia el intermitente zumbido de la emisora transmitiendo y recibiendo mensajes en morse. Al fin concluyó:

—Hay que apoderarse del alemán como sea. De momento, tengan mañana preparada una furgoneta comercial, que pueden alquilar. Deben comprar también tres barriles de cien, kilos de jabón en polvo en la Compañía «Ericcson Soppa Aktiebolag», y con todo ello esperar en esta casa mi llamada. Bastan dos hombres, que vestirán monos de trabajo.

Dio algunas órdenes severas y recalcó por último:

—No se asombren de nada mañana. Sigan las órdenes que les dé al pie de la letra. La contraseña será «Míster Baäck». Preguntaré por él cuando llame.

Se hizo cargo de la emisora unos minutos y transmitió unos mensajes para Duncan.

Al cabo de un rato dejó la habitación, salió de la casa y, montado de nuevo en la bicicleta, se lo tragaron las sombras del bosque de Ladugaards.



El alemán buscaba su revólver...

CAPÍTULO IV

Aquella mañana Bert se despertó muy temprano; mejor dicho, le despertaron, porque el timbre del teléfono comenzó a sonar desesperadamente a las seis y media, y a los pocos minutos la dueña de la pensión llamaba a la puerta de su habitación.

Lys le saludó en francés desde el otro extremo del hilo. Sin darle tiempo a contestar apenas, prosiguió, acentuando ciertas palabras:

—Quisiera verte antes de ir a trabajar. Ayer noche perdí mi sortija y me he dado cuenta ahora. Tenía seis brillantes y me he llevado un gran disgusto. Estoy segura de que lo perdí en el bar alemán. No sé si lo habrá encontrado la policía. Será cosa de mirar en la oficina de objetos perdidos. Pero no tengo fotografías de él para acreditar mi pertenencia. ¿Por qué no vienes a desayunar comulgo antes de que entres a trabajar y me aconsejas lo que debo hacer?

Bert escuchaba con el rostro en tensión. Su cara parecía tallada en piedra. Cogiendo solamente las palabras más fuertemente acentuadas de lo que Lys le decía por teléfono, había traducido el mensaje:

«Ayer noche perdimos al agente «S-A-6». Lo mató probablemente el alemán tras el cual salió del bar.

«El cadáver lo ha encontrado la policía, pero no llevaba las fotografías consigo».

—De acuerdo, Lys. Desayunaremos en el China Bar de Berzelii Park, antes de que yo entre a trabajar. Ahora voy.

Se vistió rápidamente y a la media hora estaba en el lugar de la cita. Lys Mac Coy le esperaba ante un humeante café, mientras se dejaba calentar por el brillante sol matinal.

Él recogió una taza de café en el mostrador y fue a sentarse a la mesa de la muchacha. Ella, muy en su papel, le saludó con un beso en la mejilla. A aquellas horas, pocas personas ocupaban aún los veladores al aire libre. La más cercana no podía oírles. Bert pidió más datos:

—Esta mañana me llamó por teléfono «Ronald» para comunicarme la noticia y para decirme que te la comunicara luego a ti. El cuerpo de «S-A-6» fue encontrado esta madrugada por una

lancha del servicio guardacostas, flotando en las aguas del lago Mälär. Según la primera impresión, parece que fue estrangulado con un cordón de seda antes de ser arrojado al agua. Toda su documentación había desaparecido.

—¿Cómo lo supisteis?

—Por pura casualidad. «S-A-4», que estaba de vigilancia ante el Grand Hotel, vio las ambulancias y la lancha junto a las esclusas. Se acercó y pudo ver que se trataba de uno de sus compañeros.

Bert rugió más que dijo:

—¡Claro! ¿Cómo no van a pasar cosas como esta? Este es un país neutral, se trata de custodiar unos millones nada más, ¡envían aquí a todos los novatos para que se vayan entrenando! ¿Cuándo se enterarán, pues, de que para los del S. S. todo el mundo es un polvorín a punto de estallar? ¡Espero que esto les sirva de aviso!

—Y ahora... ¿qué vamos a hacer?

—No se ha hundido el mundo todavía. Todos quietos hasta que yo lo ordene. Vamos a ver si empezamos a no ser niños y a trabajar con la cabeza.

—Pero... el pobre muchacho...

—No sea estúpida. Ya nada podemos hacer por él. Si siente remordimientos puede llorar cuando no la vean y, de paso, derramar unas cuantas lágrimas anticipadas por usted misma. Será la próxima víctima si no recuperamos las fotos esta misma mañana.

Bert se levantó tras beber de un trago el contenido de su taza, besó a la chica y se marchó. A pesar de la aparentemente cálida despedida, los labios de Bert estaban helados. Lys comprendió que aquel beso era una simple exigencia del servicio.

El Grand Hotel está a cien metros escasos de Berzelii Park y Bert se plantó en él en un momento. La entrada al hotel quedó marcada en su tarjeta de trabajo a las ocho de la mañana, una hora antes de empezar su turno.

El encargado del control de entrada murmuró para sí:

—Estos españoles, por ganar tres coronas más, son capaces de no dormir. No me explico cómo algunos pueden resistir tantas horas de trabajo duro.

Y tampoco le extrañó lo más mínimo que, tratándose de un español, los cuales tienen fama de muy trabajadores en todo el norte, el tal Manuel de Tresiano hiciera horas extraordinarias.

Bert, entre tanto, convertido de nuevo en obrero de la lavandería del hotel, fue a ver a la encargada.

Estaba desayunando en su pequeña oficina y él entró sin llamar. Solos y sin probabilidad de que nadie entrase inopinadamente, la

galanteó con fingida admiración, mientras le hacía algunos arrumacos. Luego, en el forcejeo para robarle un beso, que ella deseaba tanto como pocas ganas tenía él de dárselo, se apoderó diestramente de una de las llaves maestras que servían para entrar en las habitaciones del hotel.

Acto seguido se despidió de ella, y enfundándose en su blanco mono de trabajo, subió al tercer piso por la escalera de servicio.

Buscó la habitación 306. Con delicadeza felina introdujo la llave en la cerradura al comprobar que ningún ruido se oía en la cámara, salvo los sonoros ronquidos del alemán. Hizo girar la llave. Solo un clic imperceptible. Luego, de los goznes, ni el más leve chirrido. Se coló en el interior y en la densa penumbra pudo distinguir el bulto del durmiente.

Sin embargo, al intentar cerrar la puerta con el mismo cuidado, se produjo un rumor y el hombre se revolvió inquieto entre las sábanas. Bert cerró de una patada y, como un resorte que se dispara, se lanzó en un ágil salto sobre la cama, atenazando al alemán que se había despertado y en ese preciso instante alargaba la mano hacia la mesilla donde brillaba el metal de un revólver.

A pesar de su fortaleza, Bert hubo de recurrir a un truco de jiu-jitsu para dominar a su víctima, que se debatía entre las sábanas como un jabalí herido. Con un hábil golpe tras la oreja lo dejó sin conocimiento.

El encendedor que buscaba estaba sobre la mesilla. Efectivamente, se trataba de una cámara fotográfica disimulada, pero estaba vacía. En su ulterior no encontró el esperado rollo de película. Ni en la mesilla, ni en el armario, que registró concienzudamente, logró encontrarlo. Pero al abrir el cuarto de baño para registrar sus ropas, vio sobre la repisa del lavabo un frasco de revelador. La bombilla de la lámpara era todavía roja. El rollo debió haber sido revelado durante la noche.

No tuvo ya que buscar mucho. Colgada de un hilo estaba puesta a secar la diminuta película. Miró al trasluz y pudo comprobar que se trataba de la que andaba buscando. En dos de los pequeñísimos negativos se adivinaba la figura de una chica vistiendo pantalones, sentada ante un velador. Como estaba ya seco, lo envolvió en un papel, lo metió en su bolsillo y volvió de nuevo al dormitorio.

El alemán seguía desmayado en la cama. No había tiempo que perder. Cogió el revólver de la mesilla por si despertaba y salió de la habitación.

A los tres minutos escasos ya estaba de vuelta, empujando un gran cesto con ruedas de los que servían para recoger la ropa de

cama sucia. De él sacó unas cuerdas y un gran rollo de esparadrapo que había cogido al pasar por el botiquín de urgencia.

Sin perder un segundo lio los tobillos y las muñecas del desmayado agente con varias vueltas de esparadrapo. Luego, con lo mismo, pegó su boca para que no pudiera ni murmurar, dejándole únicamente la nariz libre para que respirase. Después lo dejó hecho un fardo, pasándole la cuerda por las corvas, por el cuello, y dándole como fin unas vueltas alrededor. En aquella posición, el alemán no podía mover más que los dedos de las manos.

Hecha un ovillo, como estaba, metió a su víctima en el cesto para cubrirle luego con unas sábanas que había traído con esta idea dentro de él. Y con aire inocente, salió al pasillo empujando el carricoche.

Bajó con él en el ascensor, y una vez en los sótanos, se preparó a llevar a cabo la parte más difícil del plan que con tanta precisión forjara la noche anterior.

Esperó un buen rato, fumando un cigarrillo, hasta que vio libre el camino hasta el cuarto-almacén, donde se guardaban los toneles de contrachapado para transportar el jabón en polvo que consumían las máquinas de lavar. Empujó hasta allí el gran cesto con ruedas y lo metió dentro, y él detrás.

Tendría que obrar rápidamente para no ser sorprendido. No había explicación posible para lo que hacía.

Se cerró por dentro y en un santiamén sacó al hombre del cesto para meterlo en una de las tres cubas que sabía estaban vacías. Clavó la tapadera, y dejando solo una ranura para que el otro pudiera respirar, se preparó a salir. Pero se oyeron pasos y alguien, desde el exterior, forcejeó en el picaporte. Rápidamente tapó con la mano la cerradura para que no se viese que la luz del cuarto estaba encendida, y esperó conteniendo la respiración.

Quien intentaba abrir debió comprender que era inútil y se marchó en busca de la llave. No tardaría en volver.

Cuando los pasos se apagaron en la escalera, Bert abrió, asomó la cabeza, y al no ver a nadie, sacó el carricoche y lo alineó junto a los otros que, cargados de ropa sucia, esperaban su turno para ser subidos a la sala de máquinas.

En aquel momento bajaban dos mujeres hablando.

—No puede ser —decía una en sueco. Bert reconoció la voz de la encargada—. Yo misma dejé la llave en la puerta.

—Pues yo le aseguro que no estaba y alguien había cerrado con llave.

—¿Sí? La puerta está abierta y las llaves en la cerradura. ¿Ve

usted visiones?

—No me lo explico. Ahora mismo estuve yo aquí y puedo jurar que no había llave. La puerta estaba más cerrada que el sepulcro de Gustavo Basa. No me lo explico, no me lo explico...

Bert, sentado sobre un cesto, fumaba tranquilamente un cigarrillo. Hablando en voz alta, chapurreó en sueco:

—Pues es bien sencillo de explicar. Cerró la puerta un duende.

Las mujeres rieron. La encargada ordenó a Bert en tono que era una súplica:

—Manuel, ¿quiere ayudar a subir unos cubos de jabón?

—¿Cómo no?

Temiendo que el alemán se despertara dentro de su cuba y pudiera llamar la atención de las mujeres, se dio prisa en llenar los cubos. Luego salió el último, para tratar de que la encargada se olvidara de la llave. Pero no fue así. La muchacha cerró y se la echó al bolsillo.

En vista de ello, no perdió el tiempo. En cuanto dejó los cubos en la sala de máquinas se metió en la cabina telefónica. Marcó un número. Preguntó:

—¿Es la «Ericcson Soppa Aktiebolag?» —y a continuación dio la contraseña convenida la noche anterior—: ¿Es usted Mr. Baäck?

—Aquí, Baäck al habla —contestó «Ronald» desde el otro extremo del hilo.

—Envíen al Grand Hotel los tres barriles de jabón en polvo que les encargamos para la lavandería. A las diez en punto en la puerta de servicio.

Y colgó. A pesar de la indulgencia que con él usaba la encargada por sus frecuentes «ausencias para fumar un cigarrillo», Bert creyó oportuno trabajar un poco. Como faltaba casi una hora para que llegase la furgoneta con sus amigos, se entretuvo en la sala de máquinas, llenando de ropa sucia unas y sacando de otras la ya limpia.

A las diez menos cinco se fue a la pequeña oficina de la encargada y en su tartajado sueco a medio aprender le ofreció un cigarrillo y empezó a piropearla. La muchacha reía complacida.

—Y no creas que digo todo esto para poder fumar un cigarrillo tranquilo en vez de trabajar como es mi obligación. Me estoy enamorando de ti más de lo que yo quisiera.

—Pues ya va siendo hora de demostrarlo.

—Espera el domingo que tengo libre. Pasaremos el día juntos y entonces verás. Podemos ir a bañarnos a Saltsjöbaden.

Ella sonrió, aprobando el plan de su amigo. Luego, como para

impedir posibles variaciones, cambió de conversación, reconviniéndole cariñosamente:

—No me lo explico. De pronto te da la fiebre y trabajas como diez hombres. Luego desapareces y te encuentro tumbado fumando un cigarrillo... y hablando de duendes.

Bert dio una graciosa explicación y ella rio. Quería tener fama de excéntrico para justificar de antemano ciertas cosas difícilmente justificables. Miró al reloj. Eran las diez en punto.

En aquel mismo momento sonó el teléfono. La furgoneta debía estar ya en el control de entrada y el encargado pedía, como bien supuso Bert en su plan, alguien que se hiciera cargo de la mercancía. Efectivamente, la chica se volvió hacia él, alargándole la llave del almacén del jabón.

—Traen jabón para el almacén. ¿Tienes la bondad de bajar a abrírles y vigilar que lo dejen en el cuarto? Así podrás fumar tranquilo y me dejarás trabajar a mí.

El replicó:

—Ya salió el espíritu nórdico. El trabajo ante todo, antes incluso que el amor— pero, contento de que se le facilitaran así las cosas, le lanzó un beso con la mano y se fue.

En la puerta estaban dos de los agentes destacados en Estocolmo por el S. S., vestidos con mono azul de trabajo. Bert esperó a que descargasen uno de los barriles y, ante ellos, les fue indicando el camino. Luego esperó a que trajeran los dos restantes.

Cuando estuvieron todos en el almacén, señaló los tres vacíos, en uno de los cuales iba el alemán hecho un fardo. Los dos falsos empleados de la «Ericcson Soppa Aktiebolag» cargaron con el primero. Bert señaló al del control el barril y dijo:

—Son envases vacíos. Sacarán dos más.

Sin mirar apenas, el hombre aprobó:

—Bien. Pueden sacarlos.

Al siguiente viaje, les señaló el que servía de encierro a su prisionero. Los dos hombres experimentaron cierta ligerísima sorpresa al notar su peso excesivo. Pero no sabiendo si el hombre del mono blanco que los guiaba estaba en el secreto, disimularon y lo trasladaron a la furgoneta aparentando no hacer el menor esfuerzo. Pronto, el tercer barril se reunió con sus compañeros y el automóvil se alejó.

Acabado el peligroso trabajo, que un mínimo fallo podía haber echado por tierra, Bert respiró. Fumó voluptuosamente un cigarrillo y tras cerrar el almacén del jabón se metió en la cabina del teléfono.

—¿«Ronald»?

—Sí.

—Trabajen bien a su visitante. Ahora va para allá. Les veré esta noche. Hasta luego.

Bert quedó pensativo después de colgar el auricular. Aún no había empezado el «baile» y ya la aventura reclamaba dos víctimas. Pero, por ahora, el destino había sido imparcial. Una por cada bando. Empate a uno.

* * *

Anohecía. Cuando casi era imposible distinguir un hilo blanco de uno negro a la luz natural, Bertram Lane llamó a la puerta trasera del chalet A-5-3 de Ladugaards. Al abrirse aquella llevaba ya la cara oculta por el fino antifaz.

—Buenas noches, «Jim» —le saludó el que había hecho de portero—. El «paquete» llegó sin novedad.

—¿Dónde lo tenéis?

—Allí.

En una pequeña celda aneja al sótano, el alemán, atado en un sillón, se enfrentaba a una potente luz que le daba de lleno en el rostro y a dos invisibles interrogadores que tras ella se enmascaraban y que no se cansaban de repetir las mismas preguntas.

Lys y «Ronald» ocupaban la gran habitación revestida de lana de vidrio. El que salió a abrir manipulaba en la emisora del rincón.

Bert cerró la puerta de la celda en la que se desarrollaba el interrogatorio y preguntó:

—¿Le habéis hecho cantar?

—El interrogatorio no está más que en los comienzos y el hombre repite que no sabe gran cosa. Pero sí sabe. De momento ha dicho que es el enlace entre un tal «Alex» y una cantante del Grand Hotel llamada Terttu Suikki, la cual ha de desempeñar el papel de mediadora en los tratos sobre el tanque «CCCP-1». Las fotos las hacía por encargo de «Alex». Ha dicho también que durante la guerra perteneció a la «ABWEHR», en la que trabajó a las órdenes del almirante Canaris. Hemos tenido que arrimar el hombro, pero al fin nos ha dicho dónde vive el tal «Alex». En el Grand Hotel Saltsjöbaden, en la conocida playa de moda. Y esto es todo... de momento.

En las dos últimas palabras había tal amenaza velada que Lys se estremeció. Bert dijo:

—Escuche, «Ronald». He de saber más detalles sobre ese «Alex»,

porque si es el mismo «Alex» que yo conocí y que perteneció a la «ABWEHR», es un tipo de cuidado. Astuto como un zorro, es capaz de burlar a todo el S. S., como en realidad hizo más de una vez. Le conozco hace algunos años y esta va a ser nuestra ventaja sobre él, ya que preveo sus métodos. No me extrañaría, además, que fuese el mismísimo cerebro de todo.

—Según el prisionero, es un miembro más de la red.

—Eso es lo que le habrá hecho creer a él y a los demás. Pero si es el «Alex» que imagino, no se conforma con ser un número cualquiera; tiene la virtud de reservarse el número uno siempre. Vaya a ver si saca algo más. Me interesa su aspecto físico.

«Ronald» se metió en la celda y cerró tras sí. Bert sacó de su bolsillo los negativos que encontró en el cuarto del alemán en el Grand Hotel y se los dio a Lys, diciéndole sarcásticamente:

—Haga ampliaciones de todo esto. No hace falta que retoque sus retratos; ha debido usted salir muy linda con su negro pantalón y su blusa roja.

Sin responder, pero con mal contenida ira, Lys salió del sótano por la escalerilla que conducía a la casa.

«Ronald» entró bien pronto con noticias.

—Nuestro buen amigo canta más que un italiano borracho. «Alex» es un tipo alto, ligeramente grueso, rubio; usa monóculo y tiene una ligera cicatriz en el pómulos derecho...

—No siga. Basta. Es él.

Cuando al cabo de una hora, Lys volvía con las fotografías ya hechas, Bert estaba del mejor humor. Tenía al alcance de las manos el hilo que conseguiría desenredar el ovillo. Se acabaron los palos de ciego. Su objetivo estaba en Saltsjöbaden y su víctima era Alex.

Lys traía consigo diez ampliaciones: dos del agente muerto y su compañera del bar, dos más de Lys y otra de un hombre apoyado en la barandilla del Strombron, el puente que hay frente al Grand Hotel.

—Este —comentó Bert— es el agente encargado de la vigilancia de nuestro prisionero, ¿no?

—Así es —reconoció «Ronald».

—Si lo dejamos suelto una semana más, el tipo este saca fotografías hasta de la emisora.

El resto de las fotografías eran de personas desconocidas, que por alguna circunstancia debieron parecer sospechosas al ex agente alemán. Al final había tres de chicas en someros trajes de baño.

—Estas seguramente no las debió hacer en acto de servicio; a no ser que también se dedicase al lucrativo oficio de espía de modas...

Bert apartó las fotografías de Lys y se las dio a ella.

—Puede conservarlas, «Sandro» —le dijo—. Serán un bonito recuerdo de su estancia en Estocolmo. ¿Sería usted tan amable de sacar copia de una de ellas y dedicármela? ¡Está tan guapa!

Ella las recogió y, sin contestar, se las metió en el bolso, pero a pesar de su silencio, se reflejaba en su cara la indignación. Al ver que no se movía, Bert dijo en tono autoritario:

—Señorita, ha sido una orden, a pesar de que se lo haya pedido con tanta amabilidad.

Ella le miró indecisa y a punto de estallar. Bert insistió:

—Sí, sí, luna orden! Y la dedicatoria, muy tierna, a su amigo el español. La quiero para mañana.

Lys, sin despedirse, salió dando un portazo, en dirección al laboratorio fotográfico que tenían instalado en la casa.

CAPÍTULO V

Bert se había despertado temprano el domingo y se levantó a las seis de la mañana. El sol brillaba ya. Ni una nube en el cielo.

Impuesto en su papel de Manuel de Tresiano, estudiante español, se puso a tararear «Granada» mientras se afeitaba. Tenía el día libre y una cita con Ula, la encargada del hotel, para ir a pasarlo en el fiordo de Saltsjöbaden. En su mente bullía una idea. Una sonrisa afloró a sus labios y dijo en voz alta, como si hablase con la imagen enjabonada que se reflejaba en el espejo:

—Me parece que te ha llegado la hora de pagar la jugarreta de Casablanca, viejo diablo.

Pero sus ideas no debían ser demasiado violentas porque siguió sonriendo, recreándose en ellas, al parecer.

Media hora más tarde, vestido con un veraniego y deportivo combinado de pantalón de franela gris claro, chaqueta azul, camisa blanca desabrochada, un pañuelo de seda al cuello y una sonrisa feliz, parecía uno de los muchos turistas que visitan Escandinavia en los claros y no calurosos días de verano.

En una terraza del Slussen, donde había quedado citado con Ula, se sentó a desayunar. Debajo de él estaba la estación subterránea donde debían coger el tren playero.

Unos minutos después se presentó su compañera con un veraniego conjunto, al aire la bella y tostada espalda y una gran cesta de mimbre en el brazo. Estaba verdaderamente radiante. Nunca se hubiera podido imaginar Bert que bajo la bata blanca de la encargada de la lavandería se pudiera esconder tanta hermosura.

—Buenos días, Manuel —dijo ella tras el ritual beso de saludo—. ¿Te hice esperar mucho?

—Si ocupaste el tiempo en ponerte así de guapa, lo doy por bien empleado.

—Lo empleé en algo mejor —y sonriendo, señaló la cesta—. Espero que te guste la comida que he preparado.

Bert la alivió de su carga y se metieron en la estación.

Tres cuartos de hora más tarde llegaban en el rapidísimo tren eléctrico al mundialmente famoso centro estival de *yatching*. Cientos de pequeñas embarcaciones a vela y motor surcaban el

fiordo en dirección al mar abierto, en busca de las escondidas caletas donde pasar el día. Otras tantas habían emprendido la misma marcha el sábado, con lo que, para quien observara la interminable caravana, parecía imposible que en una ciudad como Estocolmo, de apenas 700.000 habitantes, pudieran existir tantas embarcaciones particulares. Después del esquí, el deporte sueco por excelencia es el *yatching*.

Movidos por el ejemplo, Bert y Ula alquilaron un balandro. A poco, empujados por la brisa matinal, se dejaron llevar en dirección al mar.

Bert tenía un plan respecto a «Alex», pero no podía ponerlo en práctica hasta el anochecer. Por tanto, con el día libre por delante, decidió gozar de la vacación que se le brindaba.

Navegaron toda la mañana tostándose al sol. Se bañaron en una pequeña playa donde los árboles y la hierba casi ocultaban la arena. Comieron, durmieron una corta siesta a la sombra y volvieron al mar pilotando su balandro a lo largo de la escarpada costa.

Cuando el sol se ocultaba tras las montañas, regresaron al varadero de las embarcaciones de alquiler, frente al Grand Hotel de Saltsjöbaden. Alquilaron habitaciones con baño en el hotel, y tras ducharse para quitarse el salitre de la piel, bajaron al salón como otras tantas parejas que aprovechan el fin de semana para su esparcimiento.

Bailaron un par de piezas a los cálidos sonos de una orquesta cubana que hacía furor aquella temporada, para sentarse por fin en una mesita y pedir el aperitivo.

La muchacha estaba radiante de felicidad. Miraba a su «romántico español» con arrobos. Pero él no desaprovechaba el tiempo; entre mirada y mirada a su pareja, no perdía de vista la entrada del gran salón.

Su espera no fue larga. Todo el hotel se reunía allí a la hora del aperitivo. No se hizo esperar «Alex» tampoco. Agarrado al brazo de una exuberante rubia, entró un tipo alto, rubio, con ligera tendencia a la obesidad. Su crespa cabellera coronaba una gran cara en la que destacaba el redondo brillo de un monóculo. Era «Alex», el hombre a quién Bert había ido a buscar, a quién se había enfrentado más de una vez y con quien tenía una deuda pendiente, deuda de honor y puntillo profesional. El ex miembro de la «ABWEHR», en cierta ocasión en que sus intereses se centraban en el mismo asunto, le hizo salir corriendo de Casablanca con toda la policía francesa y parte de la Gestapo alemana pisándole los talones.

Bert no le había perdonado nunca la jugarreta y con el mayor

placer le preparaba otra.

—Viejo amigo, te gustan demasiado las mujeres —se dijo, viendo al alemán sonreír a su dama— y ellas serán tu perdición. Posiblemente esta solo te va costar unos millones de dólares.

Aprovechó la ocasión de que «Alex» se había sentado de espaldas a la puerta y se excusó ante Ula.

—Acaba de salir del salón un viejo amigo mío. Voy a saludarle. ¿Me perdonas unos minutos? ¿No te importará esperar un poco, si tardo?

—En absoluto, cariño.

Bert se levantó y, ya en la puerta, llamó al «maître».

—¿Ve usted aquel señor que está medio de espaldas, junto a la columna? El rubio del monóculo, que está con la señorita del vestido rojo.

—Ah, ya. *Herr* von Gustrow.

—Sí. Ese. Llévelo de mi parte a *Herr* von Gustrow una botella de champaña. Es una sorpresa. No le diga de parte de quién —y le entregó un billete de 200 coronas.

Sabiendo el nombre que usaba «Alex», Bert se dirigió a la habitación que había alquilado por la tarde y descolgó el teléfono:

—¿Conserjería? ¿Qué habitación ocupa von Gustrow? —dijo en alemán.

—La 106, señor. Pero si desea usted hablar con él, está en estos momentos en el salón.

—Bien, gracias. Bajaré a verle allí.

Bert ocupaba la 120, así que «Alex» tenía su cámara en el mismo primer piso. Sin perder tiempo, se dirigió al cuarto del servicio. Llamó y, al no recibir contestación, giró el picaporte y se coló dentro. Poco después salía con la mayor naturalidad llevando en la mano la llave que abría todas las habitaciones de aquella planta.

No le fue difícil abrir el 106. Una vez dentro, sus pasos, apagados por la alfombra, daban la sensación de que se movía sin tocar el suelo, como un fantasma.

Registró los armarios, abrió las mesillas, apuntó mentalmente que en una de ellas había un par de cartas con sellos de Portugal y matasellos de Funchal, en la isla de Madeira. Pero con muy buen criterio pensó que estaban demasiado a la vista para que pudieran contener algo de importancia mayor que la de saber su procedencia.

No se desanimó. Conocía demasiado a «Alex» y sabía que en el lugar menos pensado encontraría lo que buscaba.

A la tenue luz de la lámpara de noche estudió la habitación con minuciosidad. No tardó en observar un pequeño cuadro, adosado a

la pared, demasiado pegado a ella para estar suspendido normalmente. Pensó que tras él debía esconderse la caja de seguridad, y un simple movimiento giratorio presionando sobre el marco le demostró que no se equivocaba. Sin pensarlo dos veces, raspó sus dedos en la alfombra y comenzó a tantear la combinación.

Cinco minutos de tensión total, con el oído pegado a la chapa de acero y los habilísimos dedos trabajando con inaudita suavidad, le bastaron para violar un artefacto tan simple. Pero dentro no había, a primera vista, nada demasiado importante. Talonarios de cheques, algunas joyas, dinero en metálico y... algo que por demasiado simple y sencillo le llamó la atención. Un vulgar y barato reloj de pulsera, encerrado en la caja de seguridad junto con joyas de auténtico valor. No parecía valer arriba de veinte dólares. ¿A qué tanta precaución, si en la mesilla había un alfiler de corbata de platino que valía diez veces más?

Tras quedarse con un par de cartas que le parecieron interesantes, sacó el reloj y se fue con él hasta la luz. Sentado sobre la cama, abrió la tapa trasera con su cortaplumas. Efectivamente, allí, escondido, estaba el objeto de su búsqueda: unos cuantos cuadrados de película de cuatro o cinco milímetros cuadrados. Microfilms. No podía asegurarlo aún; pero por lo que vio en ellos mirándolos a trasluz, tenía la casi certeza de que se trataba de planos y fórmulas. ¡Los planos y fórmulas del nuevo modelo de tanque ruso, que la comisión de técnicos había venido a comprar a Estocolmo! ¡El pequeño tesoro de «Alex», por el que pensaba sacar sus buenos millones de dólares! ¡Y ahora estaba en sus manos, mientras él los creía en la más absoluta seguridad!

—Compañero —dijo en un susurro—, estamos en paz.

Una risa de triunfo se oyó en la habitación. Vibraba baja, cortada, incisiva como un *stacatto* de violín.

Mientras bajaba al salón sin ninguna prisa, Bert iba pensando satisfecho. La primera parte de su plan estaba cumplida. Casi por pura broma y sin que su misión específica fuera esa, había ahorrado a su Gobierno una importante cantidad de dinero. Pero su acción, posiblemente, le llevaría además al lugar donde el secreto del «Nautilus» dormía en espera de un buen y discreto comprador. Si «Alex» era su poseedor, como sospechaba, debía, preparar un plan audaz y minucioso. El secreto del «Nautilus» representaría para el alemán el negocio de su vida. Nadie podía calcular la cantidad de millones que una gran potencia estaba dispuesta a dar por él.

En el fondo, la idea de que tal secreto estuviera en las manos de

la banda no era descabellada. Los antiguos miembros de la efficacísima y bien entrenada «ABWEHR» habían quedado inactivos después de acabada la guerra, con su nación destruida y dividida. ¿Qué había pues de extraño en que se hubieran reorganizado para trabajar por su cuenta? En el fondo, el dinero movía a los hombres y los enfrentaba con la muerte, tan bien o mejor que el deber.

«Alex» había trabajado siempre en planes de gran envergadura, los cuales, para su ejecución, requerían gente avezada y diestra. ¿No habría conservado el puesto preeminente que ocupara durante la guerra en la organización del almirante Canaris, asumiendo después el mando de una parte de la misma? Los métodos de que se habían servido para robar los secretos del «Nautilus» y el suicidio del técnico alemán confirmaban esta sospecha.

Cuando regresó junto a la muchacha la invitó a bailar.

—¿Esperaste demasiado, Ula?

—No demasiado, ya que has vuelto. Solo es larga la espera cuando es inútil.

Pasaban ante la mesa del *Herr* von Gustrow, según se hacía llamar en el hotel. Bert soltó inopinadamente a su pareja para cogerla del brazo y llevarla hasta allí sin la menor vacilación. Se acercó por detrás al alemán y le palmeó el hombro mientras decía:

—*Wie gehts?*²

El tono familiar del saludo y el palmoteo a la espalda le hicieron volverse como si le hubiera picado un tábano.

—*Zum Teufel!*³ —exclamó al reconocer a Bert, estrechando su mano con una sonora carcajada—. ¿Qué hace aquí el «pequeño espía inglés»? ¡Siéntate! ¡Oh, y la señorita! Bueno, ¿qué haces?

—Viaje de negocios, «Alex». Las cosas andan mal y hay que buscar el dinero allí donde se encuentre. Estocolmo parece un buen mercado para nuestro oficio y por eso he venido. Creo que fuera de los Bancos hay mucho oro en espera de ser cambiado por secretos.

El alemán le miró riendo, y para desviar la conversación dijo golpeándose la frente con fuerza:

—Ah, *ja!* Tú fuiste quien me envió la botella de champaña. Te aseguro que lo estaba tomando con verdadera aprensión. Pero adivinaste mi marca preferida, y no es cosa de despreciar una botella de auténtico champaña francés en Suecia por un pequeño escrúpulo.

Mientras, sentadas una al lado de otra, las dos mujeres respetaban su conversación. Bert y «Alex» hablaban en alemán. En el fondo, no era fingida la alegría que expresaron al encontrarse. Como todos los antiguos combatientes, sentían una gran curiosidad

a la par que una extraña atracción por quienes en un día no muy lejano habían sido sus enemigos y a quienes hubo un tiempo en que la sociedad desquiciada les había impuesto el «alto deber» de exterminar. No obstante, el trabajo a que se dedicaban les hacía presentir que el día menos pensado deberían enfrentarse de nuevo, y en sus palabras había una inconsciente reserva.

—El champaña —decía Bert— ha sido el pago, un poco retrasado, a tu gentil aviso en Casablanca para que en el término de dos horas pusiera pies en polvorosa con toda la gendarmería ladrando tras mis posaderas.

—Sí. Fue una debilidad. Me caíste simpático y no merecías pasar unos años en la sucia penitenciaría marroquí.

—¿No sería otra la razón? Por ejemplo, el saber que toda mi información estaba diestramente amañada por la propia Gestapo, ya que me la proporcionó un agente doble. Siempre sospeché que no era precisamente mi vida la que te preocupaba, o al menos, no tanto como que llegara a manos de los ingleses un falso informe sobre las tropas del «Afrika Korps».

—Quizá hubiera algo de eso también; pero en el fondo siempre me gustó la gente que juega limpio cómo tú, cuando se apuesta la vida. Es muy importante saber que un posible enemigo no te disparará nunca por la espalda.

—Pero los negocios son los negocios.

—Por eso mismo no me explico por qué no has querido trabajar conmigo. No te faltaría nada.

—Tampoco me falta ahora. Además, no me gusta trabajar con nadie. Prefiero hacerlo solo. La disciplina no se hizo para mí.

Como la conversación era ininteligible para las muchachas, «Alex», o von Gustrow, inició, galante, una charla ligera y general, en sueco.

Las dos parejas cenaron juntas. Después de cenar, y tras una corta sobremesa, iniciaron la despedida.

—Esta noche nos quedamos en el hotel, «Alex». Mañana tendrás noticias mías.

—Será un placer. Sobre todo si me comunicas que te decides a trabajar conmigo. Apuesto a que lo haces.

—No debemos profetizar nunca; es aventurado predecir el misterioso mañana —una sonrisa de buen humor bailaba en la boca de Bert—. Pero, desde luego, no esperes eso, «Alex». Algún día te darás cuenta de lo lucrativo que es para mí trabajar solo.

—Allá tú. Buenas noches. Yo también me retiro.

Bert comprendió que tenía el tiempo tasado. Tan pronto como

«Alex» entrase en la habitación adivinaría el sentido oculto de sus palabras de despedida y saldría tras él. La guerra entre los dos comenzaría en cuestión de minutos.

Al llegar los cuatro a la conserjería y pedir las llaves, Bert hizo un gesto bien significativo, y cogiendo del brazo a Ula, dijo al alemán:

—Hay una luna magnífica que no quisiera desperdiciar.

—Así, pues, hasta mañana, inglesito. Señorita, a sus pies.

Cuando «Alex» se metió en el ascensor Bert dio al encargado un billete de cien coronas diciendo:

—Por las habitaciones y para que envíe nuestros trajes de baño a la oficina de objetos perdidos de Estocolmo.

—Está bien, señor —contestó el empleado, acostumbrado a no mostrar la menor extrañeza ante las rarezas de los clientes.

Salieron. La noche, de luna llena, era espléndida. Daban las doce en el reloj del hotel.

El último tren hacía ya algunos minutos que había partido, pero Bert tenía otras ideas muy distintas en el magín. Miraba sin ningún disimulo los coches aparcados a lo largo de la carretera. Pronto se paró ante un lustroso «Packard» descapotable que «tenía muchas posibilidades» con su capota plegada. Pasó un brazo por encima de la puerta, bajó el seguro de cierre y abrió. Cogiéndola del brazo, metió a Ula dentro.

Antes de que ella volviera en sí de su asombro, Bert había ya sacado del cajón de las herramientas un trozo de conductor eléctrico, y con él en la mano, levantó el capot del motor, donde se puso a manipular. Hizo un «puente» con el alambre.

Sin necesidad de llave de contacto, el coche se puso en marcha, para salir, segundos después, zumbando carretera adelante.

—Iremos a la cárcel por robar un coche, Manuel. Esto no está permitido en Suecia.

—¿Y tú crees que está permitido en alguna parte del mundo? Pero no te preocupes, preciosa. Siempre será mejor ir a la cárcel que dejar la piel en este paraíso. Si el señor que nos invitó a cenar nos pudiera atrapar en estos momentos, nos iba a desollar vivos.

—Pero... ¡si yo creía que erais amigos!

—Sí, lo somos. Nos queremos a rabiar...

* * *

Bert no se había equivocado al juzgar el estado de ánimo de «Alex». En aquellos instantes, en la habitación número 106 sonaban

las palabras más gruesas de que dispone el ya de por sí fuerte idioma alemán.

Una simple mirada al suelo de su habitación le bastó a «Alex» para ponerse en guardia. Siempre colocaba un pequeño trozo de papel entre el cuadro y la caja fuerte. Si el papelito estaba en el suelo, era señal evidente de que alguien había husmeado en aquella. Y ahora el papelito se destacaba sobre la alfombra.

Despidió a su compañera sin ningún cumplido y se lanzó como un energúmeno sobre la combinación. El nerviosismo le hacía bailar los dedos. Eran muchos millones los que se jugaba. Logró por fin atrapar el reloj y lo abrió con la uña...

Tal como temía, los microfilms habían volado.

—¡Cerdos ladrones! —fueron las más dulces palabras de la nueva serie de insultos.

Pero aún tardó algunos minutos en relacionar al «pequeño espía inglés» con el robo.

Cuando lo hizo, se lanzó escaleras abajo hacia la conserjería. Allí supo que Bert había pagado y desaparecido. Rabioso, se metió en la cabina del teléfono, donde estuvo más de media hora llamando a diferentes números de la capital.

Al salir, más calmado, sonreía maliciosamente.

La araña comenzaba a tejer la red. Pronto atraparía a la mosca.

* * *

Bert y Ula apenas hablaron durante el trayecto. El atento a las numerosas curvas, y ella un tanto atemorizada por la velocidad endiablada del coche. Chirriaban las ruedas al tomar las curvas y la fácil «reprise» hacía que volviera a las rectas con furia redoblada. Pronto llegaron a Estocolmo y, ya en las calles, aminoró la velocidad.

La chica se quedó en su casa tras una despedida un tanto larga, que Bert no pudo acortar, y luego él abandonó el «Packard» en el Stureplan, en un estacionamiento vedado. Así la policía misma se encargaría de encontrar a su dueño.

Un taxi le condujo hasta Ladugaards, y con la misma precaución de siempre de taparse el rostro, entró en el chalet.

«Ronald» y Lys tomaban café mientras traducían los mensajes cifrados que les iba entregando el radio telegrafista.

—«Sandro» —dijo el recién llegado a la muchacha—, saque un par de copias de estas micro-fotografías —y mientras ella salía de la habitación, ordenó al otro—: Cifre este mensaje y mándelo ahora

mismo:

«K-X-W 5» a Centro.

Para Duncan—. Central Nueva York.

Envío CCCP 1. No me han costado más que pocos centenares de dólares de gastos. Cancela operación prevista de compra, aun cuando para alejar sospechas de mi colaboración con vosotros, deben los técnicos insistir en ella. Le he ahorrado al erario unos cuantos millones. Mi comisión es de una quinta parte del precio que se hubiera estipulado. Sigo tras mi verdadero objetivo. No está lejos el fin. Un abrazo de Jim.

Cuando «Ronald» acabó de cifrarlo, Lys venía ya con dos copias fotográficas todavía húmedas.

Bert las tomó y las estudió cuidadosamente. Eran, en efecto, los datos técnicos del nuevo tanque ruso.

—Visto. Pueden enviar el mensaje. Y los microfilms, mándelos lo más rápidamente posible con un correo, acompañado de dos agentes como escolta. Que vayan armados. Posiblemente tratarán de apoderarse de ellos a la fuerza si son identificados. Para mayor seguridad, saquen copias de todos y guárdenlas. En cuanto reciban noticia de que han llegado sin novedad a manos de Duncan, las destruyen. ¿Ha dicho algo interesante el prisionero?

—Nos ha dado detalles de la organización. Parece ser que tienen su centro en Funchal, en la isla de Madeira. Aquí tiene los datos adicionales —y le presentó una hoja, a punto de ser retransmitida al centro de Nueva York.

Bert tomó nota. Luego ordenó:

—Es suficiente con esto. Pueden dejar dormir al prisionero. Reténganlo una semana más y luego le pueden dar suelta. Usted «Sandro», venga conmigo. He de darle órdenes para mañana.

Salieron al aire fresco de la madrugada. Bert se quitó el antifaz y lo guardó en su bolsillo. Eran las dos y empezaba a clarear el día. Pasó su brazo sobre el hombro de la muchacha y como una pareja de novios más se dirigieron hacia la ciudad.

—Nos vamos mañana —y mirando el reloj rectificó—: Mejor dicho, hoy por la noche. Sacarás dos billetes en el avión nocturno de la «S. A. S.», para Lisboa, vía Madrid. Me esperarás en el bar del aeropuerto media hora antes de la señalada para la salida. Debes dejar mi billete en un sobre a nombre de Manuel de Tresiano, en la oficina de la «American Express» de la estación aérea. Nos conoceremos en el avión. En caso de que yo no acuda a la hora

prevista, quédate en Estocolmo y avisa a «Ronald» de lo que sucede. Tú espera mi llamada en el chalet de Ladugaards.

—A sus órdenes, jefe —contestó ella, burlona, al ver el tono serio de la orden—. ¿Debo ir armada también?

—Desde luego no, si has de llevar la pistola en el bolso.

Ambos rieron al recordar la escena el día en que se conocieron. Luego caminaron un rato en silencio. Bert miraba a su compañera de soslayo y tuvo que confesarse a sí mismo que le impresionaba.

Lys, pues quizá era este su primer trabajo serio, había adquirido en los pocos días que llevaba en contacto con la aventura un ligero tinte de gravedad, un cierto aire de reserva que la hacía mucho más interesante. Estaba pasando de la fase de bisoño a la de veterano. Con su negro pantalón y un ancho jersey noruego para protegerse del fresco de la noche, tenía el gracioso aspecto, acentuado por el hecho de ir con las manos profundamente metidas en los bolsillos y la cabeza baja, de un golfillo paseando su holgazanería.

Algo extraño acudió a la mente de Bert. Una especie de deseo de despertarla para ver brillar en sus ojos aunque fuera la chispa de la indignación; e inclinándose levemente le dio un beso en la mejilla.

La muchacha protestó:

—Si este es uno más de sus deberes, he de confesar que lo cumple a las mil maravillas; pero lo considero un tanto innoble y un mucho de aprovecharse de la situación.

—Señorita —dijo él en tono muy grave, que no dejaba traslucir apenas la broma—, no le permito dudar de mis órdenes. Soy su jefe. Supongo que le enseñaron a respetar y obedecer a ciegas las órdenes de un superior; y que este no puede nunca equivocarse.

El claro tono irónico de las últimas palabras no le pasó a ella inadvertido. Lys tenía la impresión de ser víctima de una novatada y eso, tal como se proponía Bert, la molestaba más que las asiduidades en sí, que carecían de importancia y en ningún caso sobrepasaban el buen gusto más elemental. Además, el muchacho no le desagradaba, sino que, por el contrario, más de una vez había pensado si no era amor aquel bienestar que sentía a su lado. Pero picada con el juego, contestó:

—No obstante, su especial carácter de miembro no regular del S. S. hace que desconfíe. Tengo la impresión de que intenta extralimitarse.

—¡Claro! No existe otra mujer en el mundo que la preciosa americana que me ha tocado en suerte como colaboradora. Me parece entrever en usted un demasiado alto concepto de sí misma, que de ninguna forma comparto. ¿Se cree tan inabordable y a mí

tan inexperto como para tener que acudir a estos métodos?

—Francamente, sí.

—Pues deseche esa idea. Esta ha sido, como las restantes, una simple prueba de nervios. Estaba pensando en hacerla mi más directa colaboradora, pero, por lo visto, tendré que desistir. Ve fantasmas y cree todavía en el lobo feroz, creencias ambas poco recomendables en un miembro del S. S. ¿Por qué entró usted en esto?

—Sería muy largo de explicar. Pero puede creer en principio que entré buscando emociones para una vida aburrida de hija de familia.

—En ese caso, mi oferta sigue en pie. Para el trabajo que tengo entre manos necesito una mujer audaz y valiente que no sea precisamente una idealista. Además, hay algunas cosas que me impiden dejarla aquí.

—¿Y son...?

—Una de ellas, bastante importante, los ojos con que la mira «Ronald».

—Esto no creo que ataña demasiado a la disciplina.

—Pero es muy humano y yo odio la disciplina. No nos faltaba más que amor para hacer un trío con la ineptitud y la imbecilidad.

Llegaban ya a una parada de taxis y a la sombra de los árboles espesos él se la quedó mirando a los ojos durante un buen rato. Por fin la atrajo hacia sí. Había visto en sus pupilas algo que desde hacía tiempo deseaba ver. Y la besó.

—Esto ¿es también disciplina? —preguntó ella.

—Quizá sea simple humanidad... O tal vez que me gustan los besos cuando la noche es joven.

CAPÍTULO VI

Cuando, a la mañana siguiente, Bert notó que lo zarandeaban, soltó una maldición. Luego despertó y se quedó helado. Tal vez fuera la sorpresa, pero hubiera jurado que el pistolón que le encañonaba era tan grande como los usados en los heroicos tiempos de la marcha hacia el Far West.

El aspecto de su visitante no era más tranquilizador que su arma. Sin afeitarse, la barba negra manchaba su cara con una sombra siniestra. Igual podía proceder del barrio bajo marsellés que de la «Casbah» argelina. Era el tipo clásico del meridional sin escrúpulos, que lo mismo «da un paseo» por unos billetes, que «raja» a un chulo a navajazos para demostrar que su «pincho» es de mejor acero.

El fuerte acento de su habla delataba su nacionalidad, al ordenar impaciente:

—Vamos. Arriba. Andando, que tengo prisa. Mete la cabeza en el agua y vístete. Vamos a dar un paseo...

Un inglés desconocedor de la lengua portuguesa, jamás hubiera logrado traducir aquella jerga abominable con que el hombrón intentaba expresarse, pero Bert, que había vivido largo tiempo en Lisboa durante la guerra, le respondió en su idioma materno:

—Y bien... ¿Qué deseas a estas horas de la mañana?

—Que te vistas. ¡Anda, pero si es un portugués...! Bueno, ¿qué más da? Que hagas tu equipaje sin dejar ni un papel y que me acompañes. Un amigo tuyo quiere verte.

Mientras se lavaba, seguido por el ojo vigilante de la pistola, el americano ordenó sus pensamientos: un portugués encañonándole a las ocho de la mañana, en Estocolmo... Sí... No podía venir más que de parte de «Alex». No olvidaba las cartas que encontró en la habitación del hotel de Saltsjöbaden y los informes del alemán prisionero. Pero, ¿cómo diablos se las había apañado el viejo zorro para saber su dirección y localizarle en menos de ocho horas? Seguro que, por el medio que fuese, la había sacado de los mismísimos archivos de la Comisión de Trabajadores Extranjeros en Suecia. Además, en el Grand Hotel estaba también su ficha. Pero, ¿y el nombre español con que había entrado en el país? Ahora lo veía claro. Lo supo en el hotel donde estuvo pasando el día, ya que

para alquilar la habitación hubo de presentar el pasaporte. Era listo, «Alex». Había que reconocerlo y andarse con cuidado.

Pero el hecho era que le habían atrapado y su primera preocupación debía ser buscar el modo de liberarse.

Mientras secaba su cabeza, Bert habló para ganar tiempo.

—Podías haber venido un poco más tarde. Estas no son horas decentes para despertar a nadie.

Pero como el portugués no parecía tener demasiadas ganas de entablar conversación, hubo de vestirse y comenzar a meter la ropa en su pequeña maleta.

El hombre, sentado en el extremo opuesto de la habitación, no perdía detalle.

—No es preciso que busques tu pistola en el cajón de la mesilla. La tengo yo. Ahora apártate y déjame acabar de recoger tus cosas para que nada se pierda por el camino.

Sin dejar de encañonarle, vació sus bolsillos y fue metiéndolo todo en la maleta. Recogió hasta los papeles del cesto.

—Buena faena, amigo. No se te ha escapado detalle. Deben pagarte bien por tu trabajo.

—No me puedo quejar.

—Pero no te darán cinco mil dólares por esta faenita.

—¿Y qué...?

—Yo te los podría dar si me dejaras largar.

—Mi pellejo vale más de cinco mil.

—¿Tanto como diez mil?

—Según y cómo.

—Si te diera un golpe en la cabeza y te dejara un respetable chichón para que pudieras justificar mi huida diciendo que uno de mis amigos te atacó por la espalda cuando me tenías ya encañonado, ¿aceptarías esos diez mil?

—¿Y dónde están esos diez billetes? —preguntó el portugués, con una maliciosa sonrisa que Bert pudo interpretar claramente.

—No creas que los llevo aquí para que los puedas coger sin riesgo y quedes además bien con tu jefe. Mi plan es este. A cien metros de aquí está el «American Export Bank». Con una firma mía serás dueño de ellos. En cuanto los tengas en tu poder me entregarás la pistola y luego volveremos aquí para preparar tu coartada. Además, si no chistas y me das algunos informes más adelante, tendrás otros diez billetes antes de un mes.

—Pero es que alguien me espera con un coche a la puerta. No podemos salir sin ser vistos.

—No hay dificultad. Hay dos puertas en la casa; y la trasera está

libre.

El portugués sospesaba en su cabezota los pros y los contras. Tardó algunos minutos en responder, hasta que dijo:

—De acuerdo. Vamos.

—¿Qué has hecho con la patrona?

—No te preocupes. Está en la cocina, atada a una silla.

La «vía de escape» era tan insegura que una simple reacción negativa del tipo podía echarla a perder, así que Bert obró con rapidez de autómatas, antes de que el otro pudiera arrepentirse o le pidiera más dinero por su rescate.

Cogió su libro de cheques. Salieron por la puerta trasera. Llegaron al «American Export Bank», firmó el talón en la misma ventanilla y, en vista de la enorme cuenta que figuraba a nombre de Manuel de Tresiano, no tardaron ni diez minutos en pagarlo.

A la vista de los diez billetes, el rostro del portugués se iluminó. Ya en el vestíbulo de salida, mientras Bert le daba a su nuevo colaborador el dinero con la izquierda, con la derecha extraía su pistola del bolsillo del otro.

Al recuperar su «Walter» añadió, recalcándolo bien:

—Estos diez mil son a cambio de mi «Walter» y mi libertad. Los otros diez, para pagar tus informes, te los daré en Funchal. Debes enterarte dónde se efectuará el nuevo negocio de «Alex», el jefe, con los máximos detalles.

—¿Solo eso? ¿Cómo nos encontraremos?

—Cuando vuelvas a Funchal déjate ver por la taberna «Do Verdelho», en el barrio de pescadores. Le dices tu nombre al dueño, si no te conoce, y ya le dejaré yo el recado a él cuando lo estime necesario. Soy discreto. No debes temer por ese lado. A todo esto, ¿cómo te llamas?

—Joao Henriques.

Con la misma rapidez con que habían salido volvieron a la habitación de Bert.

—Dejaré —dijo este— la maleta como si hubiera huido con prisas. ¿Cómo es el coche de tu compañero?

—Un «Buick» azul y crema con matrícula portuguesa. Está a unos veinte metros más adelante de la puerta.

—Bien. Todo listo. Prepárate, que voy a atizarte.

—No muy fuerte, compadre. Con un chichón mediano hay bastante.

Pero Bert no tuvo demasiado miramiento. Del primer golpe con la culata de su «Walter» derribó a su recién comprado confidente, que cayó al suelo como un saco de patatas. Recogió de su equipaje

algunos papeles y, metiendo en sus bolsillos cuanto había de interesante, salió de su cuarto. En su mano llevaba un rollo de esparadrapo que guardó en el bolsillo del pantalón.

Ganó la calle. El «Buick» crema y azul esperaba veinte metros más arriba, tripulado por un individuo que distraía la espera leyendo un periódico.

Enfrascado en la lectura de un caso de robo a mano armada en París, cuando se dio cuenta de que alguien había abierto la portezuela trasera de su coche notaba ya en la nuca el frío cañón de una automática. Mientras, una mano ágil lo desproveía de la suya, enfundada en la sobaquera.

—*Zum Teufel...!*

Y oyó que también en alemán una voz le ordenaba en tono enérgico:

—Al Djurgaarden. Vamos a pasear, que hace sol esta mañana.

El coche partió veloz sin que nadie en la poco transitada calle hubiera notado nada anormal. En cinco minutos llegaban al gran parque y, pasados el Skansen y el Tivoli, se metieron por la primera avenida del bosque, desierta a tan temprana hora de un día laborable.

Sin previo aviso, la culata de la «Walter» se estrelló centra el germánico cráneo y, pronto, las hábiles manos de Bert, después de dominar el coche, amarraron al hombre de manos y pies, tras taparle la boca con esparadrapo.

—Lo siento, viejo. No habría esperado menos de ti, en el caso de ser tú quien dirigiera la orquesta.

Miró a su alrededor y, al no ver a nadie, arrojó por encima del asiento el fardo humano que acababa de empaquetar. Pesadamente cayó en la parte trasera del coche y quedó entre el asiento y el respaldo, plegado en forma de cuatro.

«Dos a uno —pensó—. Será interesante el canto de este pájaro».

Y con la intención de esconderlo en cualquiera de las pequeñas islas que rodean Estocolmo, hasta que llegara la noche, emprendió la marcha. No podía ir a Ladugaards en pleno día con aquel coche de matrícula portuguesa. Podía verle cualquier agente de «Alex» y descubrir el escondrijo de los del S. S. Dejaría al prisionero escondido entre los árboles y por la noche mandaría a un par de agentes en su busca.

Pero, una vez más, no contaba con la casualidad y esta, caprichosa como siempre, dio al traste con sus intenciones.

Cuando enfilaba el Strand vio en el aparcadero de un hotel la destacada placa negra con números blancos de un coche portugués,

entre media docena de coches suecos con su característica matrícula blanca y números negros. Los dos ocupantes del coche también debieron verle, porque pusieron en marcha el gran sedán y lo siguieron de cerca tocando el claxon.

«Deben haberme tomado por uno de sus compinches y quieren comunicarme algo», pensó. Y maquinalmente apretó el acelerador.

Enfiló hacia el Stureplan, centro comercial y financiero de la capital, con la esperanza de despistar al coche que le seguía entre la profusión de vehículos que circulan por el centro. Pero no podía despegarse de ellos, que le seguían demasiado cerca. Así que, aprovechando la luz verde, torció a la izquierda y se metió en la ancha calzada de la Kungsgatan, que atraviesa la ciudad y en la que, una vez rasada la primera luz de señales, se puede pisar a fondo el acelerador sin miedo a que las bien cronometradas luces detengan la carrera.

Sus seguidores se habían embarullado, y les llevaba casi doscientos metros de ventaja. Cuando enfiló la carretera de Upsala, el sedán le seguía cincuenta metros más retrasado aún, ganados a fuerza de maestría en el arte de conducir.

La autopista se abría ante él, tentadora, y lanzó el «Buick» por ella con todo el gas abierto. Las ruedas y los frenos chirriaban escandalosamente al tomar las curvas: pero el peralte aguantaba al coche bien en el asfalto.

De pronto, la sirena de un policía de tráfico se dejó oír lejana. Más atrás, casi pegado al motorista, porfiaba el sedán. Pero les llevaba una buena ventaja y pudo pensar un método de despistarse.

«Me desviaré en el primer cruce, tomaré una carretera lateral y en la primera curva que me oculte, frenazo, salto y carrera a través del bosque».

La sirena se acercaba por momentos. El cuentakilómetros iba a 150. Con movimiento automático torció a la derecha al aparecer de improviso ante sus narices un cruce con la curva de entrada muy abierta. Sostuvo con fuerza el volante, aceleró, y el coche entró en la lateral con un ligero patinazo de ruedas traseras. Lo enderezó y siguió adelante.

Ocupado en hacerse dueño del automóvil a aquella endiablada velocidad, escasamente pudo leer el letrero.

Lo que pasó después ocupó menos tiempo que tres compases de vals.

El letrero decía: «A Sigtuna. Transbordador a 200 metros».

Bert comprendió su significado cuando llevaba ya recorridos cien.

Quizá hubiera podido frenar; pero al ver el transparente lago ante el parabrisas pensó que era más seguro que la carretera, con un morrón inevitable, un policía y otro coche tras él.

Pensó también en el pobre diablo que llevaba en el asiento posterior y en lo que le esperaba. Luego soltó el acelerador, pisó suavemente el freno y con la mano izquierda abrió la portezuela.

El coche entraba ya en el tablado del muelle a 90 por hora.

—Pobre diablo de alemán. Se va a ahogar...

Los tablones hacían un ruido espantoso al pasar el coche y no dejaban oír la sirena de la policía.

—Lo siento, hermano... Te tocó a ti la china...

El coche salió lanzado sobre el agua y voló sin tocarla casi doce metros.

La aventura exigía nuevas víctimas. Bert bastante tenía con procurar no ser una de ellas.

—Si yo me mato, tres a dos.

Empujó la portezuela hacia afuera y salió lanzado por ella. Cayó de mala manera. El coche levantó una gran ola un poco más allá, al penetrar en el agua como un aerolito caído del cielo.

Bert fijó la dirección del muelle de embarque, cuyo tablado, a metro y medio del agua, estaba montado sobre estacas. Luego se sumergió. Ya no oyó el griterío de la gente del puerto, que se había dado cuenta de lo que pasaba al oír el gran chapuzón. Todo había sucedido en menos tiempo del necesario para volverse «a ver qué pasa»...

La chaqueta dificultaba sus movimientos bajo el agua. No obstante, pudo acercarse al muelle en ocho o diez brazadas y ver la sombra de los pilares hincados en el fondo del lago. Pasó entre ellos y, cuando se sintió seguro, subió a la superficie.

Sobre su cabeza, el muelle de tablas que le ocultaba resonaba con las pisadas de la gente corriendo inquieta.

Nadó hacia adentro y llegó al asentadero de mampostería de la orilla. Buscó la protección de un grueso pilar maestro y salió del agua chorreando, hasta sentarse en la cornisa de casi un metro de ancho que a lo largo del embarcadero servía de ronda.

—¡Uf! —fue su único comentario; pero tan convincente como el más expresivo—. De buena me he librado.

Cuando hubo descansado lo suficiente, decidió abandonar su refugio. No tardarían en llegar las lanchas de la policía y el lugar, hasta entonces seguro, se convertiría en una ratonera. Se levantó y con las ropas aun chorreando avanzó a lo largo de la cornisa. A unos treinta metros, el muelle formaba ángulo. Lo dobló.

Balanceándose suavemente en el agua, una pequeña embarcación de fondo plano con motor «fuera bordo» se le ofreció a su vista como excelente vía de escape. La atrajo hasta la orilla tirando de la amarra y embarcó. En el depósito había gasolina suficiente y el motor, en un país donde el robo no se concibe, carecía de llave o bloqueo alguno. Se quitó la americana y la camisa. Como un aficionado a la pesca más salió de debajo del tablado por el lado opuesto a dónde el grupo de gente comentaba el accidente de coche.

Lejos del lugar, ya tranquilo, puso a secar su ropa sobre las banquetas de la canoa. Gracias a la cartera de plástico, ni sus papeles ni el dinero se habían mojado con el baño. Echó una última mirada atrás y pudo ver las lanchas de la policía patrullando junto a los muelles. Luego enfiló la proa hacia Estocolmo, a dónde podía llegar por entre la multitud de canales sembrados de islas que convierten el lago Malar en un auténtico laberinto.

Entonces se acordó de Lys y del encargo que le había dado de madrugada. Sería una temeridad innecesaria emprender el viaje aquella misma noche. «Alex» habría apostado a sus agentes en el aeropuerto al conocer el fallido intento de secuestro. Tampoco podía contar con que creyese su muerte en el lago, pues la policía, dado el poco fondo en el embarcadero, sacaría pronto el coche y podría ver que él había escapado.

Estaba en estos pensamientos cuando a su izquierda vio, en una de las mil islitas, un balneario adosado a una pequeña playa, donde la gente tomaba el sol en la arena. Dirigió hacia ella su embarcación y en pocos minutos atracó en el pequeño muelle de madera. Recogió su ropa y se fue al hotel.

Debía ser normal que la gente se diera involuntarios chapuzones con la ropa puesta, ya que el sonriente encargado de la recepción le indicó antes de que él pidiera nada:

—Puedo proporcionarle un traje de baño mientras secan y planchan su ropa, señor. Si desea, puede usted comer aquí también.

—Sí. Deme una habitación y mande subir la comida.

—Le daré la dieciocho. Tiene una pequeña terraza y podrá usted tomar el sol mientras come.

Cuando, ya dentro de la habitación, se había despojado de sus ropas mojadas, apareció una camarera que se hizo cargo de ellas. Detrás venía un *maitre* con la carta.

Encargado el almuerzo, Bert llamó por teléfono a Estocolmo.

A la primera llamada nadie contestó. Pero a la segunda, una voz de hombre sonó al otro extremo del hilo. Bert hizo la pregunta con

la contraseña y al ser esta satisfactoriamente contestada, pudo saber que hablaba con el agente «S-A-1» en su propio domicilio.

—Diga a «Sandro» cuanto antes que «Jim» no podrá acudir a la cita en el aeropuerto. Debe usted verla esta misma mañana. Dígale también que puede ir a KBH4 por el medio que prefiera; pero no en avión. La esperaré en el YH5. Si ella llega antes que yo, debe aguardarme. Nada más.

Dándose tiempo para pensar el modo de salir de Suecia sin que le molestasen los sabuesos de «Alex», que a aquellas horas deberían andar bien provistos de fotografías del «pequeño espía inglés», decidió quedarse en aquel tranquilo hotelito. Sería el último lugar del mundo donde un agente enemigo pensaría encontrarle.

CAPÍTULO VII

Viajar por Suecia, y más salir del país sin dejar rastro, es más difícil de lo que pudiera parecer. Una prueba de ello es que en las cárceles del Estado se permite a los reclusos tomarse un día de «vacación» al mes (si observan buena conducta) y no se dan casos de evasión, volviendo todos al redil una vez acabado el permiso.

Trenes semivacíos, barcos pequeños que hacen la travesía por los estrechos y una difícil frontera con Noruega y Finlandia son fácilmente controlados por la policía. Y si de un viaje aéreo se trata, un aeropuerto de escaso tráfico permite un control total. Con tres o cuatro agentes puede bloquearse la estación de ferrocarril, el puerto y el aeródromo, en la seguridad de que nadie pasará por ellos sin ser visto. Únicamente la carretera ofrece ciertas posibilidades, y el «autostop», la seguridad mayor de pasar inadvertido.

En todo ello pensaba Bert cuando se retiró por la noche a la habitación que tenía alquilada en el pequeño hotel-balneario de la isleta del lago Mälär. No siendo la policía la encargada de su búsqueda, en cuyo caso la carretera era tan peligrosa como los otros medios de viaje, este era el medio ideal. «Alex» hubiera necesitado doscientos agentes para bloquear todas las carreteras que salen de Estocolmo.

No había más que pensar. Tomaría un taxi hasta Södertälje (a 40 kilómetros de la capital) y desde allí, en una jornada o dos a lo más, haría los 600 kilómetros que le separaban del puerto de Hälsingborg, para tomar el barco que le llevaría en un par de horas hasta Copenhague. Recordaba sus tiempos de estudiante, cuando este era su medio de viaje preferido, y acarició la idea como si se tratara de unas vacaciones.

Con estos pensamientos se durmió.

* * *

Le despertaron a las cinco de la mañana. A las seis estaba en Estocolmo y antes de las siete desayunaba en un bar junto a la carretera del sur, en las afueras de Södertälje, donde poco antes había despedido el taxi que le condujo desde la capital.

Mientras iba en el taxi observó que aquellas eran las mejores

horas para practicar el «auto-stop». Había muchos coches en la carretera y pensó que la mayoría deberían de ir lejos, porque no se suele salir tan de mañana para recorrer unos pocos kilómetros.

Después de desayunar salió a la carretera y se dispuso a esperar pacientemente, mano en alto, con el pulgar señalando en la dirección en que deseaba ser conducido. Pasaron ocho o diez coches. Al fin, uno le hizo una seña, pero quería explicarle que se quedaba en la próxima ciudad y que no merecía la pena tomarlo. Otro, extendiendo la mano, le mostró que iba hasta los topes.

Había escogido un buen sitio. Estaba a la entrada de una curva bastante pronunciada y los coches aminoraban la marcha para entrar en ella. Les sería fácil frenar. Y en efecto: un «Mercedes» último modelo venía ya frenando y se paró a su lado.

—¿Adónde va? —le preguntó en inglés la señora que lo ocupaba.

—Lo más lejos posible, dentro de la ruta número uno.

—Pues ha tenido usted suerte. Voy hasta Hälsingborg. Suba.

—Yo también voy hasta allí. Gracias.

Y el coche emprendió de nuevo la marcha.

—¿Es usted francés?

Bert, recordando el «Método del perfecto autostopista», decidió, según este enseña, no contradecir a su «cliente». Sería lo que ella gustase que fuese. Opinaría como ella. Así quedaría encantada de haber recogido a un joven tan simpático y entraría a formar parte de los partidarios de recoger a los buenos estudiantes que por no tener dinero han de viajar por este método. Además, era comodísima la regla: decir a todo que sí.

—Efectivamente, soy francés. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Son ustedes inconfundibles. En cuanto le vi me dije: un francés...

—Sagaz observación.

—Y digo, dije: voy a poder practicar un poco mi mal aprendido idioma de Molière. He pasado algunas temporadas en París —comentó ella en francés.

—No sea usted modesta. Lo habla maravillosamente.

Y entre bromas y buen humor, relatos del París galante e historias inventadas por Bert sobre la marcha, pasó la mañana.

Pararon a comer en la pintoresca población de Gränna, a orillas del lago Vättern. Al presentarles la desorbitada cuenta, Bert pensó que en ella debía estar incluido un impuesto especial por haber admirado el maravilloso lago. Se empeñó en pagarla, pero la señora, alegando el eterno estado de quiebra de las finanzas estudiantiles, quería hacerlo ella sola. Por fin acordaron pagar cada

uno lo suyo.

Al salir del restaurante, Bert compró un ramillete de flores a una de las chiquillas que al borde de la carretera las ofrecen a los viajeros junto con cestillos de fresas, y se lo regaló a la señora, la cual, roja de placer, dejó escapar con un suspiro:

—¡Oh, los franceses siempre tan galantes caballeros!

Reemprendieron el viaje con Bert al volante. Faltaban aún muchos kilómetros y a la velocidad que iba la mujer no hubieran llegado en dos días. Ella estaba un tanto asustada, pero al notar la suavidad de la arrancada y el dominio del volante que demostraba su circunstancial chofer, se apoyó cómodamente en el respaldo, oliendo las flores, que por la pinta no debían tener demasiado aroma.

Ante aquella explosión de «primavera», Bert temió lo peor, y para evitarlo, decidió meterle un poco de miedo en el cuerpo.

—¿Le gusta correr? Ya sabe cómo nos gusta a los franceses...

—¡Oh, la la...! La *vitesse* me entusiasma.

—Entonces, adelante...

Y el «Mercedes», hábilmente llevado, se lanzó a una desenfrenada carrera por la bien asfaltada ruta. La *vitesse* logró acabar con los suspiros de la dama, sus incipientes aproximaciones y casi con la conversación. Por la cara que ponía, la piel no le tocaba el cuerpo.

Pero el resultado más importante fue que a las seis de la tarde habían llegado ya al puerto de Hälsingborg.

Ante la extrañeza de la dama, Bert rehusó muy educadamente ir a cenar con ella en su casa. Con el desencanto en los ojos, que poco antes casi resplandecían de algo parecido al amor, recibió la dirección que él escribía en una hoja de bloc, «por si iba alguna vez a París...», para que pasase a verle por su estudio. Pretextando una gran prisa por pasar a Dinamarca aquella misma tarde, se despidió de ella con el universal apretón de manos.

«¡Pobres franceses! —pensó Bert—. Con mi actuación no han debido quedar a demasiada altura en la memoria de esta entusiástica señora».

La niebla se iba adueñando poco a poco del estrecho de Sund, extendiéndose sobre la costa. La costa danesa, a ocho kilómetros escasos, se perdía, invisible ya, en la bruma gris.

Un «ferry» salía de Hälsingborg a las ocho. Tenía tiempo de sobra para cenar. En la misma estación había un buen restaurante y, sin equipaje que le molestara, se metió en él.

Estaba en el segundo plató cuando, a través de los cristales que

daban al vestíbulo, vio el característico movimiento de viajeros que sigue a la llegada de un tren. Miró al tablero luminoso: «Tren procedente de Estocolmo, diecinueve horas»,

Habían pasado cinco minutos escasos. Tras unos niños que muy seriecitos intentaban cederle el paso, Lys apareció en la puerta del restaurante. Vestía un cómodo pantalón gris de franela y un amplio jersey deportivo. Detrás de ella iba un tipo rubio de aspecto cuidado que la condujo hasta una mesa y se sentó con ella. El acompañante era joven y hablaba animadamente. Bert prosiguió su comida hasta acabarla, sin prisas. Cuando terminó se fue hacia la puerta y pudo ver en el reflejo de los cristales que ella le miraba furtivamente.

La primera intención de Bert al llegar había sido embarcar en cualquier pequeño navío de cabotaje, en el cual difícilmente lograría ser localizado, aun en el caso de que «Alex» tuviera uno de sus agentes vigilando el puerto. Pero una sensación extraña de estar eludiendo demasiado la batalla le hizo decidirse por el «ferry» de las ocho. Ahora, además, contaba con que Lys iría en él, y respecto al acompañante de esta había tenido una corazonada. Bert se fiaba de sus corazonadas.

La bruma seguía espesando y una fuerte marejada batía el estrecho de Sund. Eran las ocho menos cuarto y Bert formaba en la cola de los pasajeros. A las ocho menos dos minutos entraba en el barco. Acababa de sentarse en el bar de a bordo cuando el «ferry» inició la marcha.

La bandera danesa del transbordador significaba que la ley semiseca por cuya causa había tomado tantas dosis de naranjada, se había quedado atrás. Con un suspiro muy significativo que el camarero conocía bien, pidió:

—Un triple *whisky*.

La fuerte dosis de alcohol pareció meter en su cuerpo una inyección de vida. La acre sequedad de la bebida le hacía brillar los ojos. Hasta Lys le pareció más hermosa cuando, con su inseparable compañero, la vio entrar en el bar. Luego, al posar como distraídamente sus ojos en ellos, vio que él le estaba mirando con demasiado interés para ser un desconocido y que bajaba los ojos al encontrarse con los suyos. Esto no era, efecto del *whisky*. Su corazonada comenzaba a fundarse en hechos concretos.

La niebla seguía rodeando al barco, cada vez más espesa, dando lugar, en pleno verano lleno de luz, a ese estado intermedio que no es día ni noche. Un crepúsculo propio de espacios siderales: verdoso, salino, sombrío y siniestro.

La sirena sonaba a cortos intervalos. El agua se veía difuminada

a través de los amplios ventanales del mirador. La gente hacía cola ante la expendeduría de tabaco, a precios de barco, y los altavoces dejaban escapar una música dulzona y suave.

El compañero de Lys seguía mirando a hurtadillas hacia donde estaba Bert, y ella hacía verdaderos esfuerzos por no mirar, tratando de aparentar no conocerle.

El alcohol daba alas a Bert. Tenía ganas de actuar.

Decidido a atraer la presa, si es que era en realidad lo que él pensaba, se levantó, y subiéndose el cuello de la americana, salió al exterior. Desde la puerta no se veía la borda del extremo de la cubierta. Avanzó por ella casi a ciegas y se situó en la popa. Las hélices levantaban olas de espuma. Abajo, en el gran hangar, se presentían, por los extraños ecos y el continuo chocar de hierros, los vagones de ferrocarril y los coches que el «ferry» transportaba.

Llevaba un buen rato acodado en la borda, balanceándose fuertemente al ritmo de la marejada, cuando notó algo a su espalda e instintivamente se volvió. La viva luz del interior difuminaba en la puerta la sombra de un hombre que se disponía a salir a cubierta. La sombra salió del campo de luz y se perdió hacia estribor. Bert esperaba, dispuesto a todo.

El hombre apareció a su lado con las manos en los bolsillos y se plantó ante él. Pero el americano le volvió la espalda como si no hubiera visto su actitud, acodándose de nuevo en la barandilla. Una voz que a través de la niebla le llegaba con sonoridades siniestras le habló en alemán:

—«Alex» te envía sus recuerdos. Y me encarga te pida amablemente lo que tú sabes.

Bert ni se movió. Quería sembrar la duda en su enemigo. Le debería de conocer por alguna fotografía —¿cuántas veces tendría que arrepentirse de haber dejado una en la Comisión de Trabajadores Extranjeros para su permiso de trabajo?—, y quién sabe si al no obtener respuesta creería por un momento haberse equivocado. La niebla era su aliada y esperó.

—Le hablo a usted, «espía inglés». «Alex» me encarga darle sus recuerdos y algo más si usted se muestra terco y no entra en razones.

Solo esperaba que se le acercase lo suficiente. Si no le hacía caso, probablemente alargaría el brazo para tocarle el hombro. Este sería el momento. Entretanto, el buque cabeceaba fuertemente. Bert se afianzó sobre sus pies. La luz del faro de Hålsingborg perforaba la niebla a una milla escasa.

De pronto notó que tocaban su hombro izquierdo, como

esperaba, y con la rapidez del luchador de judo se volvió hacia la derecha. Antes de que su contrincante se diese cuenta de que no solamente se volvía sino que se lanzaba al ataque, hizo presa en su mano derecha, tiró con fuerza, y haciendo palanca con el brazo de su enemigo sobre su hombro, le hizo dar una voltereta por los aires. Estaban tan pegados a la borda que, al saltar el alemán, a fin de evitar la rotura de su brazo, salió disparado por encima de aquella y fue a caer al agua. Un ruido sordo, ahogado por el ruido de las hélices, y el hombre desapareció.

Había dado un grito al caer; pero debió ser confundido con el graznido de una gaviota, porque nadie se preocupó lo más mínimo.

—Una milla no es demasiada distancia para recorrerla nadando —se dijo Bert—. Pero ¡qué fría debe estar el agua! —y a modo de epitafio le dedicó, poco convencido de que llegara a la costa—: Tres a uno.

Entró de nuevo en el acogedor salón del bar y pidió otro *whisky*. La niebla le había calado hasta los huesos. Tomó un trago, cogió el vaso y se dirigió a la mesa de Lys.

—*Pardon! C'est occupé...?*

—*Non, monsieur. S'il vous plaît...*

Y comenzó de nuevo la comedia, Nadie miraba. A nadie le extrañó que un tipo, a todas luces extranjero y meridional, se sentara en la mesa de una muchacha buscando compañía.

—¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias... *Vendrá mi acompañante.*

—¿Fuego?... *No, no vendrá.*

—Gracias... *¿Por qué no? ¿Cómo lo sabe usted?*

—*Porque en estos momentos está tomando un baño. Lo tiré al mar.*

Bert hablaba como sí, efectivamente, solo hicieran los obligados cumplidos para aceptar y ofrecer un cigarrillo.

—No habrá sido usted capaz.

—Espere y verá.

—Pero... ¿qué le ha hecho ese hombre?

—Si se lo hubiese permitido, lo mismo que yo le hice a él.

—¿Por qué?

—Porque era menos estúpido que usted y sabía lo que quería. Venía siguiéndola desde Estocolmo, y aquí, para colmo de su alegría, me encontró a mí, que era a quién en realidad buscaba, al igual que todos los esbirros de «Alex». Caza doble sin proponérselo.

—¿Así es verdad que lo echó al agua?

—¿Quiere que se lo repita por tercera vez? Por mí no hay

inconveniente, pero si para todo es usted tan dura de entendederas no hará carrera en este oficio, se lo garantizo. ¿Por qué no dedica sus esfuerzos a buscar un marido? Es más tranquilo zurcir calcetines en la intimidad.

—¡Bronca tenemos!

—¡No esperará la medalla del Congreso por su actuación! ¿O quizá se imaginaba que esto iba a ser, cómo en los buenos tiempos de Mata-Hari, un desfile de modelos a lo largo de la geografía hotelera escandinava?

Callaron ambos. Él, pensativo; la muchacha mirándole de soslayo con una sonrisa burlona en los ojos verdes, felinos. Se sentía bien a su lado, segura, protegida. Pero Bert no paraba mientes en el ataque ocular y prosiguió en tono serio:

—¿Se fijó en si su compañero de viaje telefoneaba antes de embarcar?

—Sí, efectivamente. Entró en la cabina, y estuvo un buen rato.

—Pues prepárese. En Copenhague nos esperan —miró el reloj: eran las ocho y tres cuartos. Prosiguió—: Nos quedan una hora y cuarto de tranquilidad. En cuanto lleguemos a puerto, usted salta a un taxi y se va al aeródromo para tomar el avión nocturno hasta Lisboa. Allí espéreme en el «Hotel Nacional». Si puedo, me reuniré con usted en el aeródromo; si no, nos veremos en Lisboa. No la mando a Nueva York porque prefiero que las tonterías las haga a mi lado. Duncan me lo agradecerá y el servicio ganará algo. Además, necesito fotógrafo y radiotelegrafista y una mujer para aparentar que voy a Madeira en viaje de turismo sentimental... Me gustaría saber por qué la envió Duncan conmigo.

La respuesta fue, por lo franca, desconcertante.

—Porque se lo pedí yo... —y añadió tras una pausa—: Pero no se haga ilusiones. Quería aprender el modo de actuar de los «espías profesionales» que han hecho del espionaje un negocio particular —y recalcó despectivamente estas dos últimas palabras.

—De los cuales tiene usted mucho que aprender, no lo dude. De momento, la primera lección: nos vamos a levantar, como quien desea dar un paseo. Tomará su maleta, dará una buena propina a la encargada de las cabinas y se meterá en una de ellas. Allí cambiará su atuendo por otro más femenino. Nada de pantalones. Un traje sastre irá al pelo. Luego se anudará un pañuelo a la cabeza para ocultar su cabello y si es usted miope «en familia», se pondrá las gafas cuando desembarque en Copenhague. Entretanto, no salga de la cabina. Puede tumbarse un rato en la cama, que el viaje en avión será largo. ¿Entendido?

—Me gustaría saber a santo de qué viene todo esto. Sigo bajo la impresión de que intenta tomarme el pelo.

—¿Cree todavía que las gentes no piensan más que en amarla o en tomarle el pelo?

—Las gentes, no; pero usted sí.

—Eso es mucho suponer. Bueno, obedezca, y si cuando yo vaya a su cabina para pedirle prestado su hermoso jersey de esquiar no ha encontrado la solución a este «tremendo» enigma, se lo explicaré.

Se levantaron. Bert la acompañó a buscar su maleta. Luego se fijó en el número de la cabina en que la había metido la encargada.

Pasada media hora, golpeó con los nudillos en la puerta y entró. Ella había seguido sus instrucciones y con su nuevo atuendo sería difícilmente reconocible, caso de que un agente de «Alex» esperase en la escalerilla de desembarco. No había nada en ella que recordase a la muchacha de pantalón de franela gris, blusa roja y grueso jersey deportivo.

—¿Cree usted que me reconocerán así?

—Vaya, adivinó el motivo. ¡Qué agilidad de pensamiento! —se burló Bert.

Lys aparentaba serenidad de ánimo y lo tomaba todo a broma, pero hubo de confesarse que la continua ironía de él hacía mella.

Bert, entretanto, se había quitado la chaqueta y se probaba el jersey. El ambiguo modelo igual podía ser de hombre que de mujer, y se lo dejó puesto.

—Meta mi americana en su maleta —le rogó, tras sacar de los bolsillos la documentación y el dinero. Se aseguró después la «Walter» en la cintura, y se despidió—: Hasta la vista, Lys. Cuidado con las conquistas.

—¿Son celos?

—No, mujer. Es miedo, simplemente...

—¿A que me raptan o a que me enamoren? —dijo ella, sin dejarle acabar.

—A que me pierda la chaqueta. No tengo otra.

* * *

Cuando Bert llegó al aeropuerto, Lys ya le esperaba en el bar, un tanto impaciente.

—¿Le costó mucho trabajo librarse de él?

—Supongo que se dio cuenta de quién era.

—Sí, claro. El tipo que tenía el automóvil aparcado junto a la

plancha de desembarco. Por cierto que ni me miró. Debía estar esperando que yo bajase con mi acompañante y vestida de «turista americana».

—Pues a mí sí me reconoció. «Alex» ha debido mandar copias de mi fotografía a todos sus agentes. No se resigna a perder su preciado «CCCP-1», pero ha sido relativamente fácil despistar a su esbirro. Dejé mi taxi a la puerta de unos grandes almacenes, y el ingenuo, creyendo que no me había dado cuenta de su persecución, optó por esperar dentro de su coche a que yo volviese a tomar el mismo taxi. Si no se ha cansado, aún debe estar allí; yo salí por otra puerta.

* * *

El cuatrimotor de la «S. A. S.», perforaba la noche en dirección Sur. A las dos de la mañana habían repostado en París, y ya la próxima parada no sería hasta Madrid. Lys intentaba descabezar un sueño. Bert, a su izquierda, se asombraba de la sensación de intimidad que pueden llegar a dar dos simples butacas juntas volando de noche con una muchacha dormida al lado.

En un «bache», la cabeza de ella se recostó sobre su hombro y la brusca posición la hizo despertar. Preguntó:

—¿No duerme?

Sin contestar, Bert, que desde hacía rato la estaba contemplando sumido en sus pensamientos, preguntó a su vez:

—¿Quién es usted, Lys?

—¿Pregunta oficial o privada?

—Más bien de índole privada.

—Entonces contestaré. La respuesta, dentro de su aparente complicación, es bien sencilla. Soy una muchacha que podía tener todo cuanto el dinero da; pero que, por lo mismo, veía la vida desde un punto de vista totalmente falso. Que intentó liberarse de su ambiente escribiendo y se dio cuenta de que su imaginación era tan limitada como su experiencia. Y que está metida en todo esto más por curiosidad que por otra cosa. ¿Suficiente?

—¡Cómo no! Una chica podrida de dinero y que se aburre; esto no se ve todos los días. Tendré que pedirle que se case conmigo. No se puede desperdiciar una ocasión así. ¡Con lo difíciles que están los tiempos!

A Lys no le gustó la broma, pero encajó bien y respondió:

—Sería un mal negocio. Soy muy exigente.

—Eso no importa. Contra el vicio de pedir está la virtud de no

dar.

CAPÍTULO VIII

Faltaban casi dos horas para que el sol se hundiese en el mar cuando apareció en el horizonte la isla de Madeira. El cielo sin una nube y el mar en calma hacían que el avión volase con gran suavidad. La pequeña isla brillaba, dorada y verde, en el espejeante e intenso azul del Atlántico.

La pareja había pasado el día de compras en Lisboa para reponer sus equipajes, y ahora, como dos turistas más, venían a la «Perla del Atlántico» en un hidroavión Clipper de la «Aquila Airways».

El aparato no tardó en alcanzar la isla, para luego virar en dirección a la bahía de Funchal, la capital. Desde la altura, la ciudad de blancas construcciones daba la sensación de ser progresivamente invadida por la vegetación tropical.

El Clipper fue descendiendo en anchos círculos sobre la media luna de cemento que forma el puerto, y pronto el agua pareció poder tocarse con la mano. Los pasajeros notaron como la barriga del panzudo hidroavión rozaba la superficie del mar y vieron por los dos costados sendas cortinas de espuma blanca. Impulsado por las hélices al *ralentí*, el aparato, dócil como un potro después de la carrera, fue a situarse al lado de la estación marítima.

Bert miraba por la ventanilla el escaso número de personas que esperaban tras la barrera metálica y apretó casi instintivamente el brazo de su compañera impidiendo que se levantara.

—Lys, ahí está el tipo que intentó darme el paseo en Estocolmo, acompañado de dos compinches.

La chica miró en la dirección que Bert le señalaba y pudo ver, apoyados junto a una columna de la aduana, al trio que fumaba tranquilamente. Él añadió:

—Tú y yo no nos cocemos. Sal separada de mí y no me hagas el menor caso, pase lo que pase. Nos esperan. Mejor dicho, me esperan, porque a ti no deben conocerte. «Alex» se ha olido la tostada y me ha preparado un buen recibimiento.

—¿Dónde nos encontraremos?

—Ve al «Hotel Reid's», en la estrada Monumental. En cuanto pueda deshacerme de ellos tendrás noticias mías. Recoge mi maleta

y llévala al hotel como si fuera tuya. Quiero tener las manos libres; lo necesitaré.

La azafata abrió la puerta del hidro cuando este tenía adosada a su costado la escalerilla del malecón, y dio la orden para salir. Bert, sin embargo, se quedó tranquilamente en su asiento, mientras Lys salía entre los primeros pasajeros. A través de la ventanilla, presto a intervenir si hacía falta, vio cómo ella pasaba entre los tres hombres sin que le hicieran mayor caso que a los demás. No obstante, Bert tuvo la impresión de que uno de los esbirros, con una cámara al hombro, se entretenía en tomar fotografías de todos los pasajeros mientras hacían cola ante la oficina de la aduana.

—¡Vaya! —se dijo para sí—. Parece que «Alex» controla en «su» isla. Después de lo ocurrido en Estocolmo, toma precauciones para que no le ocurra lo mismo con el «gran negocio de su vida».

Cuando no quedaba gente en el aparato salió él. Al llegar a la barrera metálica de la estación, uno de los hombres le reconoció y dio un codazo de advertencia a sus compañeros. Pero él, sin darse por enterado de esta vigilancia, pasó por la aduana tranquilamente y llamó a un taxi.

—¿A dónde, señor?

—A cualquier hotel de las afueras. Un hotel típico y solitario junto a los acantilados. ¿Conoce alguno?

—Sí, señor. Conozco uno que le irá de perillas. Está en los acantilados de Cámara de Lobos.

—Vamos.

A dos cientos metros escasos les seguía el «Buick» azul en que se habían metido los esbirros de «Alex». El taxi enfiló la Estrada da Pontinha, que corría a lo largo de la costa, y sus seguidores hicieron lo mismo. A ambos lados de la carretera se alzaban las suntuosas quintas que hacen de esta zona la que concentra la flor y nata de la isla. Entre la fronda de su parque junto al mar, apareció tras un recodo el rojo luminoso que anuncia la entrada del «Hotel Reid's». Luego, el Lido, las piscinas, hoteles y residencias del turismo más caro del mundo.

Los ocupantes del coche se frotaban las manos viendo como el taxi se alejaba de la zona habitada y se iba metiendo él solo en la boca del lobo.

—¿Por qué no nos acercamos y lo empujamos al mar con coche y todo? —preguntó uno—. Es fácil despanzurrarlos por aquí. Parecerá un accidente.

—Tú cállate. Las órdenes las doy yo —replicó con acritud Joao Henriques, el hombre que Bert comprara en Estocolmo—, y se me

ha ordenado cogerle vivo.

Habrían recorrido unos quince kilómetros cuando el taxi se metió por un desvío en una ancha avenida bordeada de árboles que desembocaba ante una serie de construcciones blancas de estilo colonial. El coche de los perseguidores debió aparcar junto a la carretera, porque al descender del suyo, Bert no lo vio. Bajo la explanada que coronaba el acantilado se oía el mar batiendo las rocas. Pronto sería noche cerrada y la luna aparecía ya por el horizonte.

—Desde aquí tiene autobuses que pasan por la carretera en dirección a Funchal, cada media hora —le informó el taxista, tras una serie de reverencias para agradecerle la espléndida propina.

Bert se inscribió en el hotelito con su nombre español, cenó para ganar tiempo, tomó café en la terraza, y ya tarde, con la luna a tres cuartas de su cénit, se retiró a su habitación.

Como el edificio era de una sola planta, todas las habitaciones estaban a ras del suelo. Encendió la luz, abrió la ventana y se paseó ostensiblemente para que sus perseguidores, sin duda al acecho, supiesen a ciencia cierta cuál era su habitación. Luego, como quien va a ducharse, apagó la luz y se metió en el cuarto de baño, donde abrió todos los grifos. Volvió a salir, dejando la puerta entreabierta para que se viese la luz que salía de su interior. Con su «Walter» a punto se quedó junto a la ventana, disimulado por la cortina que la brisa marina ponía en continuo movimiento.

Bajo un grupo de árboles del jardín pudo distinguir, en la noche clara, a tres hombres hablando en voz baja. Pronto uno de ellos se separó del grupo y se dirigió hacia la ventana abierta. Su sombra se destacó en el quicio y tras ella una cabeza explorando el interior de la habitación. El ruido de los grifos y la luz que se filtraba por la rendija de la puerta debieron tranquilizarle, porque sin ninguna precaución metió una pierna y tras ella todo el cuerpo, empuñando una pistola. El nocturno visitante se orientó en la oscuridad y, semiagachado para no hacer ruido con sus pisadas, se dirigió hacia la puerta entreabierta.

Había dado escasamente cuatro pasos cuando la mano de Bert, con la «Walter» cogida por el cañón en forma de maza, descargó un fuerte golpe en la cabeza del intruso, quien, con un leve quejido, se desplomó en el enlosado.

Le arrastró hasta el cuarto de baño y, a la luz, pudo reconocer a Joao Henriques.

—Es tu destino —se burló Bert de su desmayado chivato— que te deshaga la sesera a culatazos. Lo siento.

Maniatada y amordazada su víctima, Bert volvió a su observatorio de la ventana. Los otros dos hombres permanecían bajo el grupo de árboles. Debían estar esperando alguna señal de su compinche. Seguramente Henriques había preparado así el plan para tener tiempo de hablar a solas con su segundo jefe sobre el cobro de los nuevos diez mil dólares. Comprendiólo así Bert y se decidió a precipitar los acontecimientos. Sin asomarse apenas, sacó un brazo por la ventana e hizo una señal.

Uno de los hombres se destacó del grupo de árboles y se dirigió a la ventana, sorteando con habilidad las zarzas del jaral, mientras el otro se quedaba guardándole las espaldas.

El hombre se metió en la ratonera y Bert lo liquide por el mismo procedimiento que a Henriques. Pero, como el primer golpe no debió ser suficientemente fuerte, o quizá su cráneo era demasiado duro, tuvo que dormirlo definitivamente de una patada en la cabeza cuando ya estiraba la mano para recuperar su caída pistola.

Hecho esto, Bert, como si quisiera tomar el fresco, salió al exterior por la terraza del lado opuesto. Desde allí, con un hábil rodeo, fue a situarse a espaldas del que se había quedado de vigilancia, que inquieto por la tardanza de sus compañeros, estaba semiculto entre unas zarzas y avizoraba sin atreverse a sacar del todo la cabeza.

Bert avanzaba sigilosamente a gatas, para que la luz de la luna no lo descubriese, pero cuando ya lo tenía a tiro, una rama seca crujió bajo su peso y el otro se volvió. Tuvo apenas tiempo de verle y disparó su arma mientras Bert se arrojaba a tierra. La bala pasó zumbando peligrosamente sobre su cabeza, pero no respondió a la agresión. Escuchaba atentamente para descubrir a su enemigo. Nada se oía excepto el viento silbando en el jaral y el lejano rascar de las olas en la arena.

El disparo parecía no haber causado alarma, porque nadie acudió. Vigilándose mutuamente los dos hombres, pasó casi media hora. Bert intentaba hacer creer a su enemigo que su tiro había dado en el blanco, pero el otro no parecía fiarse demasiado de este silencio. Debía opinar que en este mundo vale más perder media hora que una vida y continuaba agachado entre las zarzas sin moverse.

Después de mucho tiempo de paciente espera, el hombre se debió de animar por el silencio y echó a rodar una piedra; pero Bert siguió en su mutismo de muerto, alerta al menor desplazamiento de su adversario. Pronto empezó el hombre a arrastrarse en dirección a la carretera. De vez en cuando se paraba como para escuchar y

asegurarse de que no era seguido.

Para llegar al punto en que sin duda tenía el coche, el hombre debía atravesar el campo lleno de maleza y pasar a unos quince metros de donde Bert estaba agazapado. Por eso, este no se movió de su escondite y esperó. No debía escapársele la pieza, ya que en su poder estaba la cámara fotográfica y en ella una foto de Lys, junto a las de los demás pasajeros del hidro. Una vez más debía evitar que la chica fuera fichada por «Alex».

Cuando al fin, guiándose por los ruidos que hacía al arrastrarse, logró localizar la posición exacta de su blanco, soltó dos disparos con ligerísima variación de ángulo de tiro. Al segundo siguió una maldición ahogada, y en la misma dirección disparó tres más. Una andanada respondió a su ataque, pero pasó silbando alta sobre su cabeza y no hizo más que descubrirle la posición del tirador. Cambió el cargador, se puso en pie y, con la celeridad de una ametralladora, descargó los nueve tiros sobre el espacio de un metro cuadrado. La mitad de los proyectiles dieron de lleno en el blanco.

Luego, tras la ráfaga de la «Walter» con el dispositivo de repetición, las jaras se agitaron como si una bestia herida se revolcase en ellas. Después, un espasmódico gemido. Luego, nada... Bert avanzaba hacia el caído con la humeante pistola en la mano. A lo lejos sonaba, tétrico en la noche, el ulular de un perro despertado por los disparos. Debía olfatear la muerte, que andaba suelta. El hombre que ahora yacía entre las jaras se la había tropezado en su camino.

Bert registró al muerto y encontró la cámara que buscaba. Su enemigo yacía mirando al cielo con los ojos en blanco y la boca abierta. Sin rencor, lo empujó con el pie volviéndolo cara abajo. Estaba feo que un hombre mirase de aquella manera a la luna.

Todo había sido muy rápido; pero ya la gente, medrosa y precavida, iba saliendo del hotel. Bert se metió en un bosquecillo de plátanos y, sin abandonarlo, ganó la carretera. A pocos metros estaba aparcado el «Buick» azul. Tenía las llaves puestas, como si sus ocupantes hubiesen previsto salir de estampía.

Silbando una alegre canción española, dio al *demarré* y metió el coche en la carretera. Desde el primer poste de gasolina que encontró llamó al «Hotel Reid's» y preguntó por su compañera.

—¿Qué pasa? Iba ya a acostarme.

—Pues tendrá que esperar un poco. Hemos de hablar y necesito recoger mi maleta.

—El equipaje lo tiene en conserjería.

- Bien. La esperaré en el jardín, junto al cenador de la playa.
—¿Todo ha salido bien?
—Perfecto; gracias. Hasta ahora.

* * *

Cuando Bert se acercaba a la pequeña pérgola del jardín del «Reid's», distinguió una sombra inmóvil sentada en la arena, bajo un bosquecillo de plátano. Era Lys, que ya le esperaba.

Se sentó a su lado y ella, sin que él hiciese el menor movimiento, le besó.

—Puede vernos alguien —dijo la muchacha, en tono de excusa por su acción —y hay que disimular.

—Sí, tienes razón —contestó Bert, muy convencido, estrechándola y devolviéndole el beso.

—Cualquiera que nos vea—. Lys se apretó más contra él —no dudará de que se trata de una cita amorosa.

—Pero no nos hagamos ilusiones. Los bollos están a punto y si los dejamos en el horno se quemarán. Hay que obrar con rapidez.

—A sus órdenes, jefe —se burló ella.

—Me interesa una lista del personal que vive en el «Reid's», con el número de la habitación que cada uno ocupa. Según confesó el alemán que atrapamos en Estocolmo, en el hotel vive el estado mayor de la banda tras la cual vamos. El cuartel general está también localizado a poca distancia de aquí.

Bert daba sus órdenes conciso y rápido. Lys apuntaba mentalmente su trabajo. Cuando acabó, no quiso perder más tiempo y se despidieron. La chica se fue en dirección al hotel, mientras él se quedaba en la playa mirando hacia una gran quinta que se alzaba junto al mar a poco más de medio kilómetro. Luego fue hasta las tapias de la propiedad, y cuando la hubo estudiado a la luz de la luna decidió volver al hotel. Recogió su maleta en conserjería y salió. En un taxi, de los que esperaban a la puerta del *grill* del «Reid's» a que acabase el baile, salió en dirección a Cámara de Lobos y algo antes de llegar al poblado se detuvo en Un barrio de pescadores.

Pagó, bajó, y a pie alcanzó su destino. Se había metido sin vacilar por las estrechas callejuelas como sobre terreno conocido y pronto encontró lo que buscaba. Se detuvo ante una casa da antigua construcción, sobre cuya puerta colgaba una gran placa de hierro forjado que exhibía un racimo de uvas y el nombre: «Taverna de Verdelho». Estaba ya cerrada y hubo de llamar con el pesado

picaporte.

Una ventanuca se abrió y un hombre en camisa de dormir chilló malhumorado:

—¿Quién llama a estas horas?

—Un amigo, viejo cascarrabias.

—¿Qué amigo?

—¿Ya no me conoces, Santos? Soy Ferreira da Silva, tu ex jefe.

—¡Diablos condenados! Si es verdad... Pero si yo creía que estabas ya en los infiernos haciendo rabiarse al viejo Satanás... Ahora voy. Ahora voy...

Se conocían bien. Habían sido compañeros de aventuras, trabajando juntos durante la guerra para la causa aliada. Cuando el dueño de la taberna abrió la puerta se abrazaron efusivamente.

—Ya no esperaba verte más. Pasa; pasa y toma un buen vaso de *verdelho*, como en los buenos tiempos.

Bert chasqueó la lengua de placer tras apurar su vaso y dijo:

—Necesito tu casa como refugio. Tengo trabajo muy cerca de aquí y llevo además tras los talones toda una manada de lebreles con malas intenciones.

Y como su amigo era de confianza le contó cuanto podía decirle del asunto, incluido su falso nombre español. Santos contestó:

—No debes preocuparte. Mañana hablaremos, porque sé bastante de ese negocio. De momento vete a dormir, que lo debes necesitar. Tu antigua habitación está esperándote. Hace tiempo que no se utiliza con la asiduidad de entonces y los goznes de las salidas secretas deben estar oxidados por falta de uso. Mañana los engrasaré personalmente.

La tal habitación era una especie de comedor reservado, con vistas al mar desde su mirador de cristales emplomados. Tras un armario, que giraba sobre sí mismo, aparecía una estrecha escalera que llevaba al dormitorio propiamente dicho, en el desván. Tenía además otra salida que a través de la bodega y de un largo túnel conducía hasta las rocas del acantilado. Esta antigua entrada de contrabandistas y otra que daba a la callejuela trasera hacían de la habitación un refugio ideal.

Santos había cambiado en un santiamén las ropas de la cama y abrió la ventana que daba sobre el tejado, para que se ventilase el cuarto.

—Viejo zorro, ¿cuántos contrabandistas se han albergado aquí después de mi marcha? Esto no tiene pinta de haber estado deshabitado tanto tiempo.

—Es que los agentes del Tío Sam abundan en estas aguas.

—¿Sigues trabajando para los americanos?

—¡Cómo no! Genio y figura... Buenas noches, camarada.

* * *

Eran las doce de la mañana cuando a Bert le despertó su amigo el tabernero, con un periódico en la mano y una risita guasona añorándole a los labios mientras leía:

—«Tiroteo en un hotel de los acantilados de Cámara de Lobos. Un *gangster* americano que se oculta bajo el nombre español de Manuel de Tresiano, ha matado a tiros a un hombre y desvalijado a dos más en la noche de ayer...» Buena faena, amigo. Lo malo es que... —y siguió leyendo—: «...toda la policía de la isla ha sido movilizada para su captura».

En cuanto se despabiló del todo, Bert le arranco el periódico. Una vez lo hubo leído, comentó:

—Ya te dije lo hábiles que son. En una noche han puesto tras mis talones a toda la policía. Fíjate, hasta mi fotografía han proporcionado a la Prensa.

—Debemos actuar rápidamente.

—¿Cómo?

—He dicho debemos y no me retracto. Soy tan agente americano como tú y mi deber como tal y como amigo es ayudarte.

Después de comer hablaron largamente para preparar el plan de ataque. A Santos no le habían pasado inadvertidas las actividades de la banda y tenía buena información. Solo esperaban la delación de Joao Henriques para entrar en acción. Decidieron esperar aquel día, y si no venía, ir a buscarle.

Cuando se hizo de noche, Bert se fue a nadar al mar. A su regreso tenía sobre la cama una nota de Santos: «Tu chivato te espera en el reservado número 3».

Por la salida excusada de la taberna entró Bert a los pocos minutos en el reservado. Su hombre le esperaba ante una botella de vino ya mediada. A modo de saludo gruñó:

—He esperado demasiado tiempo ya y debo irme. Es muy expuesto lo que hago.

—También es grande la cantidad que cobras por ello —contestó enérgico Bert—, así que menos remilgos y desembucha.

El pequeño cuarto estaba separado de la sala general por una celosía de madera. Además de la puerta que había utilizado el americano, existía otra que daba a la taberna, cerrada por dentro con pestillo.

—Primero, la chica ha, sido raptada; está en la quinta del jefe. En los sótanos.

Bert apremió, impávido, como si la noticia no le afectase:

—¿Y qué más? ¿Qué hay del próximo negocio?

—He sabido que se hará en Tenerife, en las Canarias. Dentro de tres días, a bordo del barco frutero sueco «Clara Norra»...

Bert no tuvo tiempo de nada más que de agacharse tras la mesa. En la celosía que daba a la taberna se destacó una sombra y por uno de los intersticios asomó el cañón de un revólver. ¡Flap! ¡Flap! Dos disparos ahogados por un buen silenciador, sonaron casi simultáneos en el pequeño recinto. El segundo hizo mella en el borde de la mesa y desconchó el yeso de la pared junto a la cabeza de Bert. El primero se había metido limpiamente en la nuca del confidente saliéndole por un ojo. Henriques había quedado con el carrillo apoyado sobre la mesa, mirando estúpidamente a un rincón con su cuenca vacía.

En dos zancadas Bert ganó la puerta excusada y llegó al exterior a tiempo de ver a un hombre correr por el callejón en dirección al mar con una pistola en la mano. Ladró la «Walter», y el hombre que corría, alcanzado por el proyectil, dio un traspié. Con el impulso de la carrera cayó al suelo como quien se lanza de cabeza a una piscina. Bert avanzó hacia el caído y pudo comprobar que estaba bien muerto. Su pistola yacía a pocos metros y la recogió. Llevaba uno de los silenciadores más pequeños que había visto, y según había podido comprobar, de los más efectivos.

Ayudado por Santos, que llegaba en aquel momento, recogieron el cadáver y lo metieron en el reservado junto al otro.

—Su pistola es del mismo calibre que la mía. En cuanto la policía lo compruebe, no creo que vayan más lejos. A nadie se le ocurrirá que uno de los proyectiles se ha colado en el asunto de rondón.

Bert subió a su habitación y Santos avisó tranquilamente a la policía:

—Un hombre desconocido ha disparado sobre dos clientes que hablaban en mi taberna. Los ha matado. Después se dio a la fuga y no hemos podido atraparle. Creo que marchó en dirección a Funchal.

Bert podía dormir tranquilo en la casa, sin que a nadie se le ocurriera registrar. Le buscarían en cualquier sitio menos allí.

El americano quiso comprobar lo dicho por el difunto Henriques y llamó al «Reid's». La respuesta no se hizo esperar:

—La señorita Mac Coy no ha sido vista en todo el día. Parece ser

que no ha dormido en el hotel. Todavía no ha vuelto.

CAPÍTULO IX

La noche clara, con la luna en el cenit, no era propicia para el asalto que los dos amigos estaban preparando en la taberna. Pero los acontecimientos se habían precipitado y no cabía esperar. El establecimiento había cerrado a la una de la madrugada y el poblado de pescadores estaba dormido. Sobre un croquis dibujado por Santos, discutían los puntos débiles de la quinta de «Alex» y el plan de ataque a realizar. Pronto llegaron a un acuerdo. Recogieron por fin su arsenal y apagaron la luz.

Daban las dos en el reloj de la torre cuando Bert y el tabernero se deslizaban como dos sombras a lo largo de una de las callejas en dirección a la playa. Allí arrastraron hasta el agua una de las muchas barcas de pesca varadas en la zona, e izando la vela, partieron ayudados por el motor en dirección a Funchal. La ligera brisa apenas rizaba el mar y, con el viento de popa, avanzaban a buena velocidad.

—Antes de media hora estaremos en el promontorio. Deberemos dejar la barca en él, porque esta noche hay demasiada visibilidad y no podríamos acercarnos a la quinta sin que nos descubrieran. Hoy no les pasaría inadvertido en cinco millas ni un simple delfín.

El americano había acoplado el silenciador que le quitara al asesino de Henriques a su «Walter» y para probarla hizo un disparo contra el agua. Un ligero ¡flap! se confundió con el ruido del motor. Satisfecho, la volvió a meter en su cintura. Santos conducía, entretanto la embarcación sin alejarse demasiado de la costa. A una milla se divisaba el alto promontorio que les ocultaba su objetivo.

Tal como el portugués había previsto, llegaron en menos de media hora. Vararon la barca en la arena y tras asegurarla con el anclote, prosiguieron su camino a pie. Por una senda de cabras doblaron el rocoso cabo y a menos de un kilómetro divisaron la quinta donde «Alex» tenía su cuartel general.

Santos se detuvo y estudió la casa con sus gemelos de campaña. Nada a primera vista parecía anormal, pero una observación más detenida le hizo descubrir algunas sombras sospechosas en los alrededores. La luz de un ascua de cigarrillo entre la maleza que rodeaba la casa le confirmó sus sospechas.

—La casa está rodeada. Nos esperan para dispensarnos una calurosa acogida. No me extrañaría que hubiera algunos piquetes de la policía también, na chica es el cebo; la trampa, los guardias. Hay que alejarlos como sea. Si no, tendremos que abrirnos paso a fuerza de dinamita.

Bert había tomado los prismáticos y estudiaba por sí mismo las posibilidades de asalto a las altas tapias rodeadas de vigilantes. La frente se le fruncía fuertemente por el intenso trabajo mental.

—Me parece que tengo una buena idea. Puede que dé resultado.

Y mientras se la iba explicando a su amigo, avanzaron por entre los matorrales en dirección a la carretera. Rodearon la finca a distancia prudencial para no ser vistos por los vigilantes, y ya en el lado opuesto al que querían asaltar, se detuvieron.

—Aquí hay un buen agujero —anunció el tabernero, que se había apartado un poco para explorar el terreno—. Creo que te servirá.

—Sí, está bien. Ayúdame a recoger zarzas bien secas y algo de leña.

Bert iba apilando cuidadosamente el combustible que le traía su amigo, hasta formar un apretado montón. De vez en cuando metía entre la leña reseca balas de pistola bien envueltas de broza.

—Así —explicó— irán explotando poco a poco y les harán creer que un par o tres de hombres se lanzan al asalto. Creo que con cuatro cargadores los entretendremos el tiempo suficiente para poder entrar en la casa.

La pequeña pira estaba oculta en el hoyo de tal forma que no se descubrirían las llamas hasta estar a pocos metros de ellas. Bert prendió el combustible por la parte superior. Así las sucesivas explosiones no desparramarían el fuego. Cuando la leña prendió bien, los dos hombres se alejaron corriendo hacia la parte de la playa.

Acababan de ocultarse entre los matorrales cuando sonó el primer disparo en la tranquilidad de la noche. El policía que tenían a treinta metros, frente a ellos, dio un bote y aprestó su arma. Cuando oyó otro disparo, seguido de dos más, inició la carrera hacia el lugar del tiroteo. Como la hoguera adquirió fuerza y las detonaciones se sucedían, el piquete de vigilancia en masa corría hacia la supuesta escena del zafarrancho, desplegados en guerrilla. Casi simultáneamente con la llegada de los hombres desorientados a las inmediaciones de la carretera, se oyó una descarga cerrada y, en contestación, un fuego graneado de pistolas y metralletas. Aquello parecía una batalla campal. El tiroteo se había generalizado

y disparaban hasta del interior de la quinta, ya nadie sabía contra quién. Se oían detonaciones y se respondía a ellas con fuego a discreción.

La hora del asalto había llegado. Bert y Santos se levantaron de su escondite. Sin decir palabra se acercaron a la tapia y, haciendo el portugués de base, alzó a su amigo hasta el borde de la pared. Luego se agarró a la mano que este le tendía y por fin saltaron la tapia con la precisión y la rapidez de dos experimentados comandos.

Se orientaron rápidamente y emprendieron la marcha hacia donde imaginaron debía encontrarse el edificio. Pero los ladridos de unos perros, que el tiroteo había excitado al máximo, se iban acercando y ambos se detuvieron en seco. Santos había abierto su gigantesca navaja marinera y los esperaba a pie firme. Bert intentaba ver en la oscuridad de los frondosos árboles. Pero los canes, sin duda de pura raza, habían callado al notar la presencia de intrusos y el que venía en cabeza saltó como una sombra ágil al cuello del portugués.

Los cincuenta años de Santos aún le permitían doblar las piernas con *souplesse*. Se agachó, paró con el antebrazo izquierdo el impulso del animal, mientras con la derecha le clavaba certeramente el acero en el mismo corazón. El bicho no tuvo aliento ni para quejarse.

Estaba aún en cuclillas, limpiando de sangre la hoja de su pincho en la piel del perro, cuando otro le atacó de costado. Esta vez, tampoco pudo Bert intervenir. No tuvo tiempo. Cuando quiso darse cuenta de lo que sucedía, ya el brazo del portugués, armado de su terrible navaja, asestaba un tajo de revés en el cuello de su nuevo atacante. El impulso del salto hizo que el animal cayera sobre él, pero ya degollado. La tremenda cuchillada casi le había separado la cabeza del tronco.

Se desembarazó del cadáver, limpió de nuevo su cuchillo cuidadosamente y prosiguieron su camino sin hacer comentario alguno. Bert seguía pegado a él, con la pistola a punto por si eran atacados desde la retaguardia.

A través de los últimos árboles vieron por fin la casa. Habían llegado a ella por la parte de atrás.

Un tipo armado de metralleta vigilaba ante la única puerta de entrada. Sus órdenes deberían ser muy rigurosas, puesto que el furioso tiroteo, que en aquellos momentos estaba en su apogeo fuera del jardín, no le hacía desviarse ni un metro de su camino de ronda. Salvo en los breves momentos en que trataba de adivinar lo

que sucedía por allá afuera, avizorando desde una de las esquinas, no perdía de vista la puerta encomendada a su custodia.

Los dos asaltantes dieron un rodeo y pudieron llegar sin ser vistos hasta un tejo, recortado en forma de bola, que crecía junto a la esquina más cercana a la puerta.

Santos colocó su navaja en la palma de la mano y, haciendo un significativo gesto de lanzamiento, consultó a su amigo:

—¿Lo liquido? A esta distancia la clavo siempre. No me puede fallar.

—No; todavía, no. Nos será mucho más útil vivo que muerto.

El centinela había llegado en uno de sus paseos hasta un par de metros escasos del lugar en donde se escondían los dos hombres. Cuando giró sobre sus talones para hacer una nueva ronda, una sombra se destacó del tejo y, tras agarrarle por el cuello para que no gritase, le metió la punta del acero en los riñones. Bert, que venía detrás, se apoderó de la metralleta y le hizo un cuidadoso registro. Luego, como quien lleva en volandas un borracho, lo metieron a la sombra del quicio de la puerta.

—¿Dónde está la muchacha americana que raptasteis en el «Reid's»?

—No sé de qué muchacha me habla.

—Esto te hará cantar —y Santos, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, le metió casi un centímetro de acero en la espalda, mientras le tapaba la boca con la mano para que no chillase.

El fuerte y decidido pinchazo hizo que el hombre reaccionase con miedo. Se daba cuenta de que en cuestión de segundos aquel salvaje le podía introducir un palmo de hoja entre las costillas.

—Sí, está aquí. La guardamos en el sótano. Esta es la puerta de entrada —y fue hacia ella sin que hicieran falta más amenazas.

Se metieron todos en la casa y descendieron por una escalerilla excusada que conducía a los sótanos. Atravesaron una larga galería llena de toneles y botellas cubiertas de polvo y telarañas, hasta que al fondo de la sala que se abría al final de ella, una puerta recubierta de hierro les cerró el paso. Tenía un gran cerrojo exterior y una amplia mirilla enrejada. Parecía la puerta de un calabozo. Dentro se oían voces, golpes y sollozos.

Bert hizo una seña a Santos y este, interpretándola con exactitud, sujetó a su prisionero tapándole la boca. Luego apagó la luz para abrir con cuidado la mirilla del calabozo.

La estancia no era, como esperaban, una vulgar mazmorra, sitio una sala de regulares dimensiones. Estaba totalmente desamueblada y una sola bombilla la iluminaba desde el alto techo.

La escena que se desarrollaba en su interior le hizo a Bert ver rojo. Lys, tirada en el suelo de la habitación, aguantaba una lluvia de patadas de un hombretón fornido, mientras otro, pequeñajo, le repetía de continuo la misma pregunta que por la extraña resonancia de la sala no se comprendía desde la mirilla. La muchacha volvió el rostro hacia la puerta: tenía la cara ensangrentada por los golpes. Su vestido estaba hecho jirones.

Bert no se pudo contener. Ni siquiera pasó por su mente darles a aquellos hombres una ocasión para defenderse. Apoyó el cañón de su pistola en el borde de la mirilla y, apuntando a la sien del gigantón, disparó. Al ¡plop! del silenciador se desplomó la mole humana. Lys se dio cuenta a tiempo y con un movimiento de castado hurtó su cuerpo a lo que se le venía encima. El eco de la sala repitió el disparo como si alguien batiese palmas en un aplauso siniestro.

El hombrecillo sacó su pistola y se lanzó en *plongeon* para protegerse tras el cuerpo de la muchacha. Pero la «Walter» chasqueó de nuevo y cuando llegó al suelo tenía dos balas alojadas en la masa encefálica. Lys, asombrada por el repentino ataque, sin saber de qué se trataba, no intentó levantarse. Bert empujó la puerta con el hombro, llegó al centro de la sala, apartó los dos cadáveres a patadas y la cogió en brazos.

Apretándola fuertemente contra si salió de nuevo al exterior. Había en aquel gesto, y ella así lo comprendió, algo más, y más fuerte, que la alegría de haber salvado a una compañera de servicio. Con los brazos alrededor de su cuello, la muchacha apretaba su cara contra la de él manchándosela de sangre.

La primera parte del plan estaba cumplida. La retirada se presentaba incierta. Pero Santos sabía, porque sabía muchas cosas sobre la isla —y sobre todo cuando estas cosas se referían al contrabando—, que en aquella antigua guarida de contrabandistas había una salida: un túnel similar al de su taberna, que conducía directamente hasta los acantilados. Y para evitar perder un tiempo precioso si su prisionero se negaba a revelarles el camino, decidió pasarse de listo y le ordenó como quien lo conoce ya:

—Ve tú delante y no intentes escapar, porque mi navaja no falla a cincuenta metros. Saldremos por el túnel que conduce a las rocas de la playa.

El hombre emprendió el camino sin chistar. Atravesaron de nuevo la bodega, pasaron por un largo corredor y llegaron a una amplia cueva llena de fardos, en cuyo fondo una pesada puerta de hierro les cerraba el paso. Lys caminaba ya por sus propios medios,

pero apoyándose pesadamente en su compañero, que le rodeaba la cintura con el brazo. Santos había sacado de su bolsillo un cartucho alargado y recomendó a los otros:

—Alejaos lo más posible y meteos detrás de los fardos. Voy a usar mi artillería.

Los contrabandistas al viejo estilo conocen bien el efecto demoledor y desmoralizador de un cartucho de dinamita oportunamente empleado para cubrir una retirada. Aunque Santos había pensado en principio utilizarlos como simples granadas de mano, las circunstancias le deparaban una ocasión donde su «artillería» iba a ser más eficaz.

Cebado el cartucho, puesto en el dintel y prendida la mecha, salió disparado a ocultarse tras la pila de sacos.

—Donde estén un buen «puro» de dinamita y una navaja bien afilada, que se quiten las pistolas. Con los cinco cartuchos que me quedan podríamos detener a un regimiento...

Sus últimas palabras fueron ahogadas por una fortísima detonación que llenó de polvo y humo la cueva. La bombilla más alejada del lugar de la explosión se había salvado y, a su luz mortecina, se veía caer entre el polvo una lluvia de cascotes del techo.

Sin esperar a que la visibilidad se hiciese mejor, fueron hacia el agujero y se metieron en él. La fuerte chapa de hierro de la puerta había quedado retorcida como la tapa de una lata de sardinas.

El prisionero abría la marcha, el portugués le seguía con una lámpara de mano para alumbrar el camino y la pareja cerraba la retaguardia. El túnel goteaba humedad. De vez en cuando, el eco de sus pasos y la luz despertaban a las ratas que emprendían veloz carrera dando chillidos.

—Lleva tú la linterna, Ferreira... digo, Tresiano, o Bert, como te llama la muchacha —pidió el tabernero, de buen humor—. Voy a ir preparando un petardito especial para la reja que nos debe de esperar a la salida. Allí no habrá sacos que nos protejan y sería peligroso utilizar un cartucho entero.

Lys cogió la linterna para que su pareja pudiera seguir empuñando la pistola y sostenerla a ella. Santos iba detrás cortando con su navaja una cuarta parte del cartucho.

Una ligera corriente de aire les indicaba que ya no estaba lejos la salida, y al volver un recodo pudieron verla, alumbrada por la noche clara. Cuando les faltaban cincuenta metros para llegar los detuvo el portugués:

—Quedaos aquí. Yo me adelanto para abrir la puerta. Este

taponcito, metido en la cerradura, va a hacer de llave a las mil maravillas.

Y se alejó. Al cabo de un par de minutos vieron el resplandor de una cerilla y la sombra del dinamitero que venía corriendo. Había medido bien el tiempo. El fogonazo fue seguido de una explosión bastante menor que la de la puerta de entrada.

Cuando iban a reanudar la marcha, Santos les detuvo. A lo lejos, por la parte de la cueva, se oían voces excitadas y pasos apresurados. Retrocedió hasta el recodo y pudo ver, aún lejos, las luces de unas linternas que se acercaban.

—¡Rápido! Salid corriendo y esperadme a la salida. Yo me encargaré de cubrir la retirada. Tenemos a toda la jauría tras nuestras posaderas.

El prisionero, al saber cerca a los suyos, se hacía el remolón, y Bert hubo de arrearle con el cañón de su pistola. Al llegar a la verja de entrada pudieron comprobar la eficacia de los métodos de Santos: estaba desmontada de sus goznes y con la cerradura hecha puré. El túnel desembocaba en una plataforma poco mayor que la de un tranvía, rodeada de zarzas que la ocultaban de la vista. Una estrecha cornisa partía de ella bordeando la roca, y allá abajo se oía el intermitente lamer de las olas en la playa.

Santos, entretanto, había cogido la dinamita restante en un manojo, rascó una cerilla en la pernera del pantalón y prendió las cinco mechas a la vez. Un disparo partió de los que avanzaban por el corredor, y luego dos más. Habían visto la luz de la cerilla y disparaban tomándola como referencia. Al agacharse para dejar la dinamita en el suelo, Santos sintió un agudo dolor en el costado e instintivamente se apoyó en la pared. Tocó con su mano la parte dolorida y notó que se le humedecía con un líquido caliente y viscoso.

No había tiempo que perder. En unos segundos, el túnel se convertiría en un auténtico infierno. Apoyándose con una mano en la pared, emprendió la retirada. Oyó a Bert que venía en su busca gritándole que corriera. Debía haber oído los disparos, y sospechando lo ocurrido, acudía en su ayuda. Al ver que su amigo avanzaba penosamente, lo cogió en volandas y en cuatro zancadas llegó al exterior.

Acababan de salir de la boca del túnel cuando esta se convirtió en una gigantesca boca de cañón. Escasamente tuvieron tiempo para resguardarse a un lado. Tras el horrisono tronar de la dinamita, salió disparada en dirección al mar una masa de metralla compuesta de piedras, polvo y humo. Una vaharada caliente les

azotó el rostro y las zarzas que tapaban la salida desaparecieron como llevadas por un huracán.

—¿Dónde te dieron, viejo?

—Aquí, en la cintura, pero no tiene importancia. Dame un pañuelo para atajar la sangre. No es que me haga demasiada falta, pero no quisiera perderla inútilmente.

Lys se adelantó, le arrancó un faldón de la camisa y le taponó la herida lo mejor que pudo.

—Luego se le curaré mejor. De momento bastará para no desangrarse.

—¿Dónde está nuestro prisionero? —preguntó el herido, al ver que aquel había desaparecido.

—Cuando oí los disparos dentro del túnel, me volví para ver qué pasaba y el muy cretino intentó aprovecharse de la ocasión para atacarme por la espalda. Pude hacer presa en su brazo y lo voltee sobre mi hombro, con tan mala fortuna para él que salió despedido por encima de las zarzas. Por el ruido que siguió a su caída, debe haber llegado hasta el fondo.

—Vámonos. No hay tiempo que perder. Pronto tendremos aquí a toda la policía atraída por la explosión. De noche suena demasiado la dinamita.

Bert hizo montar sobre sus espaldas a su amigo herido para ir más deprisa y, seguido de la chica, emprendieron la bajada hacia la playa.

A pocos metros del lugar donde desembocaba la cornisa estaba varada la misma barca en que ellos habían venido. Bert dejó a su amigo dentro de ella y ayudó a Lys a subir. Recogió después el anclote que servía de amarra y como la marea había subido, no le costó gran trabajo sacar la embarcación de nuevo a flote. Puso el motor en marcha e izó la vela, se sentó a la caña del timón e hizo rumbo a alta mar.

Lys practicaba una segunda cura al herido, tumbado en el fondo. Con una botella que encontró en la barca conteniendo ginebra y unas vendas del botiquín de urgencia, dejó a Santos en disposición de aguantar la travesía. Entretanto, Bert, sin abandonar el timón, observaba atentamente la costa con los prismáticos. Ninguna figura humana se destacaba en las rocas sobre el cielo claro iluminado por la aurora.

—No veo a nadie. Debieron concentrarse en la casa todos, cuando oyeron la primera explosión.

Cubiertos por la mole del promontorio no podían ser vistos desde la quinta de «Alex». Pronto, además, la embarcación no se

distinguiría de las muchas que a aquellas horas salían a recoger la cosecha de langosta que durante la noche se había metido ella sola en las nasas.

* * *

En la habitación de Santos, Lys demostraba sus conocimientos de enfermera. Acababa de extraer la bala del costado de su paciente. Desinfectó la herida con alcohol y después de espolvorearla bien con sulfamidas, la vendó cuidadosamente.

—Si no hace demasiado ejercicio, la herida cerrará en pocos días.

—No se preocupe. Detrás del mostrador de la taberna no tengo demasiadas ocasiones de practicar el alpinismo.

—¿Tienes la emisora todavía en funcionamiento, Santos? Voy a necesitarla.

—Está en el desván. En el mismo lugar de siempre, y además en perfecto estado de conservación.

—Entonces vaya curándose la cara, Lys. Necesitaré sus servicios de radiotelegrafista. Y tú, viejo, ve pensando cómo podré salir de esta maldita isla esta misma tarde, sin tener que pasar por la aduana.

—Eso será fácil. Esta noche sale un falucho con destino a Tánger, vía Santa Cruz de Tenerife.

—Bien. Resérvame un camarote de primera.

—Si te es igual el sollado, podremos arreglarlo.

—Conforme. Al fin y al cabo...

* * *

—Intenta comunicar con «Ronald» en Estocolmo, Lys. Cuando lo consigas, ordena de mi parte que se trasladen en el primer avión tres agente a Santa Cruz de Tenerife. Los esperaré en el «Hotel Bahía». Allí me pondré en comunicación con ellos. No deben conocer más que mi contraseña. Use la del «melón para el desayuno». Me trae suerte.

Bert pasó a su habitación, que estaba al lado, y dejó la puerta abierta. Se tumbó en la cama y a los pocos minutos el monótono pitido del morse le dio sueño. Estaba cansado y se durmió.

A pesar del cansancio y de los golpes recibidos durante todo el día, Lys estuvo manipulando en el transmisor hasta muy tarde. Comunicar con una emisora que no espera nuestra llamada es difícil y para ello es preciso armarse de paciencia en una búsqueda

de horas en el cuadrante.

Estaba ya el sol muy alto cuando logró establecer contacto con Estocolmo y pudo, al fin, transmitir a «Ronald» las órdenes. Luego, terminado su trabajo, despertó a Bert:

—Por fin he logrado la comunicación. «Ronald» me ha asegurado que esta misma tarde salen para Canarias los tres agentes pedidos, vía Madrid. El que va como jefe de expedición llevará el nombre de John Farrel y como contraseña: «¿Qué tal, Betty?»

—¿Qué hora es?

—Según mi reloj, las diez. De la mañana, claro está.

—Buen trabajo, pequeña. Pero ahora debes irte a dormir. Has sido muy valiente y necesitas descansar. Ahora tendrás todo el tiempo que quieras para hacerlo.

—Pero, ¿dónde?

—Tienes razón. No conoces la casa. Bueno... Puedes quedarte aquí. Yo iré a otra habitación. Cuando me vaya estarás más segura en esta. Santos es un buen amigo y te cuidará bien.

—¿Por qué no voy contigo?

—Primero porque no te necesito, y segundo porque ya has recibido bastante y no quisiera que te rellenaran de metal. Como experiencia para tus escritos ya has tenido suficiente, y si te hace falta más te lo contaré yo. Tendremos mucho tiempo a mi vuelta. Pienso tomarme unas vacaciones bien largas y con el informe que voy a presentar a Duncan sobre ti, rio dudará en concedértelas también.

—Gracias, jefe.

—Tu cometido, ahora, es obedecer a Santos y a ser posible salir con él solamente. No ha pasado todavía el peligro. Aquí está mi biblioteca y hasta algunos de mis escritos de durante la guerra. Tienes entretenimiento para rato.

—A sus órdenes, jefe. Obedeceré a Santos en todo. ¿Manda algo más, jefe?

—Nada más. Que duermas bien.

—Una pregunta. Dentro de mi obediencia a las órdenes, ¿debo aceptar, si Santos me pide en matrimonio?

—Para esa eventualidad hay una enmienda en la orden que dice textualmente: «No aceptará propuestas matrimoniales hasta tanto no haya considerado y estudiado cuidadosamente la que proyecta hacer un tal Bertram Lane cuando acabe su servicio».

—¿Firmada y sellada la orden?

—Firmada, sí...

Bert la estrechó contra sí y la besó en los labios.
—¡Y sellada definitivamente!



El último se desplomó...

CAPÍTULO X

Cualquier hombre, por poco dado a los sueños que sea, puede imaginarse en una noche de verano en Madeira, que el mar que le rodea no es el Atlántico y que la isla pertenece a uno de los muchos archipiélagos de los tropicales Mares del Sur. Con un poco de imaginación y a veces con un mínimo de buena vista, puede también deleitarse ante el espectáculo de un auténtico «baño de las ninfas» a la luz del astro nocturno. Pero Bert apenas reparó en el espectáculo tan «turístico». Aquella noche no estaba para nada y seguía caminando a lo largo de la playa sin atender apenas más que para no tropezar.

El viaje lo tenía resuelto tan bien como podía desear. Una embarcación, que por la humorística definición de Santos al calificarla de «falucho» imaginaba que estaría muy lejos de ser tal, le recogería media hora más tarde en una caleta no lejana de allí. Llegaría a Canarias antes de amanecer. Y luego... Eso mismo se iba preguntando él. Luego, ¿qué? Toda su pista era un nombre de barco: el «Clara Norra», un frutero sueco que había de llegar dentro de dos días. Era bien poco. Sobre todo si no era «Alex» en persona quien realizaba el «negocio». Pero estaba casi seguro que el alemán no se fiaría de segundos. Sobre su gran astucia dominaba el amor al dinero; y una cantidad como la que habría pedido por los secretos del «Nautilus» no era para dejarla en manos de un subordinado, por mucha confianza que tuviera en él.

En la escondida caleta, completamente desierta, no hubo de esperar ni un cuarto de hora. Un ruido lejano de motor se iba acercando y, a poco, entre dos grandes abanicos de espuma, vio venir hacia él una lancha rápida, que inmediatamente respondió a sus señales. Potente y segura, hizo un rápido viraje y frenó con la popa vuelta hacia la costa. Sus hélices levantaron un verdadero torbellino en un «atrás a toda máquina».

Bert repitió la señal con su linterna y un bote neumático se destacó para recogerle. Dos hombres, a los remos, le hicieron subir en él y lo llevaron a bordo. El capitán dio orden de «avante», zumbó el motor fuertemente revolucionado y como un caballo que se encabrita al sentir la espuela, la lancha levantó el morro sobre el

agua y se lanzó mar adentro como una exhalación. Era una antigua torpedera convertida en yate y, liberada de su pesado armamento, alcanzaba extraordinaria velocidad.

El patrón vino a saludarle.

—Bienvenido a mi barco. Recibí el encargo de Santos poco antes de partir. Llegaremos a Canarias antes de amanecer. Diga dónde quiere desembarcar y le dejaremos allí. Entretanto puede dormir, si quiere.

—Con tal de no pasar por la aduana, puede dejarme donde quiera. Y si es posible, lo más cerca de Santa Cruz de Tenerife.

—Ese es precisamente nuestro fuerte —rio el hombre—: prescindir de aduanas y fronteras. Somos algo así como los propugnadores de la ciudadanía del mundo. No se preocupe por ello.

El mar estaba tranquilo y el yate podía marchar a toda máquina. A Bert le recordaba la tersa superficie de los grandes lagos que separan Norteamérica del Canadá. La gran velocidad y la calma disminuían el molesto cabeceo, hasta tal punto que parecían deslizarse sobre una superficie de hielo. En vista de ello, Bert se tumbó en una hamaca sobre cubierta, y como había dormido mal aquellos días, se quedó amodorrado.

Cuando quiso darse cuenta, ya había pasado la noche y el capitán le despertó. Pronto clarearía el alba y ante la vista se alzaba, con su cumbre plateada por la nieve perpetua, la imponente mole del Teide.

—Supongo que Santos le habrá explicado mi plan. Me llevaré ahora un bote neumático y, dentro de tres días, pasarán de nuevo a recogerme por el mismo lugar. Emplearé la misma señal que hoy, y en el caso de que haya peligro u otra novedad, lo puntaré en morse con mi linterna.

—Conforme. Así lo haremos a nuestra vuelta de Tánger. Daremos una primera pasada a las doce de la noche y luego tres más con un intervalo de una hora. Si a las tres no ha venido, allí habrá acabado nuestro compromiso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Estaban ya a una milla escasa de la costa canaria. Dos tripulantes preparaban el bote neumático que Bert debería llevarse.

—¿Ponemos una botella de aire comprimido, patrón?

—Sí, claro —y dirigiéndose a Bert aclaró—: Así podrá desinflarlo en cuanto arribe y esconderlo entre las rocas.

A poco, era botado al agua y seguía a la embarcación sujeto por la amarra. La lancha disminuyó la velocidad y el patrón,

estrechando la mano de su pasajero, dijo:

—Cuando quiera puede embarcar en el bote. Haré unja pasada cerca de la playa y lo soltaré. ¡Buena suerte!

Un marino sostenía la amarra corta y Bert saltó. Enfilaron la costa y, a unos cincuenta metros escasos, le soltaron. El bote cabeceó, pareció querer hundirse de proa y al fin se recuperó tras balancearse un buen rato. A fuerza de remos arribó a la ensenada en pocos minutos.

Ya en la playa, desinfló el bote, lo plegó convenientemente y en una oquedad de las rocas lo ocultó. Señalado el lugar, tiró playa adelante en dirección a una serpenteante carretera que a cuatro o cinco kilómetros trepaba por las colinas.

Lo accidentado del terreno hizo la distancia más larga y cuando logró pisar el asfalto habían pasado más de tres horas. El sol calentaba ya.

Acababa de fijar la posición de su punto de desembarco en el mapa, cuando oyó el ruido de un coche en la dirección esperada. En la curva, vio que se trataba de un autobús de línea y le hizo señal da parar.

Entre una vieja con una cesta de pollos sobre las rodillas, y un carabinero con el que hizo amistad durante el viaje, llegó a Santa Cruz a las doce del mediodía.

Faltaba solamente día y medio para la arribada del «Clara Norra» y aún tenía que empezarlo todo. Y lo peor era que no sabía cómo.

Cuando no tenía un plan de acción optaba por el vagabundeo. Hablando con unos y otros, observando los tipos aquí y allí, casi siempre lograba sacar algo en limpio en relación con el asunto que le ocupaba. Y esto fue lo que hizo. Se dispuso a dar trabajo a las piernas. Como no llevaba equipaje, ni siquiera se molestó en buscar hotel.

Antes que nada decidió hacer dos llamadas telefónicas.

La primera al «Hotel Bahía».

—Con Mister John Farrel, por favor.

—Un momento —la voz de la telefonista se extinguió, se oyó sonar un timbre y una voz soñolienta contestó al fin—: ¿Con quién hablo?

—Soy «Jim» —explicó Bert, y dio la contraseña—: ¿Qué tal está Betty?

—Sin novedad. Por fin hemos llegado, tras un viaje un tanto pesado.

—Esta noche a las diez les llamaré e iremos a tomar café. Hasta

la noche. Espere mi llamada.

Acto seguido llamó a la «Johnson Lines», armadores del «Clara Norra», donde le informaron:

—Esperamos el barco mañana por la noche. Atracará en el muelle de Poniente.

—¿Tardará mucho en volver a salir?

—En cuanto haya cargado. Probablemente, pasado mañana por la noche.

Tenía tiempo y comió tranquilamente. Después perdió casi una hora en un reposado café. El plan de ataque iba tomando forma en su mente. Hasta tenía la seguridad de saber dónde iría «Alex» aquella noche. Conocía su pasión por las mujeres y pensó con muy buenas razones que no despreciaría las morenas bellezas canarias.

Con el plan acabado, se fue al puerto, estudió minuciosamente el muelle de atraque de Poniente, entró en un pequeño bar y apuntó el número del teléfono. Luego, como un paseante más, se metió las manos en los bolsillos y salió silbando alegremente.

En el restaurante donde fue a cenar, preguntó confidencialmente al camarero que le servía:

—Óigame, ¿dónde podría encontrar un sitio donde divertirme esta noche? Con música, buen *whisky* y chicas guapas, claro está.

—Pues aquí no hay mucho donde elegir. Excepto el «Club Náutico» y el «Teide», no hay otra cosa —y añadió con sonrisa de complicidad—: Pero me parece que el «Club Náutico» no le servirá.

Hizo un gesto tan expresivo que Bert, comprendió claramente a lo que se refería y negó con la cabeza. Así pues, no había duda. Si «Alex» salía aquella noche, y no había motivo serio para lo contrario, iría a «Teide».

Bert había cenado en un pequeño comedor reservado, cuyas terrazas daban al mar, y se hizo traer el teléfono a la mesa. Llamó al «Bahía»:

—¿John Farrel?

—Sí, el mismo. ¿Quién es?

—Soy «Jim». Les espero a tomar café en el restaurante «La red». Pregunten por mí en cuanto lleguen —colgó y llamó al camarero—. Vendrán unos señores americanos preguntando por mí. Me llamo Jim. Hágales pasar y entretanto prepárenos café y una botella de buen coñac.

Los tres agentes no se hicieron esperar. Al cuarto de hora escaso estaban todos reunidos.

Aclarada la personalidad de cada uno, Bert empezó:

—Les he reunido esta noche porque no tenemos más que un día

de tiempo para cumplir nuestro servicio. Ustedes no van a jugar otro papel que el de comparsas, pero de su eficiencia va a depender en grado sumo el éxito o el fracaso. En veinticuatro horas nos vamos a jugar nada menos que el secreto del submarino atómico. No hará falta que les señale su importancia. No obstante, como aclaración, les diré que si fallara mi plan de apoderarme de él sin demasiada violencia, no dudaría en ordenarles, yendo yo a la cabeza, el asalto a mano armada de un barco de nacionalidad extranjera, o hasta hundirlo si no hubiera otro remedio —sacó una fotografía del bolsillo y se la mostró a los presentes—. La primera orden es la de buscar a este tipo. Lleva aún monóculo y no ha cambiado demasiado. Esta foto está hecha durante la guerra pasada. Quiero saber esta misma noche en qué hotel vive. Les dejo la fotografía por si tuvieran que recurrir al viejo método de preguntar en todos los hoteles si conocen al modelo. Pero creo que no deberán recurrir a él. Seguramente irá esta noche al «Teide».

—¿Habrá que asaltarle en el hotel, o en la misma calle? —preguntó uno de los agentes.

—No. En Estocolmo perdió hace unos días algo que le habrá escarmentado. Seguramente no recogerá los documentos hasta poco antes de ir a venderlos. Es muy astuto. Sobre todo, hay que evitar que sospeche lo más mínimo. Vale tanto lo que tiene, que la menor señal de anormalidad le hará esperar mejor ocasión.

Bert sacó papel y lápiz, dibujó el plano del muelle de Poniente, sus salidas, el bar y por fin la posición probable del «Clara Norra».

—Uno de vosotros vigilará la salida del hotel donde se hospede. En cuanto salga, telefonará a este número —y dio el del quiosco-bar del puerto—. Allí estará otro de vosotros, conmigo, pendiente de la llamada. El tercero estará por los alrededores para caso de necesidad. El resto habrá de improvisarse sobre la marcha. En todo momento habremos de estar dispuestos a lo peor.

Se aclararon ciertos puntos, se arregló el horario y cada uno marchó por separado a cumplir la misión encomendada.

Tal como Bert había previsto, los dos agentes destinados al «Teide» localizaron a «Alex» con una espléndida mujer como pareja. Se divirtieron como dos clientes más. Aparentaron haber bebido más de la cuenta y como el alemán no se fue hasta que cerraron, ni siquiera paró mientes en aquellos dos borrachos que, sosteniéndose en sus respectivas damas, se metieron en el taxi que llegaba en el momento que él salía.

Dos horas antes de la arribada del barco sueco, Bert y sus hombres ocuparon sus puestos. A pesar de que la espera —el barco estaría veinticuatro horas en puerto— podía ser larga, se leía en sus caras el extraño vacío que se siente en el estómago en los momentos de emoción. Y así pasó una hora, luego otra, y media más que se retrasó el buque; pero al fin apareció en la rada.

El agente encargado de la vigilancia de «Alex» dio su parte. El alemán no había salido aún del hotel. No se le podía escapar, porque estaba apostado en la terraza de un bar, enfrente mismo de la salida, e incluso desde la cabina podía verla mientras telefoneaba.

—Esperará seguramente a que se haga de noche comentó Bert.

—¿Y no hay peligro —preguntó su compañero— de que la cita sea en otro lugar y no aquí?

—Posible sí es, pero no probable. La cantidad a pagar ascenderá a millones y los compradores no se arriesgarán a sacarla por delante de los carabineros.

El «Clara Norra» atracó de costado. Aseguraron sus amarras, y antes de una hora, a pesar de ser de noche, comenzaron las operaciones de la carga. Grandes racimos de plátanos, cestillos de tomates y gran variedad de otros fardos y paquetes, eran tragados por sus bodegas. «Alex» no daba señales de vida. Algunas personas subieron a bordo, pero ninguna de las que bajó salió del recinto del muelle. Debían ser los consignatarios y armadores.

Por fin sonó el teléfono de la cantina, a las dos de la madrugada. Bert estaba en aquellos momentos cerca de la plancha, muy interesado al parecer en las operaciones de carga. La cantinera avisó al agente y este se puso al aparato. Bert, que vio la escena, se acercó.

—«Alex» acaba de salir en estos momentos. Solo. Ha tomado un taxi, marca «Citroën» —el agente dio el número de matrícula.

—Bien. Síguelo a mucha distancia y si ves que se mete en el puerto, apéate y no tengas prisa. No debe sospechar nada. Si no lo encuentras en el camino del puerto, procura encontrarle como sea. Suerte.

—¿Hay novedad? —preguntó Bert.

—«Alex» ha salido en un taxi —y le dio los datos del coche.

—Atentos a lo que pase y obrad según requieran las circunstancias.

Se marchó en dirección a la entrada del muelle, salió al exterior y encendió un cigarrillo.

A poco, vio que un taxi se acercaba al portillo de entrada. A la luz de un farol comprobó que la matrícula coincidía con la que dio

el agente por teléfono. Se caló el sombrero, e intentó cruzar la calle cuando el taxi se le echaba encima. El resto fue una sucesión de acciones que duró apenas tres segundos.

El coche frenó para no atropellar al peatón y el chofer soltó un sonoro taco.

El peatón saltó como un gato al estribo y encañonó al pasajero con una «Walter».

El asaltante se coló en el interior y de un fuerte golpe con el canto de la mano en el antebrazo de su enemigo, le dejó inerte la que ya acudía en busca de la pistola.

—Adelante, chofer. A toda velocidad si estimas en algo tu vida.

El taxista vio la escena por el retrovisor y, ante la amenaza de la pistola, pisó a fondo inconscientemente. La mano de Bert cerró la puerta trasera, que había quedado abierta y batía contra la carrocería.

—¿A dónde vamos? —preguntó medroso el conductor.

—A las afueras. Adonde tú quieras.

Mientras era desarmado, «Alex» rio. Parecía resignarse.

—Otra vez el pequeño inglés. No tuviste bastante con el botín de Estocolmo, ¿eh?

—Ya te dije que soy muy ambicioso.

—Pues esta vez no vas a sacar nada en limpio.

—Eso ya lo veremos. Sabes que no tengo nada contra ti y que no es tu vida la que busco. Pero, si te empeñas, habré de matarte para someter tu cuerpo al más minucioso de los registros.

—Bueno, no hace falta ponerse así. ¿Qué te parecería un millón de dólares por mi libertad? Sabes que puedes fiarte de mi palabra.

—Sí, «Alex». De ella sería de lo último que dudaría; pero ya te dije en Estocolmo que los negocios son los negocios y yo quiero o todo o nada.

—Entonces tendrás que ganártelo.

El coche había aminorado la marcha en una cuesta. «Alex» lanzó su mano contra la que sostenía la «Walter» con la velocidad de una serpiente cobra al ataque. Una ágil llave de jiu-jitsu hizo aflojar los dedos de Bert y el impulso del alemán para arrancarle el arma lanzó contra la puerta al propio «Alex». La portezuela cedió y el corpachón del espía salió despedido, pero su mano se había agarrotado a la «Walter» y se la llevó con él. Rodó por tierra. El americano aprovechó la coyuntura para saltar del taxi y protegerse tras una roca. «Alex», a rastras, se había refugiado tras otra. El taxista, al verse libre, apretó el acelerador y se convirtió en neutral a ochenta por hora.

Bert examinaba la pistola que anteriormente había quitado al alemán. Era una «Mauser» y llevaba las nueve balas del cargador intactas. Las mismas que su «Walter», ahora en manos de «Alex». A través de una hendidura de la roca, vio cómo este sacaba una mano de detrás de su parapeto y disparaba un tiro al tuntún.

—¿Crees que soy tan inocente —gritó Bert en voz alta —como para engañarme con ese truco?

—¡Menos bravatas y asoma el morro, pequeño espía, y verás a qué saben tus propias balas!

—No creo que aciertes a dar a un elefante a esta distancia.

Bert hizo trabajar con lógica su cerebro y pensó que «Alex» no le suponía tan tonto como para repetir la jugarreta que él mismo le quiso gastar. Sacó, pues, su mano por el lado derecho e hizo un disparo. En efecto, el alemán se alzó un poco y disparó sobre el fogonazo; pero casi al mismo tiempo vio brillar otro, y sintió un pinchazo en el hombro que había desprotegido.

—Eres más inocente que un niño de escuela primaria, «Alex». Has caído en tú propia trampa. Y lo peor es que te he dado. ¿No es así? Ya puedes jurar en voz alta, que tu silencio no me engaña.

—No cantes victoria, inglesita. Aún quedan siete *rounds*.

—Buen matemático. Siete balas a cada uno y toda la noche libre. Pero, en justicia, los dos primeros los he ganado yo por puntos... Tengo calor, «Alex», voy a quitarme el sombrero. Lo voy a poner encima de mi parapeto. Espero que lo respetarás —y puso su sombrero, pero aún no lo había dejado cuando vio un fogonazo y una bala lo perforó limpiamente—. ¿Estás nervioso? ¿No te dije que era solo mi sombrero? ¡Te quedan seis balas!

—Son suficientes para perforarte el cráneo igual que hice con tú...

No acabó la frase. Bert había lanzado al aire el sombrero como si fuera un disco de tiro al plato. Su contrincante, al oír un ruido sordo sobre la hierba, muy cerca de él, se volvió y antes de indagar la causa del extraño ¡plof! disparó.

—Decididamente, querido amigo, estás nervioso. ¿Es acaso la herida, que pierde demasiada sangre? No te preocupes por ello. Un hombre tarda casi media hora en desangrarse, y a este paso acabarás tus balas antes.

La herida debía ser de cierta importancia porque, de lo contrario, el alemán sabía conservar su sangre fría con auténtico dominio. Bert decidió seguir su «guerra de nervios».

—Si es grave la herida, puedes decirlo. Tira la pistola a terreno neutral. Librarás el pellejo.

Antes de que «Alex» pudiera contestar, se oyó el ruido de un coche que subía por la carretera. Debió creer que se trataba de la policía y estar en posición segura ante ella, porque cuando pasó el automóvil por su lado, hizo un disparo.

Se oyó el chirrido de unos frenos y dos hombres saltaron a tierra. Ambos le encañonaron y uno de ellos gritó:

—¡Ríndete, «Alex»! ¡Estás a nuestra disposición!

Pero el león se creía muy seguro en la sombra, e hizo otro disparo. Uno de los hombres se dobló; pero «Alex» no pudo repetir la hazaña. El segundo hombre disparó medio cargador contra el sitio de donde había salido el fogonazo.

Bert se levantó y fue hacia el escondrijo de su enemigo con la pistola a punto. No hubo de emplearla. «Alex», con ambas manos en el pecho, trataba inútilmente de retener la vida que se le escapaba por cinco agujeros. La «Walter» yacía a unos pasos.

—¿Es grave lo de tu compañero, Joe? —preguntó Bert desde los matorrales.

—No —contestó el propio herido—, la bala me dio en el muslo y volvió a salir sin tocar hueso.

—Quédate con él, Joe, y hazle una cura de urgencia —y dirigiéndose al moribundo, Bert se excusó—: Ha sido una mala faena del destino, amigo. No merecías esta desigualdad de fuerzas. ¿Voy a curarte?

El hombre vio con cuánta sinceridad se condolía el americano y replicó:

—Ya nada se puede hacer. Esta vez me ha tocado a mí. Sé perder.

—Aquí hay un coche. Te llevaré a un médico.

—Es inútil. Veo la muerte. Y me alegro de morir sin odio. Gracias, compañero. En mi reloj está lo que buscas. Pensé que no se te ocurriría mirar de nuevo en el mismo sitio. ¡Cómo cambian las cosas cuando se ven desde el borde del Gran Abismo! Todo esto, por lo que me he jugado la vida, carece ya de importancia. Nuestro oficio es un continuo juego de cara o cruz. No hay que confiarse aunque continuamente vaya saliendo cara. El día menos pensado saldrá la cruz por ley natural.

La sangre empezó a afluir a su boca y ya no pudo hablar con continuidad. Espumarajos sanguinolentos le interrumpían y cortaban sus palabras. El espectáculo, incluso para quien estaba acostumbrado a ver la muerte, era espantoso. Un hombre que llevaba encima algo por valor de millones de dólares moría como una bestia sin que nadie pudiese evitarlo. El eterno juego de la vida

y la muerte se presentaba en toda su crudeza.

Pero lo más trágico fue el final. Sus ojos se fijaron en el infinito y con palabras entrecortadas logró articular:

—Tengo... mie... do... ingle... sito...

Un hombre como aquel, ante el cual habían temblado grandes potencias, se volvía un simple niño miedoso ante el Gran Misterio. Bert le susurró al oído quedamente:

—No temas. En el otro lado encontrarás buena gente. Allá están los mejores...

El hombre pareció comprender, y como si quisiera agradecerle el favor le dedicó su última sonrisa, una mueca de epiléptico, trágica y terrible, rasgada por la sangre que le salía por la comisura de los labios.

Bert se levantó y recogió su pistola. En la mano llevaba el reloj del muerto. A la luz de su linterna comprobó su contenido.

Después de cerrarlo de nuevo se reprochó el haber dudado de la palabra de un moribundo y se dio clarísima cuenta de que no valía la pena todo el oro del mundo sí, para ganarlo, había que sacrificar ciertos principios. Luego pensó en Lys y una resolución empezó a bullir en su ánimo.

Había, a fin de cuentas, cumplido con su deber.

EPÍLOGO

Librarse de los carabineros que acudieron al ruido de los disparos, después de la muerte de «Alex», requirió un esfuerzo mínimo comparado con la resistencia que hubo que desplegar en días sucesivos. Bert esperó escondido hasta que pudo embarcar rumbo a Madeira. Pasó por la isla sin ver siquiera a la muchacha. Tomó el avión hasta Lisboa, y luego, sin tiempo para descansar, transbordó al transoceánico que le llevó a Nueva York.

Duncan, el jefe del S. S., botaba de contento cuando le entregó los microfilms. Casi no creía lo que veían sus ojos. Y Bert aprovechó la coyuntura nafa cobrar el dinero prometido.

—Con esta suma puedes retirarte del oficio. Pero tengo la seguridad de que no durará demasiado y podré utilizarte de nuevo si me encuentra en apuros.

—No lo creas. Esta vez va en serio. He decidido dedicarme a la pacífica vida del hogar. Además, me acompaña tu secretaria.

Al día siguiente, Bert regresó por la misma ruta a Madeira. Había mandado por delante un telegrama anunciando su llegada, y en la Estación Marítima le esperaban Santos y Lys.

Se caía de sueño y apenas soltó palabra en el camino al pueblecillo de pescadores. La muchacha le agobiaba a preguntas en el taxi, pero la mitad quedaban sin respuesta y los monosílabos con que respondía a la otra mitad no aclaraban demasiado.

Subieron a la habitación y Bert se tumbó en la cama vestido...

—¿Se puede saber de dónde vienes? —le preguntó ella.

—De Nueva York...

—¿Lograste los planos?

—Sí...

—¿Vistes a Duncan?

—Sí...

—¿Qué te dijo?

—Sí...

—No sabes lo que dices.

—Sí...

Ella se volvió hacia Santos, divertida.

—Usted, Santos, va a ser testigo. Óyeme, Bert, ¿me quieres?

—Sí...

—¿Te casarás conmigo?

—Sí...

—¿Mañana?

—Sí...

—Usted, Santos, lo ha oído. Si no cumple su palabra lo demandaré. Así que ya puede preparar el banquete de boda.

Bert se movió un poco, abrió un ojo y soltó la parrafada casi sin respirar:

—Si no te importa cargar con los nueve hijos que me dejó mi anterior esposa...

—¿Cómo...?

Pero él ya se había dormido y no hubo modo de despertarle. Estaba realmente como si lo hubieran narcotizado.

—¿Es verdad eso, Santos? —preguntó Lys.

—Yo no sé —dijo Santos, muy serio—. Hacía diez años que no sabía de él, y en diez años bien se pueden tener nueve hijos. Pero no se preocupe, al fin y al cabo los niños son una bendición de Dios. Supongo que a pesar de «eso» le seguirá queriendo igual que hasta ahora.

Ella suspiró profundamente y dijo en tono de resignación, mientras le quitaba los zapatos:

—Espero que no tendrán todos la mala costumbre de su padre de acostarse con los zapatos puestos.

Santos le dio una palmadita cariñosa en la mejilla y la consoló:

—Eso solo suelen hacerlo cuando llegan a casa un poco bebidos.

F I N

¡Un puñado de gangsters del ring, al acecho de la más siniestra y acanallada apuesta pujada nunca en el más gigantesco Estado del mundo!



PETER DEBRY

el famosísimo y dinámico autor, ha titulado a su última sensacional y apasionante novelas:

RON AMARGO

Un libro a través de cuyas páginas, discurre un relato vertiginoso y sensacional, duro e impresionante como pocos

RON AMARGO

¡Intriga, misterio, acción al rojo vivo... y la sonrisa de una mujer fascinante, impulsando a los hombres a una lucha sorda, despiadada, implacable y cruel!...

COLECCION SERVICIO SECRETO

publicará esta gran novela en su próximo número.

Precio: 5 ptas.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 pts.

COLECCION "BISONTE"

398. — J. León
HA MUERTO UN PISTOLERO

COLECCION "BUFALO"

95. — Donald Curtis
HOMBRES SIN LEY

COLECCION "PANTERA"

32. — W. Catanzaro
INFIERNO EN SACATONE

COL. "SERVICIO SECRETO"

262. — Mark Halloran
SOLDADOS SECRETOS

COLECCION "LAUREL"

44. — MANUEL ACUSA

COLECCION "PRACTICA Y POPULAR"

31. — FELICITACIONES

A 5'50 pts.

COLECCION "PIMPINELA"

457. — E. Aguilar de Rücker
ENVUELTA EN EL MISTERIO

COLEC. "MADREPERLA"

353. — María Lar
EL MARIDO DE MARMOL

COLECCION "ROSAURA"

297. — Matilde Redón
LUNA AZUL

COLECCION "AMAPOLA"

132. — Maricé Salcedo
ADAN, EVA Y LA SERPIENTE

COLECCION "ALONDRA"

136. — María Teresa Sesé
COLEGIALAS EN HOLLYWOOD

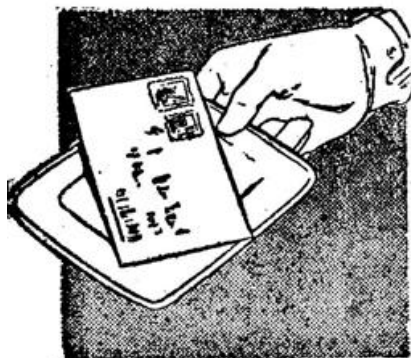
COLECCION "CAMELIA"

77. — María Nieves Grajales
DESENCANTO

COLECCION "ORQUIDEA"

47. — Corín Tellado
SUCEDIO CALLANDO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



*Cuando usted se vea
precisado a felicitar
por una onomástica,
un cumpleaños, una
boda o, simplemente
tenga que acompañar
un obsequio... ¡hágalo
en un verso y quedará
mejor!*

Merced a este interesante y utilísimo volumen:

FELICITACIONES

podrá expresar sus sentimientos en bellos e inspirados versos, previstos para todos los casos: entrega de una sortija, bodas de plata, Navidad, Año Nuevo, para declaraciones amorosas, etc.

FELICITACIONES

¡Un volumen completísimo, que le ayudará a lucirse y destacar en cada uno de los más inolvidables acontecimientos!

COLECCION POPULAR

acaba de publicarlo esta misma semana. ¡Adquiéralo, antes de que se agote!

Precio: 5 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Jamás volverá usted a ver, reunido en un solo libro, el espectacular alarde gráfico que le ofrece cada uno de los magníficos volúmenes de la sensacional

COLECCION HISTORIAS

Tal es el título de la nueva serie de novelas y biografías famosas, cada uno de cuyos números le ofrece ¡250 ilustraciones! con notas y diálogos merced a las cuales usted podrá seguir el curso del relato independientemente del texto... Algo sorprendente, maravilloso y excepcional, que sugestivamente presentado con soberbia encuadernación y sobrecubiertas esmaltadas a todo color, le ofrece con caracteres de verdadero acontecimiento editorial la

COLECCION HISTORIAS

cuyo primer número, que aparecerá esta misma semana, lleva por título:

JUANA DE ARCO

¡La vida heroica y legendaria de una mujer, que supo conservar un reino y salvar los destinos de su Patria, poniendo en el filo de su espada la más bella ambición de su vida!

JUANA DE ARCO

¡Una obra inmortal, en el marco turbulento y guerrero de la Francia del siglo xv! Una gran novela, dos veces sugestiva porque...

COLECCION HISTORIAS

¡se la ofrece con un alarde gráfico jamás igualado! Mande reservar ahora mismo un ejemplar, en evitación de que la fuerte demanda le impida adquirirlo más tarde

Precio: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¡UNA COLECCION QUE LE ABRIRA LAS PUERTAS DEL EXITO!



La moderna y documentada serie que le ofrece, en cada uno de sus magníficos volúmenes, todo lo necesario para efectuar

RADIO MONTAJES

con arreglo a los mejores métodos extranjeros. Con el volumen número 4 de

RADIO MONTAJES

publicado esta misma semana, podrá usted aprender a montar un modernísimo receptor "ROSABEL", superheterodino de 5 válvulas americanas metálicas C.A. y, además, un amplificador para sordos, oscilador miniatura, registrador magnético sobre cinta "Rebot", dispositivo para control automático de receptores, etc.

Adquiera ahora mismo, amigo lector:

RADIO MONTAJES

¡Le conviene ser de los primeros, antes de que se agote!

Precio: 15 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS
SOLICITELO A SU HABITUAL PROVEEDOR, O
DIRECTAMENTE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*¡Acción al rojo vivo,
intriga y amor, en el
marco grandioso e im-
presionante del Oeste
americano!*

*Todo esto hallará en
el número 13 de la di-
námica y apasionante
serie*

BISONTE GRAFICO

Llamamos una vez más su atención sobre el su-
gestivo contenido de cada cuaderno ilustrado, en
todos los cuales hallará usted un conjunto de aven-
turas que ninguna otra publicación puede ofrecerle

- * UNA AVENTURA LARGA COMPLETA
- * UN EPISODIO DE "EL JUSTICIERO
ERRANTE"
- y la sección de alto valor documental:
- * A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-
AMERICA

¡Cada cuaderno se vende tan sólo a 1'25 ptas!
DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

* LLUVIA DE ESTRELLAS *



Jon Hall

N.º 105 Jonatahn Hall, americano y casado con Francesc Langford, alcanzó una gran popularidad a través de varias películas, al lado de María Montez. Su última película es "El rey de los bosques".

Foto cedida por Columbus Films



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

Bar en el que cada uno debe servirse a sí mismo por carecer de camareros.

[←2]

¿Cómo le va?

[←3]

¡Al diablo!

[←4]

Copenhagen.

[←5]

Hotel para estudiantes.